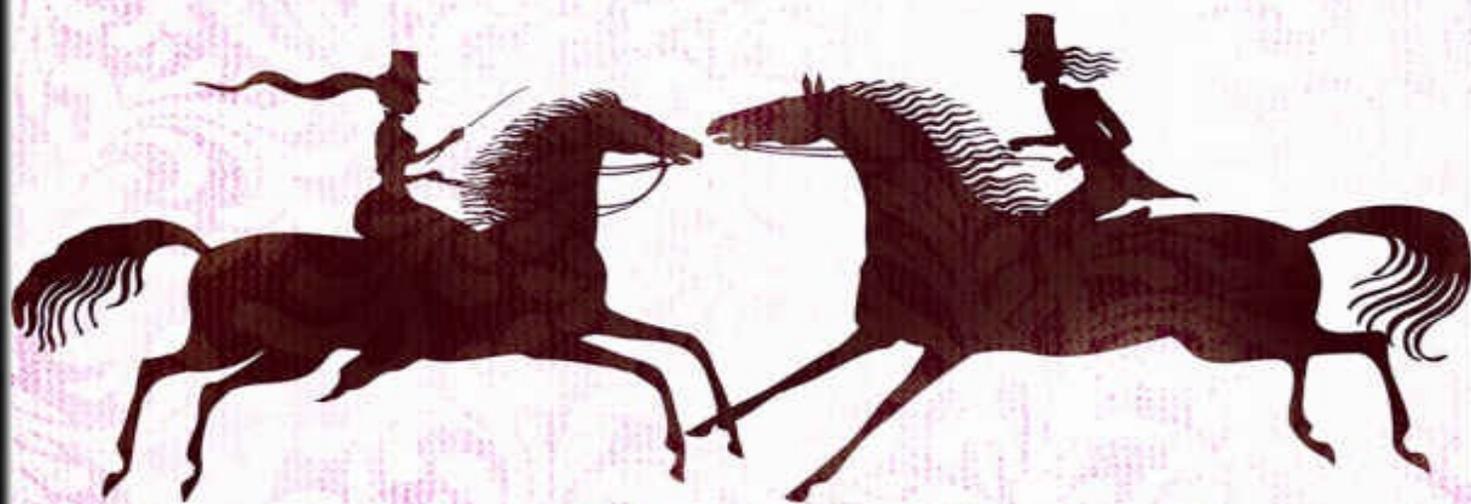


Selección RNR

Dulce enemistad

Dulce Londres 1



EVA BENAVIDEZ



Romance Histórico

Dulce enemistad
Amor a primera vista
SERIE DULCE LONDRES 1

Eva Benavidez



1.ª edición: junio, 2017

© 2017 by Eva Benavidez

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-517-8

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Portadilla

Créditos

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Epílogo

Dulce atracción

Agradecimientos

Próximamente

Promoción

PRÓLOGO

No matarás.
Éxodo 20:13

Inglaterra, 1815
Londres, suburbios

Sus pasos urgentes resonaban en las frías baldosas; había perdido su sombrero hacía rato. El sudor resbalaba por la frente y por el cuello mientras corría intentando sortear desperdicios, animales famélicos y bultos humanos, los cuales habitaban los apestosos callejones. Desesperado, dobló en una esquina; su pie pisó algo viscoso y por poco cae de bruces. Sin importar el dolor, siguió avanzando. En el fondo sabía que era inútil escapar; no importaba cuánto corriera o dónde se escondiera: lo encontraría. Y cuando eso ocurriera...

El terror lo invadió; tropezó y cayó con un golpe seco. Jadeando, intentó levantarse, pero las piernas no le respondían. Lágrimas de impotencia y de terror nublaron su vista; no podía más, no podía seguir. De repente, un escalofrío le subió por la espalda y los vellos de la nuca se le erizaron. Lentamente, giró su cabeza; entonces, lo vio. A solo unos pasos estaba su verdugo. Las piernas, separadas e inmóviles. Las sombras lo envolvían y el silencio lo rodeaba. No escuchaba murmullos provenientes de las tabernas ni de los antros; ni tampoco ladridos de perros furiosos. Extrañamente, oía un llanto desesperado; cayó en cuenta de que era el suyo.

Sin decir palabra, el hombre comenzó a acercarse. A cada paso, él sentía su corazón estallando dentro de su pecho. Nunca pensó que su vida acabaría así: muriendo en un callejón lleno de mugre y hedor. El desconocido siguió avanzando; la luz de la luna iluminó su rostro por un instante. Lo miraban unos ojos oscuros y fríos que no había visto antes. No reflejaban nada: ninguna

emoción ni atisbo de pensamiento; ni siquiera parecía estar agitado por la carrera. Lo asombró descubrir que su perseguidor aparentaba al menos ser un caballero, pero uno como jamás había visto, uno sin alma. Un demonio.

La sangre se le congeló en las venas; el caballero levantó su mano derecha y apuntó su arma hacia él. Quiso gritar, pero su boca no emitió sonido. Intentó levantarse, tal vez podría convencerlo de alguna manera. Frenético, metió las manos en los bolsillos. Él tenía mucho dinero, seguramente podría... La fuerte explosión resonó en las paredes y, un segundo después, cayó en la oscuridad.

Capítulo 1

Raíz de todos los males es el amor al dinero.

1° Timoteo 6:10

*No mires su apariencia;
pues el simple hombre mira lo que está
delante de sus ojos, pero Dios mira el corazón.*

1° Samuel 17:6

Nicholas Bladeston, noveno duque de Stanton, dejó suavemente el periódico sobre la mesa de desayuno, pensativo.

Hace un tiempo, su naturaleza curiosa había captado una serie de hechos: asesinatos de hombres pertenecientes al mundo elegante, precisamente. Las víctimas fueron halladas en diferentes callejones de los peores bajos fondos de Londres. Pero lo más curioso era que todos habían muerto de una misma manera: de un único y certero disparo. Las autoridades, al parecer, pensaban que existían indicios suficientes para creer que se trataban de hechos aislados. Pero él no estaba de acuerdo; demasiadas coincidencias y muchos abismos en las investigaciones de cada hecho alimentaban sus dudas. Sin contar que ninguno de los muertos frecuentaba los lugares donde habían sido hallados sus cuerpos; no había testigos ni más pistas, todo era muy turbio y él estaba seguro de que las autoridades callaban algo.

Como los asesinatos continuaban, Nicholas decidió ponerse en contacto con una persona de confianza del rey y averiguar si sus sospechas eran certeras. Lo que descubrió lo dejó de una pieza. No solo era atinada su conjetura de la conexión entre las muertes, sino que todas las víctimas estaban, de alguna manera, involucradas en el contrabando que acaecía entre Francia e Inglaterra. El mismo incluía tanto armas como mercancías y el negocio más peligroso: la venta de información.

Por lo que, de inmediato, concertó una cita con el ministro de guerra; antes había trabajado para él pasando información y datos útiles. El ministro le confió que estaban tras una pista de espionaje y posible traición al rey Jorge. Además, al parecer, alguien se había percatado de esto y el cabecilla de la organización intentaba cubrir su rastro eliminando sus miembros más expuestos.

La seguridad británica tenía la certeza de que el asesino y posible traidor era un noble; alguien ubicado en el corazón de la nobleza, con las mejores conexiones, lo que le permitía ir siempre un paso adelante. Por esto, se le encomendó ponerse a disposición de la corona y usar el acceso y los beneficios que su título de duque le otorgaban para intentar desenmascarar al traidor y descubrir sus planes.

La puerta del comedor se abrió y aparecieron su madre —la duquesa— y su hermana menor. No parecían tener secuelas de haber regresado a altas horas de la noche, luego de haber asistido a otro interminable baile. Su hermana, que acababa de ser presentada en sociedad y que —por lo que había escuchado— ya causaba sensación entre la población masculina, lo miró y arqueó una dorada ceja.

—¿Jugando al detective otra vez, hermanito? —La risa le bailaba en los ojos.

—Buenos días, madre —dijo Nicholas poniéndose de pie—. Estás radiante como siempre, hermana —dijo, haciendo una inclinación con la cabeza.

Su hermana le sacó la lengua juguetonamente y luego tomó un plato para ella y para su madre. Con una sonrisa, Nicholas volvió a sentarse. «Para ser tan delgada, mi hermana tiene un considerable apetito», pensó mientras la observaba servirse. Seguramente las viejas matronas de la alta sociedad se escandalizarían de que personas de su rango se sirvieran la comida sin llamar a los lacayos. Pero desde que tenía memoria era así. Su padre, el antiguo duque, no les había dado una educación muy ortodoxa. A duque le gustaba desayunar en familia y que se sirvieran ellos mismos. Incluso les enseñó a montar sin silla. Él mismo se ocupó de enseñarles a escribir, leer, pescar,

nadar y hasta manejar un carruaje. Su prematura muerte los había destrozado. Su ausencia todavía le dolía. Sacudió la cabeza; debería aprender de su madre, que lo recordaba con alegría y risa. Ella le tocó el brazo, como sacándolo de sus melancólicos pensamientos.

—Hijo, ¿estás bien? Llevo horas hablándote y tú solo me miras como un pez moribundo. —«La exageración, evidentemente, es un rasgo familiar», pensó Nick.

—Lo siento, siempre me agradó la vida marina, ya sabes —dijo sonriendo.

La risa de Clarissa resonó en la habitación; su madre la fulminó con la mirada y luego le pellizcó el brazo. Su sonrisa se transformó en una mueca dolorida. Se quejó en voz alta y murmuró:

—Perdona, madre, ¿decías?

—Te contaba del gran baile que se celebrará esta noche. Será el acontecimiento de la temporada; todo aquel que se considera alguien asistirá.

Nicholas sabía a dónde quería llegar. A sus veintiocho años ya era experto en eludir tediosas fiestas, donde estaría rodeado de vírgenes ruborizadas, debutantes vestidas de blanco y, lo peor, madres y damas de compañía ávidas de cazar un título. Eso sin contar a los caballeros deseosos de congraciarse con él, con obvias intenciones de acceder a su abultado bolsillo. La sola visión lo aterraba; podía pasar del gran acontecimiento. Miró a su madre, que lo observaba expectante, mientras su hermana parecía adivinar sus pensamientos.

—Por supuesto, madre, que puedes asistir. Si quieres algún accesorio para tu vestuario, no tienes más que decir... —Ella lo interrumpió con un ademán.

—¡Oh, por favor! ¿Olvidas que te di la vida? —dijo con un gesto dramático—. ¿Que yo misma tejí tus primeros pantaloncitos? —Nick no pudo evitar ruborizarse, sabiendo que eso divertía mucho a Clarissa. Su madre continuó: —Sé que intentas eludirme otra vez, pero ¡no lo lograrás, Nicholas!

Nick conocía esa mirada. Honoria había activado su lado casamentero. Suspiró presintiendo la derrota.

—Madre, esta noche tengo planes, y esos sí que no puedo eludirlos.

—Planes que seguramente involucran a alguna dama de dudosa reputación —intervino sonriente su hermana.

—¡Clarissa! —exclamó su madre horrorizada, ahogándose con el té—. No comprendo esa inclinación tuya de decir las cosas más escandalosas. Yo a tu edad jamás me hubiera comportado así.

—Lo siento, disculpa, madre —dijo ella a la que no se la veía en absoluto arrepentida.

—Como decía, hijo —prosiguió Honoria—, tú prometiste asistir a, por lo menos, dos bailes esta temporada —dijo levantando dos dedos—. Y hasta el momento esto no sucedió.

—En otra oportunidad, sin duda pod... —Ella se negó a escucharlo y continuó.

—Y como sé que eres un hombre honorable... y confiable, harás honor a tu palabra. —Hizo una pausa—. No me equivoco, ¿verdad?

Nicholas esperaba la llegada del *lord*, al cual le habían encomendado investigar. Su objetivo era hacer un primer acercamiento y estudiar sus reacciones cuando fuera abordado el tema de los asesinatos. Decenas de caballeros ingresaban y ocupaban sus asientos.

De repente, su mirada se detuvo en un hombre extrañamente peculiar. Su actitud furtiva denotaba nerviosismo. Era extremadamente menudo, al punto de parecer un niño. Luego de ver alrededor, se sentó a un costado. El sombrero le cubría toda la frente, pero no ocultaba su piel cremosa. *Un momento, ¿piel cremosa?*

Su estudio sobre el joven se intensificó. La vestimenta era de buena calidad; su mirada descendió hasta sus pies y, al ver su calzado, sintió una mezcla de sorpresa, diversión y horror. ¡Eran muy femeninos! Se frotó los ojos para aclarar la vista y miró nuevamente. No, no se equivocaba: ese calzado era de dama. Sin ir más lejos, su hermana usaba unos similares. Rápidamente, su mente llegó a la conclusión obvia. *El supuesto caballero, era una... una...*

Sus labios se abrieron en una sonrisa de fascinación y clara diversión. Sin quitarle la vista, reprimió la risa. De pronto tenía una nueva misión y un nuevo objetivo. Y este reciente misterio era mucho más divertido, agradable y, definitivamente, más tentador.

¿Puede un hombre que se aprecia negarse o, siquiera, resistirse? ¡¡Imposible! «Que comience la función», pensó, haciendo una reverencia a su público imaginario.

Capítulo 2

*He aquí que tú eres hermosa, amiga mía.
He aquí eres bella; tus ojos son como palomas.*

Cantares 1:15

*¡Levanta la voz!, habla a favor de los pobres e indefensos
y asegúrate de que se les haga justicia.*

Proverbios 31:9

Nicholas continuaba mirando a la misteriosa joven. Solo podía ver la punta de su sombrero. Parecía estar enfrascada en sus pensamientos, o tal vez trataba de pasar inadvertida.

Por más de que lo intentara, no lograba entender qué pretendía la joven. Porque si se basaba en su contextura o en lo que dejaba ver su grande abrigo, no debía ser más que una niña. Su apariencia muy menuda denotaba ¿quince años?, ¿tal vez dieciséis? Sin embargo, a esa edad, muchas damas ya habían sido presentadas en sociedad y eran entregadas en matrimonio. Sin ir más lejos, su hermana, con dieciocho años, era toda una mujer, aunque él odiara admitirlo. ¿Qué estaría intentando lograr ella? ¿Qué la habría llevado a cometer semejante locura y tomar tanto riesgo? Muchos interrogantes a los que no estaba ni cerca de responder.

Los magistrados *lord* Seinfeld y *lord* Walker ingresaron y tomaron su lugar en el centro y dieron comienzo a la reunión. *Lord* Simmons tomó primero la palabra, proponiendo la extradición de los desocupados como la solución más viable. Nicholas miró a la joven por el rabillo del ojo y se dio un festín con sus múltiples expresiones. Sus ojos se abrían un poco más con cada palabra que decía el rechoncho de Simmons; apretaba las manos en puños y se removía en la silla. Estaba tan furiosa que había olvidado lo de pasar desapercibida.

Siendo sincero, él no podía culparla por su reacción. Esa propuesta era lo más idiota que oía en mucho tiempo. En otro momento, él hubiera intervenido dejando clara su opinión al respecto. Pero él no estaba allí para eso, sino para observar a los caballeros; y eso haría. No quiso escuchar al tipo molesto que vivía en su mente, que insistía en hacerle ver que solo había observado a una persona.

Lord Thompson se puso de pie, apoyando la propuesta de Simmons. El desagradable hombre era conocido por su actitud arrogante y pomposa: no perdía ocasión de imponer su supuesta superioridad. Proponía ir más allá y desalojar a todo aquel que —Dios no quisiera— osara ser pobre y desterrarlo cual delincuente.

La muchacha se levantó como un resorte al escuchar eso; parecía que había mandado al diablo la discreción, lo cual denotaba que su actitud, antes cabizbaja, no era más que una mera pose. Habló disimulando la voz hasta lograr un tono masculino bastante aceptable. Por supuesto, *lord* Thompson no se dejaría desafiar y no perdió tiempo para humillarla.

Esperó ver a la niña sentarse abatida, pero ella lo sorprendió levantando la barbilla y redoblando la apuesta. Y lo que dijo lo asombró aún más; claramente había ido preparada a esa reunión. Su argumento dejaba entrever una gran inteligencia, muy admirable, pero no por eso menos audaz y peligrosa. Su actitud ciertamente no era la de una niña; tal vez su teoría era errada. Y su apariencia, tan frágil como pequeña, escondía a una joven madura. *Hum... a cada segundo su interés crecía.*

Los ojos de *lord* Thompson estaban inyectados de odio; la muchacha lo había dejado en ridículo, por lo que era obvia su intención de hacerle pagar. Sin darse cuenta, se encontró defendiéndola.

—Su señoría, concuerdo con el joven. Para tomar una decisión así, antes se deberían tener en cuenta los factores negativos —intervino mandando a callar a su Nick interior, que le gritaba: «¿¿Qué demonios haces?! ¿No era la estrategia mantenerse al margen y pasar inadvertido?»

Mientras hablaba, sentía la vista de la joven clavada sobre él, quemándolo.

Cuando acabó su exposición, no pudo evitar girar hacia ella y atrapar su mirada. Algo en su pecho se contrajo; ella estaba con la boca abierta, observándolo fijamente. A esa distancia, pudo vislumbrar cómo sus ojos se abrían como platos cuando se dio cuenta de que había sido descubierta in fraganti. Ella cerró la boca, pero no apartó la mirada de la suya. Levantó la mano, nerviosa, y bajó su sombrero para intentar ocultar su rostro. Pero era tarde: sintió una corriente eléctrica recorrer su cuerpo, y se ahogó en los ojos más preciosos que jamás había visto, los cuales le devolvían el escrutinio repletos de temor e inquietud, acompañados por un rubor intensamente delator que teñía sus mejillas.

De repente, Nicholas se vio sumergido en un mundo mágico, algo invisible; una fuerza superior le impedía despegar la vista de ella. Perdió la noción del tiempo; tal vez solo habían pasado segundos. Pero era suficiente para llegar a la absoluta certeza de que tenía frente a él no a un muchacho ni a una niña, sino a una preciosa y, más que tentadora, misteriosa mujer.

Lady Elizabeth Albright se apretó contra la pared al escuchar pasos aproximándose. Estos se hacían cada vez más fuertes; rogó en silencio no ser descubierta. «Si alguien logra verme, no sabría qué hacer», maldijo entre dientes.

Por lo menos, se había puesto su abrigada capa negra. Debajo llevaba unas calzas de igual color, robadas del dormitorio de su hermano. Aunque le quedaban grandes, lo solucionó rápidamente con una cuerda. Se calzó sus zapatos más cómodos y, con una última mirada al espejo, satisfecha, salió. Después de un momento el sonido se perdió, por lo que, aliviada, prosiguió la marcha.

Tendría que haber traído algo para defenderse, aunque sea un palillo; podría asestar un buen golpe, y salir corriendo. Sonrió imaginando la inverosímil escena. Un mechón se escapó del firme rodete que tenía atado sobre la nuca y se posó sobre su ojo derecho. Molesta, alzó el brazo para apartarlo; cuando oyó voces, se congeló. Dos caballeros acababan de doblar

la esquina y venían en su dirección. Afortunadamente, estaban enfrascados en una charla sobre política. Aterrorizada, Lizzy se pegó contra un muro; la humedad le traspasó hasta la camisola. Hizo una mueca, tratando de ignorar el aroma nada grato que despedía la pared.

—Milord, en mi opinión, los asesinatos tienen que ver con el número de pobres, que crece notablemente; cada vez son más los indigentes que invaden nuestros espacios —dijo un caballero alto y delgado.

—No puedo negarlo, Miller. Sin embargo, esos pobres son nuestra servidumbre; no logro imaginar...

Los caballeros pasaron delante de ella sin percatarse de su presencia. Las voces se alejaron. Lizzy sintió ganas de abalanzarse sobre ellos y hacerles entender lo egoístas que eran. Pero se contuvo; eso iba a tratar de hacer cuando llegara al salón de reunión. Obviamente, de manera civilizada. Hace unos días buscaba un libro en el escritorio de su padre, cuando vio una carta. En ella, se invitaba al marqués a una reunión para tratar la problemática de los misteriosos asesinatos; sabía que su padre no asistiría y decidió ocupar su lugar.

Luego de darles tiempo a los hombres para que se alejaran, reanudó su camino. El salón no debía quedar muy lejos, aunque podría equivocarse ya que nunca había hecho ese trayecto a pie, y menos sola. A su mente vino el recuerdo de las largas caminatas que hacía cada mañana en la pequeña aldea de Francia, en la que había pasado su adolescencia. Sacudió la cabeza, desechando esos pensamientos. Era mejor hacerse rápido a la idea de que esos tiempos ya no volverían y que sus días de libertad habían acabado. Debía resignarse a su destino y padecer otra temporada de bailes, esperando que algún *lord* la escoja entre las candidatas, que se ofrecían cual mercancía.

Tras unos minutos de caminata, al final de la calle divisó el edificio donde se llevaría a cabo la reunión. Debía tener cuidado porque muchos caballeros llegaban a pie. Ajustó el sombrero sobre su cabeza para ocultar su cabello. Apresurando el paso, Lizzy se mezcló con los hombres que ingresaban. Nerviosa, entró aliviada de que nadie se percatara de su disfraz.

En el interior, había tres filas de asientos forrados en terciopelo que formaban un círculo, y en el centro, dos sillas un tanto más altas que las demás. Se apresuró a sentarse a un costado, donde no llamara la atención. Pasó la mirada por las sillas que estaban ocupadas y luego se enfrascó en sus pensamientos.

Lizzy empezaba a impacientarse, cuando entraron dos hombres que se ubicaron en las sillas del centro. Todos los presentes tomaron asiento y se hizo silencio. El caballero de semblante severo habló primero.

—Estimados caballeros, expresamos nuestra gratitud por asistir a esta junta.

—Ciertamente, fuisteis citados con tanta prisa ya que es nuestra intención solucionar el conflicto que nos preocupa sobremanera —intervino el caballero sentado a su lado.

—Milord, esperamos que la resolución del mismo se determine hoy. Debido a esto, en función de representante de la mayoría de los caballeros presentes, tengo intención de expresar nuestras opiniones —interrumpió poniéndose de pie un caballero ubicado al medio.

—Adelante, *lord* Simmons.

—En vista de que el número de plebeyos crece, creo que se debería extraditar a los que no tienen oficio ni una ocupación respetable.

Lizzy no podía creer lo que oía: sentía que la furia se le salía hasta por las orejas mientras observaba a casi todos los presentes asentir ante aquel ridículo comentario. Un caballero sentado delante de ella se levantó para hablar.

—Expreso mi apoyo a esta propuesta, ya que disminuiría notablemente el número de bandidos y holgazanes. Más aún, sugiero que los asentamientos más cercanos sean desalojados.

Un susurro de aprobación recorrió la sala. Ante aquello, Lizzy no pudo reprimir su genio. Se puso de pie tan rápido que sobresaltó a los caballeros que estaban a su lado.

—Disculpad, milord... —dijo, enronqueciendo su voz—, pero creo que no

favorecería a nuestra causa.

El caballero que había hablado antes se giró y la miró con arrogancia.

—No es mi intención ofenderlo... —En su mirada se veía claramente que esa era su intención—. Pero cualquiera puede darse cuenta de que es usted un *muchachito*; no creo que conozca a fondo la situación de la ciudad. —Los demás asistentes rieron entre dientes.

—Puede que así sea, milord —contestó, nada intimidada—, pero si erradicáis a los pobres, ¿cree, milord, que los sirvientes seguirán a nuestro servicio? Después de todo, son su familia y amigos; muchos se irán con ellos —apuntó la muchacha, sabiendo que esa terrible posibilidad importaría, más que nada, a aquellos nobles egoístas—. ¿No pensó que ya no tendrá el periódico por las mañanas, o la leche, o alguien que le envíe sus recados?

Los nobles se miraron preocupados y empezaron a asentir. El caballero la miró echando odio por sus ojos. Iba a contestarle, cuando un hombre joven, sentado en la primera fila, a su derecha, se levantó y lo interrumpió.

—Su señoría, concuerdo con el joven —dijo, ignorando al arrogante, que enrojeció y se sentó, furioso—. Para tomar una decisión tan importante, se deberían considerar los factores negativos.

Ella lo miró maravillada; nunca había visto a un hombre tan hermoso. Todos hicieron silencio, escuchándolo con respeto. Tenía un porte elegante y masculino; se lo percibía relajado, pero firme a la vez. Todo en él denotaba autoridad: su cabello, negro como la noche, era muy corto detrás y un poco más largo delante; su cara era extremadamente varonil, de mandíbula cuadrada y nariz patricia y estaba perfectamente enmarcada por unos ojos color azul zafiro.

El caballero seguía hablando, pero Lizzy estaba tan absorta observándolo que no se percató del momento en que él se detuvo. De repente, sus miradas se encontraron e inmediatamente sintió una punzada de temor, o tal vez de inquietud. Aquellos ojos, casi diabólicos, parecían penetrar hasta su alma, como si estuvieran viendo hasta el último rincón y descubriendo uno a uno sus secretos. A pesar de que los separaban varias hileras de sillas, fue tal su

impresión que se reprimió para no girar y salir corriendo despavorida. Aunque pudiera intentarlo, Lizzy estaba anclada en el lugar. Se sentía presa del momento; tal vez fueron solo unos segundos, que parecieron horas.

¿Qué le sucedía? Aquello parecía irreal, sin embargo, era tan real como la certeza de que su disfraz había sido descubierto.

Capítulo 3

*He aquí que tú eres hermoso, amado mío,
y dulce.*

Cantares 1:16

*¡En esta vida nada tiene sentido! ¡Todo es vanidad,
todo es una absurda ilusión!*

Eclesiastés 1:2

Lizzy contuvo el aliento, a la espera de que el caballero descubriera su disfraz delante de todos. Pero no se movió; solo levantó la barbilla y lo miró desafiante. *¿Acaso se había vuelto loca?* No era momento de sacar a relucir su lado temerario y tozudo. Eso le decía, o más bien le gritaba, su *yo* sensato y con sentido de supervivencia. Pero, como siempre, se imponía su *yo* diabólico, obligándole a seguir sus impulsos más alocados.

Él... seguía mirándola, con una expresión *¿divertida?, ¿no horrorizada, enojada, escandalizada u ofendida?* No lo pudo averiguar porque él rompió el contacto dándole la espalda. ¡Y qué espalda! Lizzy se sentó, aliviada por el momento. Él se dirigía a los hombres del centro.

—Creo que los asesinatos no se resolverán ni terminarán extraditando a nadie. Lo que se debería hacer es fomentar la vigilancia en las calles, sobre todo por las noches; los que se encargan de nuestra seguridad no cuentan con la capacitación ni con los insumos necesarios, menos con herramientas adecuadas, lo que obviamente repercute en sus pobres desempeños.

Dicho esto se sentó. Toda la concurrencia comenzó a hablar al mismo tiempo. Pero Lizzy estaba con la boca abierta, sorprendida con su breve discurso, porque era realmente algo que ella hubiera dicho. Algo brillante y no estúpido, banal o carente de sentido, como lo que venía escuchando. El joven, al parecer, sintió su mirada y se volvió hacia ella. Entonces, el tiempo pareció

detenerse y observarlos a ellos dos. Ella no podía despegar sus ojos de los de él. A lo lejos escuchó al caballero del medio —el de rostro severo— pidiendo orden. Decía que llevaría sus propuestas ante el magistrado, y luego dio por terminada la reunión. Todos se levantaron.

De repente, Lizzy perdió el aliento. *¡Oh, se iba a desmayar! Un momento, ella nunca se había desmayado. ¡Nunca! Ni siquiera cuando Rob, el hijo del jefe del establo, mató a esa asquerosa serpiente...Oh, ¡ya estaba divagando otra vez!* Siempre lo hacía cuando se sentía nerviosa o estresada. Se dio un golpe mental.

¡El caballero de los ojos azules, al parecer, venía hacia ella! Caminaba con desenvoltura, los hombros hacia atrás, la espalda recta. Su corazón se paró y luego volvió a latir aceleradamente. Sin pensarlo, se levantó con tal rapidez que tumbó el pesado banco. Él detuvo su marcha y arqueó una ceja. Era su turno de mirarla desafiante. *¡Maldición!* Lizzy sopesó sus opciones frenéticamente y dejó a sus *yoes* internos discutiendo la conveniencia de dejar salir su lado sensato o alocado. Y rápidamente hizo lo impensado...: echó a correr.

El salón de reunión era un caos. A lo lejos, Nicholas escuchó que el magistrado daba por terminado el debate. Pero él seguía sentado allí, mirando a la misteriosa joven. Cuando todos los caballeros comenzaron a desalojar el lugar, decidió que era el momento para acercarse a ella. Empezó a avanzar lentamente: no quería asustarla. Sentía su corazón bombear más rápido con cada paso que daba. La joven se removió en su asiento al verlo aproximarse. De repente, pareció darse cuenta de la poca distancia que los separaba y, como despertando de un sueño, se sobresaltó mirando a su alrededor, luego a él y se puso de pie tumbando el banco.

Él detuvo su marcha observando a su presa, cual felino. Se estaba divirtiendo muchísimo con las reacciones de la dama, que estaba pálida y lo miraba alarmada. No entendía el porqué de su nerviosismo; él no iba a denunciarla. Su reputación quedaría destruida si se sabía que se había colado a una reunión para caballeros y encima, disfrazada. Él seguía detenido,

mirándola. Recordó cómo lo había desafiado hace unos momentos y decidió que le vendría bien un poco de su propia medicina. Lentamente, arqueó una ceja devolviendo el desafío. Pero ella no reaccionó como él esperaba; Nicholas creyó que lo miraría desafiante, suplicante, o tal vez diciéndole: *touché*. Pero no: ella entró en pánico, como una liebre acorralada a punto de ser devorada por un temible león que, al encontrarse indefensa, corre por su vida. Él no daba crédito a sus ojos. La muchacha había salido como alma que lleva el diablo, chocando con los caballeros que salían charlando amigablemente y empujando a los que se interponían en su huida.

Por un momento la sorpresa lo dejó petrificado; luego, salió tras ella. Pero era demasiado tarde: había perdido valiosos segundos. Cuando llegó a la calle, no la vio por ningún lado. Caía una suave lluvia que lo empapaba. Sin saber por qué, se sentía profundamente decepcionado. Su lacayo se acercó.

—Su excelencia, ¿le traigo el carruaje?

Él lo observó durante un momento sin entender: su mente todavía estaba con la joven de ojos violetas. El lacayo lo miró extrañado; no era normal que su señoría actuara raro. Él salió de su ensoñación.

—Sí, Peter.

Al momento llegó el cochero manejando el carruaje. Peter le abrió la puerta; él entró y se acomodó en el mullido asiento. El carruaje se puso en marcha; Nick miró una última vez por la ventanilla. *¿Quién sería ella?* Porque estaba seguro de que se trataba de *ella*; ningún hombre podía ser portador de unos ojos tan preciosos. Desde la distancia, había podido distinguir su color y apreciar el largo espesor de sus pestañas. Además, por si pudiera albergar alguna duda, cada una de sus reacciones la habían delatado; sonrió al recordarlo. Su rostro era un libro abierto, más bien, el más dulce de los poemas jamás leído. Y la manera tan inocente y cándida en la que había actuado bajo su mirada le decía mucho más sobre ella.

El carruaje avanzaba por las calles; Nicholas seguía recostado con los ojos cerrados, inmerso en sus cavilaciones.

—¡Maldición! —exclamó en voz alta. *¿Cómo daría con ella? ¿Por dónde*

comenzaría a buscarla?

De repente, tenía muchas incógnitas sin responder, pero una certeza: removería todo Londres, si era necesario, hasta encontrarla. Abrió los ojos y se enderezó; sintiendo una nueva emoción, frunció el ceño. No podía explicarlo, pero algo comenzaba a despertarse en su interior; algo de lo que no había sido consciente hasta ese día. Un nuevo vacío crecía en él y sospechaba que solo una cosa podría llenarlo —una sonrisa se extendió lentamente por su rostro—: un ángel de ojos violetas y piel de marfil; un ángel hecho a su medida.

Sentada ante el espejo del tocador, Lizzy examinaba su imagen con aire aburrido.

—Ya es suficiente, Celeste... —dijo quejosa—. Hace una hora me estás acicalando: se me caerá el cabello de tanto estirarlo.

La doncella la miró divertida; era la única señorita que conocía a la que no le importaba su imagen. Como si no fuese consciente de su gran belleza, sí que estaba hermosa esa noche, por cierto.

—Disculpe, milady, es que me entusiasmo demasiado. ¡Se ve tan encantadora esta noche! —dijo soñadora. Lizzy la miró con expresión triste.

—Es que no quiero estar encantadora; mi único deseo es quedarme en casa.

—¿Y desperdiciará así una velada tan linda?

—Podría leer o jugar al ajedrez con el señor John —dijo Lizzy esperanzada.

—Pero tiene que divertirse y conocer gente como usted, milady. El señor John es un mayordomo; su padre se enojaría mucho si descubriese sus intenciones. —Lizzy soltó un bufido nada apropiado en una dama.

Hacia poco había regresado a Londres para ser presentada en sociedad. Aunque tenía diecinueve años, su debut se había pospuesto dos años cuando había caído enferma. La temporada recién comenzaba y ella ya se había aburrido de las fiestas y de los estirados nobles; prefería la compañía de los

sirvientes. Iba a discutir con Celeste, pero un golpe en la puerta la interrumpió; la doncella se apresuró a abrir.

—Gracias, Celeste —dijo su hermano entrando con una sonrisa. La doncella hizo una reverencia y salió con un rubor muy delatador en las mejillas.

Lizzy se levantó de un salto y se arrojó a los brazos del alto joven, que por poco cae de la sorpresa; él le devolvió el abrazo esperado por tanto tiempo.

—¡Eh, ángel!, con cuidado.

—Sebastien, no sabía que habías regresado —dijo ella separándose, mirándolo ceñuda—. Padre no me dijo nada.

—Decidí volver antes y darles una sorpresa —respondió él tranquilizándola—. Pero estás más alta, ¿o me parece? —bromeó él.

Ella golpeó su brazo, pues siempre había sido de poca estatura, cosa que le molestaba sobremanera; era muy difícil ir por el mundo siendo tan pequeña.

—¡Y tú estás más llenito, si es eso posible! —Por supuesto era mentira; el condenado estaba más que apuesto.

Tenía el cabello rubio muy corto y vestía pantalón y saco gris; debajo llevaba chaleco, camisa blanca y botas negras. Estaba muy elegante y musculoso; él le mostró su encantadora sonrisa, por la que seguro muchas damas se desmayaban a su alrededor. Sus ojos violetas, idénticos a los de ella, la miraron fingiendo estar ofendido.

—No confundas grasa con músculos, querida. Y detesto decir esto, pero padre nos está esperando abajo, y ya sabes cómo se pone cuando lo hacen esperar.

Lizzy, haciendo una mueca, tomó su ridículo y aceptó el brazo que su hermano le ofrecía.

El carruaje se detuvo frente a una elegante casa de tres pisos, por la que se veía brillar velas encendidas en cada habitación. Su hermano descendió y luego lo hizo su padre, extendiendo su mano para que ella bajara. William

Albright, marqués de Arden, era un hombre serio y callado. Aunque siempre les había dado todo, nunca les demostró afecto. Cuando su esposa falleció al dar a luz a Lizzy, él sepultó su alegría con ella. Mandó a la pequeña bebé a Francia a vivir con su abuela materna; a su hijo, a un internado, y desde entonces dedicaba su vida a su trabajo en el Parlamento y como consejero del rey. Ella había heredado su cabello castaño dorado y Sebastián, su postura y sus rasgos; aunque ambos hermanos compartían el color de ojos de su madre. La contextura de su padre era grande como la del hijo, pero carecía de su sonrisa; por el contrario, mantenía siempre una expresión solemne y una mirada severa en sus fríos ojos grises.

Al llegar a las puertas los esperaban los anfitriones, *lord* y *lady* Preston, duques de Malloren, quienes los saludaron con cordialidad, y siguieron su camino. Luego de ser anunciados, hicieron su entrada al salón. Lo primero que vio Lizzy fue la gran pista de baile, decorada como un bosque, rodeada por paredes adornadas con cortinas de gaza, donde se apoyaban sillas que ya habían sido ocupadas por matronas y carabinas. En un extremo del salón estaba ubicada la orquesta; en el otro extremo, una puerta abierta dejaba ver una habitación donde se habían dispuesto bebidas, y más allá se veía el gran comedor, donde se serviría la cena. Todas las habitaciones estaban atestadas de damas vestidas con exquisitas telas, que se abanicaban intentando aliviar el calor, y elegantes caballeros que les acercaban refrigerios a sus acompañantes. Parecía que nadie se había querido perder el baile de los duques. Su padre soltó su brazo para ir hacia la sala de juegos, y la dejó en compañía de su hermano.

—¿Algo para beber, hermanita? —preguntó él sonriente.

—Sí, gracias. Este lugar está tan abarrotado que creo que me voy a desmayar.

—¿No es algo a lo que ya tendrías que estar acostumbrada?

—Hum... —gruñó ella—, nunca me acostumbraré.

—Nada que un buen vaso de ponche no solucione —dijo él mirándola divertido.

—Adelante, si es que logras llegar a la mesa entre esta multitud.

—Sonríe, ángel. La noche es joven; ahora regreso —dijo él y se marchó. Con un suspiro resignado, Lizzy se preparó para resistir otra noche más de aburrida cháchara social.

Capítulo 4

El bálsamo y el perfume alegran el corazón; el buen consejo del amigo alegra el alma.

Proverbios 27:9

Se han mostrado las flores en la tierra, el tiempo de la canción ha venido.

Cantares 2:12

—Su excelencia, *lord* Nicholas Bladeston, noveno duque de Stanton.

—*Lady* Honoria Bladeston, duquesa de Stanton.

—*Lady* Clarissa Bladeston.

Luego de ser anunciados, Nick ingresó al baile de los duques de Malloren llevando en cada brazo a su madre y a su hermana. Toda cabeza dentro de ese salón se giró a mirarlos. De inmediato se extendieron los murmullos por cada habitación. Nicholas avanzaba escuchando a las damas cuchichear...: «¡Oh, Dios mío, el duque está aquí!»; a los caballeros...: «Pobre Stanton, lo que le espera», y a las madres desesperadas...: «Hija, enderézate, se acerca el duque. ¡Ponte en su campo de visión, niña!». Justamente esto es lo que había querido evitar; se sentía como un pedazo de carne expuesto a la venta. Suspiró para sus adentros mirando a la culpable de que estuviera padeciendo esa tortura: su madre, que caminaba muy sonriente saludando con la cabeza a sus conocidos. Cuando encontró un espacio libre en el atestado salón, se detuvo y soltó a sus acompañantes.

—Espero consideres como cumplida mi promesa, madre, porque nada volverá a arrastrarme a un lugar como este en mucho tiempo —dijo Nicholas viéndola severamente.

—Sí, hijo, por supuesto. Aunque quién te dice y encuentres esta noche a una

hermosa jovencita que te motive a volver muy pronto. —Su hermana se rio al ver la cara de espanto del duque.

—No lo creo, madre. Ninguna belleza es suficiente para hacer que siquiera considere pasar por esto nuevamente —replicó él viendo cómo avanzaba hacia ellos una vieja matrona arrastrando a sus dos hijas detrás.

—Nunca digas nunca, hermanito —dijo Clarissa moviendo las cejas—. Madre, veo que esta mañana no exagerabas cuando dijiste que todo el mundo vendría al baile —continuó su hermana divertida.

Nicholas vio que la vieja dama casi llegaba hasta ellos, así que se apresuró a huir.

—Si me disculpan, las dejo un momento.

Sin esperar respuesta, Nick escapó. Estaba ansioso por reunirse con su mejor amigo, Steven. Habían acordado verse allí para comentar sus avances en la búsqueda del traidor, al que se les había encomendado descubrir. Buscó con la mirada a su amigo por el salón y, casi al acto, lo vio rodeado de damas, que reían de algo que el descarado les decía.

—Buenas noches, mis *ladies*. —Saludó a las damas, que lo miraron boquiabiertas—. Lamento interrumpir, pero se necesita la presencia de este petimetre un momento. —Y tras efectuar una inclinación con la cabeza, dio media vuelta.

Luego de un momento, Steven lo siguió. Ya fuera del salón, se detuvo en el jardín y vio venir a su amigo con expresión ofendida.

—¿Qué te sucede, Bladeston? A ti no te cuesta conseguir compañía femenina, pero ten misericordia de nosotros, los menos afortunados.

—¡Sí, claro! Olvidé que solo eres un pobre conde, heredero de unas muy humildes cuatro mil quinientas yardas de tierra y cuatro propiedades. No llegas ni de cerca a mis diez mil ni a mis nueve propiedades —dijo Nick irónico.

—¡Qué cínico te has vuelto, viejo amigo! No todo se trata de dinero, ¿Qué hay de mi falta de apostura, carisma, simpatía? —enumeró Steven poniendo la mano en su pecho.

Nick meneó la cabeza: se negaba a discutir sobre la rubia apariencia o la encantadora personalidad de su amigo, que por cierto eran bastante alabadas en cada salón y gacetilla de sociedad de Londres. Lo miró severo, aunque — muy a su pesar— divertido por sus ocurrencias. Se conocían desde la niñez; primero fueron vecinos y camaradas en los juegos de infancia; después, compañeros de estudios en Eton; pero lo que más afianzó su amistad fue luchar y sobrevivir juntos en la temible batalla de Waterloo. Por eso, cuando le encomendaron esta nueva misión, no dudó en pedir su ayuda.

—¿Qué descubriste? —inquirió cambiando de tema. Steven se puso serio al instante.

—No mucho, solo rumores de que William Albright, marqués de Arden, ha estado manteniendo asiduamente reuniones sospechosas con un francés. — Nicholas se tensó.

—¿De quién se trata?

—De un tal Fermín de Moine, conde de Mousse.

—¡Ese mal nacido! —exclamó Nick.

Ambos conocían a ese bastardo —de madre inglesa y padre francés—; durante la guerra, él había aprovechado sus conexiones para vender información, como ubicaciones, estrategias, nombres, etc. Al finalizar esta, Moine había huido como la rata que era. Steven continuó:

—Es preciso averiguar qué tiene que ver Arden en todo esto.

—¿Cómo nos acercaremos a él? Sé de buena fuente que es muy severo y desconfía de la gente en general —respondió el duque frunciendo el ceño.

Steven asintió; ambos se quedaron en silencio cavilando, para luego descartar distintas posibilidades. De repente, a Steven se le iluminó la mirada.

—¡Ya sé! —Nick se irguió ansioso.

—¿Qué?

—¡Ja, sí! ¡Soy un genio! —exclamó el otro haciendo un pequeño baile en su lugar. Nick puso los ojos en blanco.

—Dime de una vez lo que se te ocurrió.

—El marqués de Arden tiene una hija en edad casadera. —Steven sonrió angelicalmente. Nick lo observó sin comprender.

—¿Y? —Su amigo solo lo miró moviendo las cejas hacia él—. Steven, ¿y eso qué tiene que ver? —El otro asintió esbozando una sonrisa maliciosa—. ¡Ahh, no! No pensarás que yo...

—Claro que sí, piénsalo. Es el plan perfecto: ¡tú fingirás cortejarla! —dijo señalándolo.

—¡De ninguna manera! —estalló el duque—. Olvídalo. No estoy dispuesto ni por el rey ni por nadie a soportar a una tonta jovencita, de seguro feúcha e insulsa, con una risa tonta y con cerebro más hueco que el de mi perro.

—Pero así podrás acercarte al padre —dijo Steven persuasivo— y tendrás la excusa perfecta para merodear por su casa, ¡piénsalo!

—¡No, rotundamente no! —Nick negó con la cabeza.

Steve Hamilton, sexto conde de Baltimore, encontraba muy divertida la actitud de su viejo amigo, el muy ilustre duque de Stanton. Había planteado — más como broma que otra cosa— la estrategia de Nicholas fingiendo cortejar a la —hasta ahora— desconocida hija del marqués de Arden. Pero al ver la actitud tozuda que había tomado su mejor amigo, decidió divertirse a su costa y lograr que él acceda a su plan. Después de todo, la temporada recién comenzaba y él ya se estaba muriendo del aburrimiento. Por supuesto, Nick no tendría que enterarse, pues no era famoso por tener un carácter amable o una personalidad paciente y divertida.

En ese momento se encontraban en un balcón que daba al jardín, el cual permitía más intimidad para hablar. Nick lo miraba ceñudo y, con sus brazos cruzados, negaba con la cabeza.

—Entiendo tu negativa, viejo amigo. Pero tal vez te apresuras a descartar la buena posibilidad de acercarnos a nuestro objetivo —dijo Steve ocultando una sonrisa.

—¡Sí, claro!, ya que has tenido esta idea tan... *brillante*, ¿por lo menos has conocido a dicha dama? —replicó Nick, que ya estaba llegando al límite de su paciencia. Su amigo lo pensó.

—No, solo sé que tiene diecinueve años, que estuvo en el exterior por un tiempo y que acaba de regresar para hacer su presentación en sociedad esta temporada. —Se encogió de hombros—. Eso me dijeron mis hermanas; ya sabes que le huyo como a la peste a estos bailes, así que no he coincidido con ella.

Nick gruñó. *¿Diecinueve años?* Debía ser muy poco agraciada para que su padre —siendo tan orgulloso— la hubiera mantenido escondida, retrasando tanto su presentación.

—Hasta puede que traiga los dientes deformes y que sea bizca. —Su amigo se rio y Nick le dio un puñetazo en el hombro—. ¿Por qué no lo haces tú? ¡Ya que fue tu idea!

—¡Ay, no! Recuerda que dijiste que no me entrometiera en la misión, que tú ibas a hacer lo difícil; mi trabajo era solo averiguar. Además, el conquistador de mujeres eres tú. —Se burló Steven.

Nicholas se giró hacia el jardín mientras meditaba sobre la idea de Steve; no podía dejar de admitir que era una buena posibilidad para avanzar en su investigación. Porque, hasta ahora, no había descubierto nada que le sirviera sobre el marqués, y él no se había presentado a la reunión organizada por los magistrados.

—De acuerdo, lo pensaré. —Aunque ya veía que no hallaría otra alternativa mejor; *el condenado tenía razón*.

—Pues te dejo para que medites —dijo Steve viendo el gesto adusto de Nick y presintiendo la victoria.

El duque solo le contestó asintiendo con la cabeza y Steve, haciendo una reverencia burlona, se volvió y regresó al interior.

Elizabeth sentía que se estaba ahogando: no soportaba más el ambiente sofocado del salón. La gente la apretujaba sin cesar y sus pies estaban agotados, aunque no tanto como su paciencia. Estaba cansada de bailar con jovencitos presumidos y fingir que le interesaba conversar sobre el tiempo, el

tocado de Miss Tizty o el atrevido escote de *lady Stark*. Se disculpó con el grupo en el que se encontraba y se dirigió a los ventanales abiertos que estaban al fondo del salón. Cuando pudo llegar, a través del atestado lugar, salió al exterior; la casa era muy bonita y el jardín era precioso. Pasando las puertas se extendía una amplia escalinata, la cual llevaba a un largo camino de piedra, rodeado por diferentes tipos de flores. Varias personas paseaban admirando su belleza.

Lizzy buscó con la mirada algún lugar menos concurrido, para evitar otra conversación banal. A su derecha había otra puerta que, al parecer, daba a un balcón privado. «Ah, un poco de intimidad», pensó, aliviada. Se dirigió hacia allí. La puerta estaba algo trabada; logró abrirla un poco. Espió en su interior: parecía desierto. Forcejeó un poco para abrirla más y entró.

Nicholas seguía en el balcón, sumido en sus pensamientos. Estaba por regresar, cuando vio una cabeza castaña asomarse. Sin saber por qué, retrocedió hasta quedar oculto tras una cortina de hojas que subían por la pared del jardín hacia el techo. Quien fuera a ingresar estaba haciendo bastante alboroto. Tuvo que reprimir la risa. La puerta se abrió un poco más y pudo ver a una muchacha que forcejeaba con esta mientras refunfuñaba sobre su corta estatura. Pero la risa se ahogó en su garganta cuando ella logró entrar y pudo verlo. Tragó saliva, *¡qué mujer más hermosa!*

Parecía una visión: sin duda tenía que ser un ángel. Parpadeó y volvió a mirar. No, era real. La joven lanzó un suspiro, luego miró el cielo y sonrió de tal forma que Nick sintió un escalofrío subir por su espalda. *Vaya, qué sonrisa tan maravillosa tenía.* Era muy pequeña; no debía llegarle ni a los hombros. Su contextura era menuda; su cuello, frágil; y sus hombros, pequeños. Del cabello abundante, recogido en lo alto de la cabeza, caían unos bucles color castaño claro rozándole el cuello.

Ella avanzó un poco y él pudo apreciar su bello rostro: nariz pequeña y respingona, labios carnosos y dientes perfectos. Pero lo que destacaba en su cara eran unos enormes ojos, de un color que a esa distancia no lograba

distinguir. Ella caminó hasta la baranda del balcón; una suave brisa levantó la orilla de su vestido, que rozaba el suelo. Este era de mangas de gasa abullonadas; el corpiño apretado de raso era color marfil —al igual que el resto del vestido, que se abría a su alrededor— y sobre la falda, una suave gasa dorada, igual a la de las mangas.

Nick sintió que su respiración se agitaba al ver su esbelta figura: era una visión color oro. Ella, de espaldas a él, comenzó a moverse al son de la melodía de un vals. Nick tragó saliva y, en un impulso, dio un paso hacia ella.

Cuando Lizzy logró entrar al balcón, miró a su alrededor; la mitad del lugar estaba mal iluminado, pero no corría peligro alguno ya que estaba sola. Soltó un suspiro de alivio; su mirada fue hacia el cielo que, sorprendentemente, esa noche estaba muy despejado y podía ver cientos de estrellas. Sonrió al recordar las miles de noches que había pasado en su aldea, en Francia, acostada en el jardín, contando cada estrella e imaginando a su madre en cada una.

Caminó hacia la baranda, miró hacia abajo y pudo ver que el camino empedrado terminaba en una hermosa fuente de piedra que combinaba con el romántico paisaje; en la parte más alta de su figura, un regordete Cupido lanzaba una flecha y de la punta caía un gran chorro de agua. El rostro de la estatua tenía una expresión pícara, y Lizzy se percató de que estaba hecha de tal forma que la flecha parecía apuntar directo hacia ella.

Se estremeció, parecía que la calurosa noche le provocaba un raro humor. Una suave brisa la distrajo de esos pensamientos, trayendo la melodía de una dulce canción que se tocaba en el salón. Cerró los ojos y dejó que su cuerpo siguiera la música. Le encantaba bailar y adoraba el vals, aunque todavía no la habían autorizado a bailar uno. Giró sobre sí misma y, de repente, chocó contra algo duro como el hierro, y su cara quedó enterrada en un pecho vestido de negro. El impulso le hizo perder el equilibrio y casi cae hacia atrás. Pero unas fuertes manos tomaron sus hombros impidiendo que cayera; se vio atrapada contra aquel pecho. Atemorizada, pisó fuerte su el pie; él soltó un

alarido de dolor y le soltó un hombro para sostener su pie. Sin perder el tiempo, le clavó una rodilla en la entrepierna, pero él logró esquivarla soltándole el otro hombro; Lizzy lo rodeó para salir corriendo.

Nicholas no lo podía creer. La dulce aparición, el ángel dorado, era una furia salvaje. Con un alarido se tocó el pie, *¡lo acababa de pisar!* Casi no tuvo tiempo de esquivar una rodilla que pretendía atacar su parte más sensible.

—¿Qué rayos le sucede? —Soltó al pequeño demonio y ella de inmediato intentó pasar por su lado para salir corriendo. *¡Maldita sea!* En dos pasos la alcanzó. Enfurecido, la tomó del brazo y la volvió hacia él.

La joven clavó los pies y trató de golpearlo con sus pequeños puños.

—¡Deténgase! ¿Qué *diablos* le sucede...? —Las palabras murieron en sus labios al ver sus ojos.

Eran del más profundo violeta. Nick los había visto antes. *¿Cómo olvidar esos ojos que lo perseguían hasta en sus sueños?* Unos ojos que había buscado en cada rostro, que lo habían hechizado impidiéndole olvidarlos. Y cuando ya había perdido la esperanza de hallarlos, los encontraba mirándolo fijamente.

Capítulo 5

*¡Oh, si él me besara con besos de su boca!
Porque mejores son tus amores que el vino.*

Cantares 1:2

*Dios mío, ponlos como torbellinos,
como hojas delante del viento.*

Salmos 83:13

Lizzy seguía forcejeando con el que creía su atacante. Le oyó soltar varios improperios y pedirle que se detuviera. Él aprisionó sus brazos para impedir que lo siguiera golpeando; ella levantó su mirada y se quedó paralizada. Por unos segundos nadie se movió; solo se miraron en silencio, escuchando sus respiraciones agitadas por la enfurecida lucha.

¡Oh, por Dios! Era el lord ojos azules, del salón de reunión. Nunca pensó volver a verlo, aunque mentiría si no admitiese que lo había imaginado más de una vez, cual príncipe azul, montado en su corcel blanco, irrumpiendo para rescatarla de su insípida existencia, llevándola al reino de las emocionantes aventuras. Otra vez se había quedado ensimismada; sopapo mental. Él seguía mirándola fijamente; sus ojos le recorrían el rostro, sin perderse un solo detalle.

—¡Suélteme! —le exigió Lizzy, sintiendo su furia renacer. Estaba a punto de inventar una historia cuando cayó en la cuenta de que él no podía reconocerla. Aunque estaba segura de que, cuando se vieron por primera vez, él se había percatado de que era una mujer, el disfraz masculino ocultaba sus rasgos.

El patán ni siquiera contestó; se limitó a soltarle lentamente el brazo. Lizzy se apresuró a esbozar una expresión neutra, como si mirara a un desconocido. El caballero seguía pegado a ella esperando, al parecer, que ella fuera la que

diera el primer paso. Ella empezó a ponerse muy nerviosa bajo su intenso escrutinio y, sin saber cómo actuar, hizo lo primero que se le ocurrió: lo atacó.

—¿Qué pretende, milord? Si es que se lo puede llamar así. —Él permaneció en silencio, lo que la enfureció aún más—. ¿Cómo se atreve a manosearme y acorralarme tan vilmente? —le espetó furiosa.

Nick sintió su enojo elevándose a alturas recónditas. *Pero qué diablos, ¡qué muchacha descarada!*

—Disculpe, pero lo mismo podría decir de usted, milady —dijo él irónico—. Además, usted me atacó.

—¡Yo solo me defendí! *Usted* apareció de repente y se lanzó encima —contestó ella, sin creer el descaro de aquel tipejo.

—Lamento tener que contradecirla, pero me encontraba aquí muy tranquilo hasta que usted se apareció. Y le ruego me diga en qué momento me lancé sobre usted, cuando solo me limité a observarla —dijo él cruzando los brazos.

—¡Aaah! Ahora comprendo; es usted esa clase de pervertido que disfruta espionando damas indefensas —le espetó Lizzy, pero por dentro se encogió al ver cómo el rostro del caballero había pasado de colorado a pálido, para terminar poniéndose bordo. Otra vez la había poseído su lado impulsivo.

Nicholas se quedó atónito; jamás, nadie, *nunca* le había dicho algo remotamente similar. Y menos una mocosa; si apenas se atrevían a mirarlo a la cara. Cerró las manos en apretados puños para evitar saltar sobre ella y ahorcarla.

—¡Es usted una impertinente! Por lo poco que he visto, no podría calificarla como indefensa. Y lo de dama... no me atrevería a asegurarlo, pues parece que no le han enseñado educación alguna. —Nick se arrepintió nada más decirlo. ¿Qué *demonios* le sucedía? Él, que nunca había dedicado más de dos palabras a una dama soltera, se encontraba teniendo una acalorada discusión con una. Ella se había puesto pálida. Se sintió culpable, pero al ver cómo se enderezaba y alzaba aún más la barbilla, sintió su enojo renacer.

«¿Niña? ¡Niña!», pensó Lizzy furiosa. Cerrándole la puerta en la cara a la Lizzy sensata —que había irrumpido hace unos momentos pidiéndole sensatez

—, se envaró y lo encaró.

—Soy bastante mayor como para no reconocer a un malintencionado cuando lo veo y le aseguro que no le tengo miedo.

Nick se sintió tan furioso que no supo qué decir. La miró, pegada a él, con la barbilla levantada y los puños cerrados, y el pecho agitado rozaba el suyo. Su furia se evaporó, dándole paso a la más inoportuna excitación. Su último comentario le había sonado a desafío, y nada le gustaba más que eso. Chasqueando la lengua y negando con la cabeza, respondió:

—Pues, no puedo dejar de advertirle que comete usted una insensatez al no sentirse atemorizada ante mi persona; debería saber que mi reputación me precede. Lo que me da la certeza de que me temerá cuando compruebe que damitas como usted no son para mí más que un dulce bocado *muy* fácil y no por eso, menos placentero de comer.

Lizzy por poco se desmaya al ver su mutación. Había pasado de parecer un oso furioso a un peligroso leopardo acechando a su presa. Su voz era ahora un sonido aterciopelado y sus ojos azules se habían oscurecido. Se estremeció al caer en cuenta de que solo separaba sus cuerpos la tela de sus ropas. Pero su lado temerario no la dejó retroceder ni un paso y menos cuando vio cómo una sonrisa perezosa y arrogante se extendía por su rostro, redoblando el desafío.

¡Ja! ¿Príncipe azul había pensado? Más ingenua y tonta no podía ser, si no era más que un asno rosado, ni a sapo llegaba. Encima de pervertido, era arrogante, cínico, petulante... Lizzy vio todo rojo y le gritó con todas sus fuerzas:

—¡Es usted un pervertido, arrogante, y el más engreído cerdo que tuve la des... —Nicholas la tomó de la barbilla y cubrió su boca con sus labios.

Sabía que estaba completamente loco, pero ella, enojada, se veía tan preciosa. Le brillaban los ojos y respiraba tan agitada que él casi no la oía, distraído por lo que dejaba ver su escote. Estaba tan tentadora que le fue imposible retener su deseo un segundo más. Sabía que estaba haciendo añicos y saltando sobre su título de «caballero», pero le importaba un comino. *¡No podía resistirse a probar tan delicioso bocado y no lo haría!*

Elizabeth se llevó tal sorpresa que no pudo moverse cuando Ojos Azules la besó de imprevisto. Si eso podía calificarse como beso... pues era más bien un ataque sin tregua a todos sus sentidos. Ya la habían besado antes, pero nada la había preparado para esto. Él seguía besándola, devorándola con su boca; primero el labio superior y luego el otro.

Todo pensamiento voló de la mente de Lizzy, y él pareció percibir el cambio, porque sus labios comenzaron a acariciar los suyos más suave y sensualmente. La tomó de ambos brazos y fue como si la absorbiera. Sin dejar de besarla, sus manos bajaron por sus brazos hasta posarse en su cintura, elevándola aún más hacia él. Lizzy ahogó una exclamación y él aprovechó para tocar con su lengua el interior de su boca. Ella se sobresaltó y un escalofrío la recorrió entera. Su aliento era tan cálido; sentía cómo algo se iba incendiado en su interior. Gimió y, poniéndose de puntillas, le rodeó el cuello con los brazos buscando más de ese calor.

Nick se sintió morir cuando, con una exclamación, ella se rindió totalmente a él. Gimió en su boca sin poder evitarlo; ella era, sin duda, lo más dulce que había probado en su vida. Cuando la lengua de ella tocó la suya, sintió enloquecer: estaba perdiendo el control. Si no paraba, la iba a tumbar en el mismo suelo que pisaban. Con un gruñido de frustración, separó su boca de la de ella. Lizzy reaccionó como si la hubieran expulsado de una patada del paraíso. Lo miró agitada, con los ojos tan oscuros que parecían negros, fijos en su boca. De repente volvió a la realidad y fue consciente de que seguía pegada a él. Bruscamente se soltó.

—Milady, lo siento... —Empezó a decir él viendo su expresión, pero ella lo interrumpió.

—¡Cómo se atreve! —espetó roja.

Levantó una mano y le asestó tal bofetada que vio cómo su cabeza se giró hacia un costado.

—¡No vuelva a tocarme, perverso!

Luego, tomando la orilla del vestido, lo rodeó y salió corriendo. Nick se quedó mudo; en su cara se fue formando una sonrisa tonta. Caminó hasta la

baranda del balcón y miró hacia abajo. Una fuente ocupaba el centro del jardín; en la parte de arriba, la estatua de un regordete Cupido apuntaba su flecha hacia él. Nick abrió los brazos y simuló recibir su flechazo. Nada más oportuno para describir las tumultuosas emociones en su interior. Se giró apoyándose en la baranda, miró hacia la puerta por la que el ángel de ojos violetas había huido. *¡Vaya, qué mujer más apasionada!* Nunca había conocido una así; ninguna antes lo había enfrentado de esa manera ni respondido a sus besos con tanta intensidad. Recordó cómo ella le había correspondido y sintió la excitación renacer. Su beso fue más embriagador que el mejor vino. Parecía haberse granjeado una nueva enemiga, la cual le prometía una *dulce enemistad*. Si alguien hubiera visto al orgulloso y siempre serio duque de Stanton con una sonrisa soñadora, tocando su mejilla marcada por varios dedos, no se lo hubiera creído ni en un millón de años.

¡Cerdo, cretino, bestia, animal, sapo asqueroso! ¿Qué se ha creído? Dandi presumido, aprovechador, perverso, maleducado, imperti... Lizzy no podía estar más furiosa: maldecía en inglés, francés y hasta en italiano. Luego de huir de ese bellaco disfrazado de apuesto príncipe, caminaba entre los arbustos por un lateral de la mansión, buscando alguna puerta que le permitiera ingresar a la casa sin ser vista. Necesitaba encontrar el tocador para adecentarse y calmarse, antes de volver al salón de baile. Nadie la podía ver en su actual estado; no necesitaba testigos involuntarios de su descontrol emocional. No podía tener peor suerte: nunca imaginó que vería de nuevo al caballero de ojos azules. Ahora se sentía estúpida al recordar cómo, tontamente, había estado pensando en él. No pudo olvidar su mirada ni su sonrisa ni la manera como la había defendido. Y como una ingenua lo había buscado entre la gente, esperando encontrarlo en el salón, en el parque o cuando paseaba en calesa. Y hasta se había humillado agudizando el oído cuando escuchaba su nombre en alguna conversación. Así se había enterado de que era duque, hijo de una de las familias más antiguas e influyentes de Inglaterra. Su linaje era intachable; su sangre, no solo noble, sino real. Todos lo llamaban por su título: *lord* Stanton. Los conocidos más cercanos, por su

apellido: Bladeston; y sus pocos amigos y familia, por su nombre: Nicholas.

Su ilusión no tardó en evaporarse cuando oyó lo más comentado —y que, al parecer, él se había ganado a pulso dicha reputación—: que no le faltaba compañía femenina, aunque no fueran damas, en el sentido más estricto. Parecía que el hombre que había confundido con un príncipe encantador no era más que otro mujeriego empedernido.

El duque vivía con su madre, la duquesa viuda, y con su hermana menor. Además, tenía un hermano, que estaba de viaje. Pero lo que más se repetía una y otra vez era que el duque no había tomado esposa aún, por lo que continuaba disponible. Cada temporada, toda señorita en edad casadera, debutante o solterona, elaboraba sus estrategia de conquista; poco parecía impórtales su reputación. Pero pronto se rendían, ya que el duque no frecuentaba ningún evento.

Todas menos Lizzy, quien hacía mucho había decidido nunca casarse. Y ninguna cara bonita o título le haría desistir de su propósito. Con esa firme idea, logró dejar de pensar en él; ya no lo buscaba por ningún lado y se negaba rotundamente a escuchar un chismorreo más sobre él. Sin embargo, su resolución se esfumó cuando lo que pensó que sería otra monótona y aburrida noche de baile se había transformado en lo *más... más... más...* No sabía cómo describir lo que experimentó esa noche. Su momento de paz y soledad había sido abruptamente interrumpido por ese torbellino de hombre.

¿Pero qué decía? ¿Hombre? «¡Demonio!», siseó levantando los brazos al cielo como una lunática. ¿Qué hacía allí? Ella, que se creía segura porque el duque no se aparecería en ningún baile, se dio de bruces con el soltero más codiciado cuando menos lo esperaba. Porque, ciertamente, lo que sintió cuando él la besó no era humano. Había pasado de la sorpresa al desconcierto absoluto —para sentir total pánico y luego, furia ciega— y terminó sintiendo cómo literalmente su alma abandonaba su cuerpo y era arrastrada por una fuerza superior, como una hoja es acarreada por el viento en una furiosa tormenta.

Claramente jamás había experimentado nada remotamente parecido: una

emoción que podría definir como movilizante, inquietante, reveladora, emocionante, apasionante, excitante... Justo a tiempo, una piedra la hizo aterrizar, cual larga era en el suelo, interrumpiendo así el camino sin retorno que había tomado su mente. «¿Emocionante? Más bien aterradora y absolutamente perturbadora», se dijo a sí misma mientras se ponía de pie. Al fin encontró la dichosa puerta y, rogando no encontrarse del otro lado con algún invitado o sirviente, abrió la puerta y entró.

Si alguien hubiera visto a la siempre encantadora, impecable, elegante y bella *lady* Albright escabullirse en la casa con el peinado desecho, con el cabello repleto de hojas, parcialmente suelto —y que le tapaba la mitad del rostro manchado de barro—, y con una expresión asesina, no se lo hubiera creído ni en un millón de años.

Capítulo 6

*¿Quién es ésta que se muestra como el alba?,
Hermosa como la luna, esclarecida como el sol.*

Cantares 6:10

*Pero evita las cuestiones necias, contenciones
y discusiones; porque son vanas y sin provecho.*

Tito 3:9

Cuando Nicholas regresó al salón de baile, no vio por ningún lado al ángel de ojos violetas. Esperaba que no hubiera huido otra vez, porque seguía sin saber nada de ella. Si desaparecía, no podría ubicarla; ni siquiera conocía su nombre.

No sabía qué demonios se había apoderado de él para abordarla de aquella manera. Él, que era conocido por su vasta experiencia en seducción, con un solo roce de esa boca había olvidado hasta su propio apellido. Pero no lo lamentaba; no podría arrepentirse de su arrebato aunque lo torturan para ello. *Rayos, ese beso era lo mejor que le sucedía en mucho, mucho tiempo.* Si no lograba verla se marcharía, pues solo ella podía retenerlo en aquel asfixiante lugar. Justo a tiempo apareció su amigo Steve con una copa para él.

—Su excelencia, una copa para refrescarse —le dijo fingiendo un tono servicial.

—Gracias, la necesitaba —agradeció Nicholas estirando un poco el cuello de su camisa.

—Parece que buscas a alguien, ¿se puede saber quién es la afortunada?

Nicholas de inmediato cesó su búsqueda y miró molesto a su amigo.

—No existe tal afortunada, solo intentaba localizar a mi hermana —mintió con su habitual cara inexpresiva.

—Sí, claro, tu hermana —respondió Steve irónico.

—Así es. —Volvió a afirmar Nicholas apretando la mandíbula.

—Pues no quiero importunarte, pero me parece extraño que barrieras sin cesar el salón con esa mirada furibunda —dijo Steve más divertido a cada segundo.

—¿Y me dirás qué es lo extraño? —respondió Nicholas resignado a seguirle el juego.

—Bueno, tal vez el hecho de que tu hermana esté justo frente a nosotros. —Steve reprimió la risa a duras penas al ver la cara de su amigo.

Nicholas levantó la vista y vio a su hermana mirándolos divertida. Ella le hizo una encantadora reverencia y continuó su charla con el grupo de muchachas, que también los veían embobadas. Era increíble que no se hubiese percatado antes de que ella estuviera a solo unos pasos.

—Sí, amigo. Estuvo allí toooodo el tiempo —dijo Steve añadiendo leña fuego.

Nicholas maldijo interiormente: esa mujer iba a acabar con su reputación y de paso, a arrasar con su amor propio. Y lo peor era que ella ni lo sabía. «Pero no tardaría en enterarse», se prometió Nick.

Steve carraspeó para regresarlo a la realidad. Algo extraño pasaba con su amigo esa noche. Nick no parecía ser el mismo: estaba muy distraído y excesivamente pensativo. *¡Si ni siquiera le había contestado a las pullas que le lanzaba!*

—Bien, ya que mi compañía no parece ser lo suficientemente interesante para ti... —prosiguió irónico—, te diré que mientras tú «paseabas» por el jardín, yo estuve recaudando información útil para nuestra misión. —Nick se enderezó, atento.

—¿Algo sobre el marqués? —le preguntó.

—Más que eso, amigo. El marqués, después de varios meses sin apariciones públicas, ha salido de su madriguera —dijo Steve dejando su

copa y la de Nick sobre la bandeja de un lacayo.

—Bien, por fin. ¿Dónde se dejó ver? —respondió Nick mirando fijamente a su amigo.

—Esa es la mejor parte. El marqués está aquí mismo; hace solo un momento lo crucé. Estaba en la sala de juegos con su heredero, el joven Albright.

Nick frunció el ceño pensando en cómo acercarse; era una oportunidad única y no la podían desaprovechar.

—Pero eso no es todo: su hija también está aquí... Aunque aún no la he visto —prosiguió Steve con una mirada traviesa.

—¿Entonces cómo sabes que ha venido? —preguntó Nicholas escéptico.

—Porque después de haberte dejado en el jardín, fui interceptado por la anfitriona, *lady* Malloren, la cual prácticamente me obligó a ser el compañero del primer baile de *lady* Albright. Nick intentó no reír al ver la expresión enfurruñada de su amigo.

—Bueno, al parecer el destino tomó la decisión por nosotros —dijo serio, aunque por dentro estaba muy divertido.

—¿De qué decisión hablas? —le dijo el otro, que lo miraba confundido.

—A la de quién de nosotros va a sacrificarse por la misión. —Nick le dio una palmada amistosa en el hombro.

—¿Te refieres a mi propuesta sobre cortejar a la hija de Arden? —respondió pálido su amigo.

—Pues claro, viejo amigo, ¿a qué más? Parece que la suerte, el destino o la providencia, llámalo como quieras, ha decidido que tú seas el afortunado infeliz pretendiente de nuestra insípida *lady* Albright —dijo Nick señalándolo y riendo finalmente al ver la cara de espanto de Steven.

—Mientras tanto, yo esperaré a que termine el primer baile y durante la cena intentaré aproximarme al marqués —prosiguió el duque fingiendo no ver lo molesto que estaba su amigo.

—¿Y puedo saber cómo piensas llegar a él? —dijo resignado Steven.

—Ah, eso es fácil. Por la cercanía de nuestros títulos, seguramente nos tocará sentarnos muy cerca, junto al anfitrión. Steven asintió mientras miraba cómo la orquesta se preparaba para el primer baile. Después de todo, esta noche su amigo era el único duque presente, y el marqués era quien seguía en el escalafón.

—Una vez allí, esperaré el momento oportuno y sacaré el tema de los asesinos... —Nick dejó de hablar abruptamente. Steve miró a su amigo para ver qué había interrumpido su diálogo y lo encontró con la boca abierta, mirando algo detrás de él. Se giró y en un principio no entendió a qué se debía la reacción de Nick; después de todo, él ya conocía al marqués de Arden. Pero cuando este se movió para escuchar un comentario de la anfitriona, lo que vio lo dejó tan de piedra como a su amigo.

La mujer que sonreía alegremente a *lord* Albright, el hijo de Arden, era toda una aparición. Su belleza era tal que todos los hombres, y diría mujeres, la miraban boquiabiertos. Era evidente que, aunque no eran parecidos, Albright era su hermano. Por lo tanto, ella era... Esto comenzaba a ponerse bueno. Volvió la vista hacia su amigo, que seguía mirando a la joven fijamente.

—Bueno, lamento interrumpir nuestra agradable charla, pero el destino me reclama... —La expresión asesina con la que Nick lo fulminó lo dejó callado.

—Olvidalo, ella es mía. No la mires, no le hables y ni siquiera intentes acercarte —le dijo con voz grave y amenazante, y con los ojos azules más fríos que nunca había visto. Steven arqueó ambas cejas sorprendido: no supo qué contestar. Nicholas ignoró el gesto de su amigo y con un ademán le pidió que lo siguiera.

No apartó la mirada de su presa mientras cruzaba el salón directo hacia ella. Si en la oscuridad del balcón le había parecido hermosa, a la luz de la iluminada estancia era lo más bello y sublime que había visto nunca. *Diablos*, era tan bella que dolía mirarla, y *¡malditos todos los canallas que no dejan de babear por ella!* Si no estuviera tan excitado, se reiría como un lunático ante la ironía del destino. Él estaba buscándola por todo Londres, y resultó ser la hija del sospechoso de traición al que debía investigar.

«Maldición, maldición, y mil veces maldición. No importa», pensó mientras caminaba los últimos pasos que los separaban. Ya no había marcha atrás; desde el día en que sus miradas se habían encontrado por primera vez en aquel salón de reunión, su destino estaba sellado. Más aún, si cabía alguna duda, su íntimo encuentro en el balcón daba por zanjada la cuestión. Por lo tanto, ninguna investigación, traición, padre, ni el maldito futuro de Inglaterra podían cambiar ese hecho. Ella era suya, y ya iba siendo hora de que el ángel de ojos violetas se enterara.

Llegó hasta su grupo y se detuvo justo a su lado. Ella no se había percatado de su presencia, pero al ver el rostro sorprendido de su hermano, se giró y se quedó sin aliento. «¡Perfecto! Ya me he cansado de parecer el único afectado aquí», pensó Nick con una sonrisa de satisfacción.

—Buenas noches, milady, creo que este es mi baile.

Lady Elizabeth estaba escuchando la cháchara social entre su padre y la anfitriona: *lady Malloren* le decía que había conseguido una pareja a su encantadora hija para el primer baile de la noche. Por lo tanto, su huida al jardín para evitar llenar su carné había sido en vano. Suspiró para sus adentros; por lo menos solo le habían comprometido el baile previo a la cena. Luego de esta, y antes que empezara el baile propiamente dicho, buscaría alguna excusa y volvería a casa —aunque estaba feliz por tener a su querido hermano para amenizar la velada—. Sebastián la miró sonriente cuando ella rodó los ojos al escuchar que la habían emparejado sin su consentimiento.

—No es para tanto, ángel. Después de todo, no deberías apurarte a sacar conclusiones cuando todavía no conoces al caballero en cuestión —le dijo mirándola divertido.

—Ni falta me hace: todos los caballeros son cuasi hermanos separados al nacer. Solo saben hablar de caballos; de sus propiedades, que —sabe Dios porqué— suponen es mi sueño conocer; de sus pañuelos, que no podrían importarme menos; y finalmente, el tema más trascendente: el tiempo —se quejó Lizzy con una mueca de hastío. Sebastián casi escupió su bebida al intentar reprimir la risa. Su hermana estaba más aburrída de lo que había

creído; menos mal que su padre se hallaba muy enfrascado en su conversación como para oírla.

—No puede ser tan malo, hermanita. No me harás creer que ninguno de ellos te ha dedicado algún lindo cumplido —comentó él observando su cara de espanto.

—¡Ah, no, no, no! Juro que moriré si escucho otro florido poema dedicado a mi belleza —contestó Lizzy negando con la cabeza. Su hermano la miró; aunque el comentario pudiera sonar vanidoso en la boca de cualquiera, no era así en Lizzy, pues él sabía lo poco que ella disfrutaba cuando era halagada y lo mucho que odiaba ser el centro de atención.

—Me dejás sorprendido, hermana; creí que eras una joven ávida de elogios y de dulces odas dedicadas a tu presencia —dijo simulando estar escandalizado—. Palabras como «Oh, dulce joven, sus ojos son como rosas brillantes; sus labios, como la más cara seda, y sus cabellos... ¡Ooh, sus cabellos! Como el suave pelaje del caballo más valioso» —recitó él, con una mano en el corazón y observándola con adoración. Lizzy, a su pesar, no pudo continuar con su pose malhumorada y sonrió de verdad por primera vez en esa noche. Dio un golpe disimulado a su hermano para frenar sus locas ocurrencias; él la esquivó riendo. Iba a contestarle, cuando Lizzy vio que sus ojos se desviaban sorprendidos hacia su costado. Elizabeth se giró para ver qué suscitaba dicha reacción en su hermano y, cuando levantó la vista, quedó sin aliento.

—Buenas noches, milady, creo que este es mi baile —habló el duque de Stanton mirándola fijamente. Lizzy respiró profundamente intentando recuperar el aire perdido. Sus fosas nasales se llenaron de su masculina colonia; él se había detenido muy cerca de ella, más de lo debido. Se tensó: su cercanía daba a entender por lo menos cierta confianza y conocimiento entre ellos, que ella no le había dado.

—Lo siento, su excelencia, pero no hemos sido presentados —contestó Lizzy levantando la barbilla con altivez. Él no despegó la mirada y arqueó una ceja amenazante. Parecía decirle: «¿Ah, sí?». Todos los presentes, incluido un

caballero rubio que había llegado con aquel presumido, eran testigos del intercambio tenso de la pareja.

—Oh, eso no es problema, *lady* Albright. Será un placer hacer las debidas presentaciones —intervino algo incómoda *lady* Malloren.

—Agradeceríamos tan noble gesto, milady —dijo sonriente el rubio amigo del duque.

—Bien, creo que ya conocéis a *lord* Albright, marqués de Arden. Y a su hijo recién llegado de Londres, *lord* Albright, conde de Gauss. —Padre e hijo inclinaron su cabeza—. Y esta encantadora joven es *lady* Elizabeth Albright, hija del marqués —dijo *lady* Malloren apuntando con la cabeza a Lizzy. Hizo una graciosa reverencia, aunque su sonrisa era tensa y fingida.

—Y estos caballeros son *lord* Bladeston, duque de Stanton —continuó señalando al joven, que no dejaba de mirar a Lizzy—, y *lord* Hamilton, conde de Baltimore —finalizó *lady* Malloren, haciendo referencia al caballero rubio.

Este último se adelantó un paso y besó su mano esbozando una encantadora sonrisa.

—Es un placer conocerla, milady —le dijo sin soltar su mano. Lizzy observó sus ojos verdes y no pudo evitar sonreírle también. El duque gruñó y le arrebató su mano al conde, aunque nadie se percató de ello, pues Baltimore los tapaba parcialmente con su cuerpo. Él, divertido con la actitud inusitadamente posesiva de Nick, volvió a su lugar.

—Concuerdo con mi amigo: conocerla es un verdadero placer —dijo el duque besando su mano y viéndola intensamente. Lizzy lo fulminó con la mirada y apartó la mano.

—Lamento disentir con usted, milord —contestó ella sarcásticamente.

Se habían unido al grupo la duquesa viuda de Stanton y su hija, por lo que nadie alcanzó a escuchar su réplica, pues se estaban haciendo las presentaciones. El duque elevó ambas cejas y le sonrió mordazmente.

—Tiene usted razón, me corrijo: es un placer coincidir nuevamente y en tan poco tiempo. Aunque las circunstancias no sean las mismas, para mi pesar —contraatacó en un grave murmullo que solo ella pudo oír.

Lizzy sofocó un grito, *¡no podía creer su descaro!* El muy cerdo se atrevía a sacar a colación su encuentro en el balcón.

—En eso sí puedo coincidir con usted. También me apena que las circunstancias no me permitan repetir mis acciones de nuestro primer encuentro —respondió Lizzy sonriendo satisfecha al ver sus ojos brillando con furia.

—Pensaba que mi respuesta a su poco amable comportamiento le había dejado en claro que no soportaré ese destrato —dijo Nick molesto al recordar, todavía sorprendido, los golpes que le había propinado esa delicada joven.

—Pues no me ha dejado nada en claro, y veo que no me equivoqué al decir que usted no es un caballero —rebatió Lizzy con la barbilla alzada. Aquel truhan podía ser más apuesto que el mismo diablo, pero no lograría intimidarla.

La música comenzó a sonar con los compases de un vals, interrumpiendo su tenso duelo de miradas. Elizabeth casi brincó en el lugar al escuchar la melodía, ya que a ella no se le había autorizado ese baile en particular. Miró al duque triunfalmente, no pudiendo ocultar su satisfacción.

—Lo siento, milord, pero no podré ser su pareja ya que no me ha sido autorizado el vals. —Nicholas tensó la mandíbula y reprimió una maldición. No solo se había dejado provocar por aquella muchacha —y perder así la oportunidad de encantarla peleando con ella como un chiquillo—, sino que también se quedaría con las ganas de estrecharla nuevamente entre sus brazos mientras bailaban. Nick suspiró frustrado; aquella joven realmente rompía sus esquemas. Su estupidez lo había hecho caer en una vana discusión, que no tenía ningún provecho.

Antes de que él pudiese responder, *lady* Malloren se dirigió a la joven.

—*Lady* Elizabeth, no he tenido ocasión de informarle que ha sido autorizada por mí y por su padre a bailar su primer vals y que le he concedido ese placer a *lord* Baltimore; espero no le moleste.

Lizzy quedó desconcertada pues, tras el pedido del duque, había dado por hecho que era el supuesto caballero con el que debería bailar.

—Estoy sorprendida, milady. Pero será un pla... —No pudo terminar ya que fue interrumpida por el duque.

—*Lady Malloren*, mi estimado amigo olvidó que ya había solicitado este baile a mi querida hermana. Por lo tanto, amablemente me ofrezco a ocupar su lugar; espero no tenga inconvenientes —anunció Nick ignorando los rostros sorprendidos de los nombrados.

Steven miraba a su amigo perplejo, sin creer su comportamiento. Pero al recibir un codazo disimulado de su parte, se apresuró a seguirle el juego.

—Por supuesto, ¿me haría el honor, *lady Bladeston*? —Clarissa aceptó la mano que Steven le había extendido y, con una última mirada a su hermano, que decía que aquello no se quedaría así, siguió a su amigo a la pista.

Nicholas se giró hacia su ángel sonriendo. En el rostro de ella podía apreciarse cierta confusión. Satisfecho consigo mismo, le ofreció su mano.

—*Lady Elizabeth*, la pista nos espera.

Capítulo 7

*Cesó el gozo de nuestro corazón;
nuestra danza se cambió en luto.*

Lamentaciones 5:15

*Vi un sueño que me espantó y, tendido en cama,
las imaginaciones y visiones de mi cabeza me turbaron.*

Daniel 4:5

Elizabeth miró aturdida a *lord* Baltimore y a la hermana del duque alejarse hacia la pista de baile. Él seguía a su lado ofreciéndole la mano; sus ojos brillaban tanto que Lizzy podía ver su reflejo en ellos. Si con su habitual cara inexpresiva, el duque era endiabladamente apuesto, sonriendo era completamente demoledor. Lizzy sintió su estómago contraerse y, sin despegar la vista de la suya, aceptó la mano.

La música ya había comenzado, pero al duque no pareció importarle. La guío hasta la pista; se detuvieron en un extremo y, sin perder más tiempo, tomaron la posición de arranque. Luego de hacer una reverencia, ella sintió cómo colocaba una palma en su cintura y, a pesar de que ambos tenían guantes, no pudo evitar estremecerse cuando la otra tomó su mano derecha cubriéndola. Él ejecutó el primer paso y Lizzy ubicó la mano libre sobre su hombro. Sentía su aliento rozándole la frente, pues la diferencia de altura era significativa.

De repente, se sentía intimidada por su cercanía, por su tamaño y sobre todo por el efecto que provocaba en ella. Él bailaba como si le fuera tan fácil como caminar: la guiaba con pericia y habilidad únicas. Sabía que la estaba observando fijamente. Estar tan cerca invariablemente le recordaba el momento íntimo que habían compartido en el jardín. Y algo le decía que a él también. Todo esto la ponía nerviosa: no podía verlo a la cara, ya que se sentía ridículamente tímida. Apenas podía creer lo que estaba sucediendo.

Había ansiado tanto bailar el vals y, aunque estaba incómoda con todo aquello, en el fondo de su corazón debía reconocer que había imaginado muchas veces que sería así con él: siendo llevada por sus brazos, envueltos por la belleza de esa melodía. Sin embargo, su mente no dejaba de recordarle que aquello era un error, que no debía sucumbir ante el encanto de aquel seductor.

Nicholas estaba feliz de haber logrado su propósito; sabía que la joven amaba esa danza. Y él había anhelado ser su compañero, desde que la había visto moverse al son de la música en el jardín. Pero no pudo evitar darse cuenta de que ella había dejado de gozar el momento: percibió cómo su cuerpo se endurecía, y su expresión parecía de luto.

—Así que... se llama Elizabeth. —Rompió el tenso momento iniciando la conversación.

—Sí, Elizabeth Alinne Albright —respondió ella sin levantar la vista.

—¿Alinne?, hermoso nombre. Me preguntaba cómo se llamaba y no lograba imaginarlo. Elizabeth es fuerte, decidido y con carácter. Alinne es bello, dulce y tentador; la describe a la perfección —dijo en un susurro Nick, y la vio estremecerse. Estaba muy tímida y tensa; él solo podía ver su frente y notar su cuerpo rígido. No podía culparla; tenerla así de cerca lo estaba matando. A duras penas se contenía para no abrazarla y pegarla a él. Sentir su respiración, la delicadeza de su mano —cubierta por la suya— y su esbelto cuerpo era un suplicio y una bendición a la vez. El vals era natural en ella, tanto que no parecía que fuera la primera vez que lo bailaba. Lo seguía con mucha facilidad y gracia. Le encantaba ser el primero en bailar con ella. Sería un recuerdo que, aunque ella quisiera, nunca podría borrar. *Quería ser el primero en muchas cosas de su vida, y también el único.*

—Y usted es *lord* Stanton; finalmente, más que caballero, es un duque —dijo ella, al fin, con un tono que sonó a reproche. No podía decirle que sabía quién era él, pues no la había reconocido disfrazada como el joven del salón de reunión.

—Así es, pero puedes llamarme Bladeston y tal vez yo, Elizabeth a ti —respondió él, ignorando el tono de su voz.

Ella negó con la cabeza y se puso aún más rígida.

—Lo siento, pero no puedo tomarme esa libertad y le ruego que usted tampoco lo haga.

—¿No cree que es tarde para poner ese límite? —dijo Nick perdiendo su actitud relajada.

Ella no contestó y bajó más la cabeza. Nick terminó por enfurecerse: su sugerencia había sido hecha para intentar que ella se relajara y pudiera sentirse cómoda con él, pero la joven no daba su brazo a torcer y pretendía ponerlo en su lugar colocando una barrera.

—Además, creo que pierde de vista un hecho muy importante —continuó él, apretando la mandíbula.

—Disculpe, no lo comprendo —dijo ella con tono vacilante.

—Aah, estoy para servirle. Usted dice que no puede tomarse la libertad de llamarme por mi apellido, pero parece que olvida que no hace más de una hora se permitió esa licencia, y más aún —terminó Nicholas en un tono cortante. La música continuaba y su ritmo se iba acelerando y tomando una velocidad vertiginosa. Las parejas giraban y se abarrotaban a su alrededor, pero Elizabeth en ese momento era ajena a todo aquello; solo podía atender el zumbido en sus oídos, que no daban crédito a lo que acababan de oír. Con una exclamación, levantó su cabeza y fulminó con su mirada al duque; atrás había quedado la Lizzy tímida y nerviosa.

Nicholas tenía una ceja arqueada y la mirada teñida en un gesto de claro desafío; al fin tenía toda su atención. Ella lo veía con enojo: tenía las mejillas arreboladas y la respiración agitada. El vals iba *in crescendo*, subiendo en intensidad para llegar al final. Lizzy ejecutó un movimiento hacia atrás y le hizo perder el ritmo momentáneamente al duque; luego levantó un poco el pie y lo descargó con fuerza contra su espinilla.

Él no se había recuperado del raro vaivén que la joven había hecho, cuando sintió un agudo dolor en su pierna. Apretó los dientes para no soltar un grito y fue su turno de fulminarla con la mirada.

Lizzy vio su mueca de dolor y su posterior enfado; aprovechando eso, soltó

su hombro dándole un empujón, e intentó girar para marcharse. Nick anticipó su intención y, apretando la mano que aún sostenía, le hizo dar una vuelta completa sobre sí misma, para terminar apretada contra su pecho.

—¡Suélteme, cretino!

—Ni lo sueñes, cariño. Nadie me deja plantado en plena pista.

Ambos se estudiaron, agitados y enfurecidos, pero un carraspeo nervioso los sacó de su burbuja. *Lord* Baltimore había guiado a su pareja, bailando hacia ellos, y miraba al duque con ojos desorbitados.

Nicholas fue rescatado de su locura, justo a tiempo, por su amigo; este carraspeó llamando su atención, y él casi rio por su gesto, que parecía decirle: «¿Qué demonios haces?». Nick aflojó la presión sobre la joven y retomó el control del baile. Ejecutaron los pasos finales sin mirarse. Por lo menos nadie —ni su hermana— parecía haberse percatado de su pequeña batalla. Y solo Steven había llegado a ver los movimientos ocultos por el vestido de la joven.

Nicholas continuó guiándola hasta que se detuvieron escuchando la nota final, que resonó por la habitación. Elizabeth se soltó bruscamente y, sin mirar al duque, dio media vuelta. Nick no estaba dispuesto a soportar tal desplante, así que en un paso la alcanzó y la tomó del brazo sin rozarla, tal como marcaba la etiqueta. Ella se dejó hacer, pues varias parejas que también abandonaban la pista los observaban curiosos.

—No saque las garras, gatita. Solo la llevaré hasta su hermano —le dijo en un grave susurro, mirando su perfil.

—Que le quede claro que hasta aquí soporté su descaro. No pienso tolerarlo más y le exijo que no vuelva a molestarme —le respondió Lizzy con otro susurro enfurecido.

Pronto llegaron a donde Sebastien los esperaba junto a otras personas. Su hermano la observó alerta; cuando vio sus mejillas coloradas y su expresión enojada, frunció el ceño, preocupado, y miró a su acompañante. Lizzy se soltó del duque, pues no quería que ellos se enfrentaran y se giró dando la espalda a su hermano, pero *lord* Stanton ni se inmutó; ignoró al joven y retuvo su mano un momento más para inclinarse sobre ella. Mirándola a los ojos

profundamente, besó su mano y le dijo:

—Lamento no poder obedecer su pedido, milady, pero no puedo evitarlo. Tenga por seguro que nos volveremos a ver. —Terminó con un tono aterciopelado, que contenía una velada advertencia-.

Lizzy sofocó un grito cuando sintió que mordía suavemente su mano enguantada. Él sonrió y, mientras soltaba su mano, le escuchó decir: *Au revoir, douce Alinne*¹. Y sin más, se alejó dejándola con la inquietante sensación de que era ella la que había sido abandonada finalmente.

La melodía de un vals se oía a la distancia, como un eco resonando por cada rincón de la casa. Nicholas sentía que esa música lo atraía llamándolo en un suave susurro. Sus pies comenzaron a moverse sobre sí mismos... Podía verlos apresurarse, casi flotar. Pronto llegó al lugar donde se emitía aquel sonido, pero las grandes puertas de vidrio estaban cerradas; por más que lo intentara, no podía abrirlas. Su corazón martillaba en su pecho agitado; sus puños golpeaban las puertas, sin que estas se quebraran.

La música cesó de repente y él pudo oír un grito desesperado: —Nick, ayúdame... —Su piel se erizó; retrocedió tomando impulso y arremetió contra las puertas, preparándose para el violento impacto. Pero su cuerpo no las golpeó; solo pudo sentir el vacío y la oscuridad absoluta. Aquel llamado desesperado volvió a sonar; volteó hacia el lugar de donde provenía y la vio. Su rostro, demudado por el terror; su pelo, flotando a su alrededor, cubriéndole la espalda y cayendo como un manto sobre su blanco camisón. Ella lo observó directamente, abrió los labios, pero su boca no emitió sonido.

De pronto, una mano enguantada la rodeó por la cintura, arrastrándola hacia atrás con violenta fuerza. Nick corrió desesperado y estiró los brazos hacia ella intentando alcanzarla pero, antes que sus dedos pudieran rozar su camisón, la oscuridad la envolvió. Él cayó de rodillas gritando su nombre: —¡Elizabeeth! —Su llamado desesperado retumbó llenando el vacío y el silencio que ella había dejado.

Nicholas despertó sobresaltado por aquel inquietante sueño. Había sido tan real que todavía sentía su pulso acelerado y un sudor frío recorriendo su cuerpo. Unos gritos alarmados lo distrajeron de esos lúgubres pensamientos.

—*Lord* Baltimore, por favor, su excelencia no está disponible. *Lord* Baltimore, deténgase... —decía desesperado Smith.

—No se preocupe, Smith. Ya sé que su excelencia holgazanea a estas horas, como siempre —contestó Steven con tono divertido.

La puerta de su alcoba se abrió abruptamente y por ella entró su amigo, seguido de un muy agitado Smith.

—Lo siento, su excelencia, no pude detenerlo. —Su mayordomo se disculpó con tono impotente.

—No hay problema, Smith. Ya conoce las extravagantes actitudes de *lord* Steven —se burló Nicholas tranquilizando a su sirviente.

—¿Bajará usted a desayunar, su excelencia? —preguntó este soltando un suspiro.

—Sí, en un momento. Puede retirarse —lo despidió Nick. El mayordomo hizo una reverencia, luego se giró y, con una última mirada de reprobación hacia Steven, salió de la habitación.

Steven observó su retirada con su habitual sonrisa divertida y, a continuación, le tiró un rollo de papel, el cual aterrizó en su pecho desnudo. Él ignoró sus malos modales y, resignándose a dejar su comfortable cama, se enderezó y tomó el rollo.

EL ASESINO DE MAYFAIR SQUARE VUELVE A ATACAR

Aquel era el título del periódico que su amigo había traído.

—¡Maldición!, el magistrado no estará muy contento —exclamó Nick después de leer su contenido.

—Así es, y menos cuando se entere de lo poco que hemos averiguado sobre los sospechosos —le contestó Steven, mirándolo fijamente. Nick asintió y, reprimiendo maldiciones, se levantó y comenzó a asearse.

El asesino de Mayfair Square, como lo había apodado la prensa —por el

hecho de que las víctimas pertenecían al mundo elegante— había regresado. Y más temerario que nunca, pues la vida que se había cobrado esta vez era de alguien muy importante e influyente en las altas esferas políticas y aristocráticas. Era necesario tomar medidas más drásticas; debían acelerar su investigación antes de que hubiese más muertes.

Steven observaba la tensión que se había apoderado de su amigo y decidió distraerlo un poco.

—Sentiría que traiciono nuestra ya legendaria amistad si no te dijera que anoche lograste sorprenderme, lo cual no tiene poco mérito —le dijo con tono travieso. Nick se detuvo en la acción de vestirse, sorprendido por el cambio de tema.

—Puede que se deba a la hora tan poco conveniente a la que has irrumpido, pero no logro comprenderte —adujo viendo al conde con los ojos en rendijas.

—Pues será un placer exponer con más claridad mi punto. —Chasqueó la lengua, aparentando seriedad. Nicholas se limitó a mirarlo, esperando a que continúe, a sabiendas que si no le prestaba atención, se pondría más insufrible.

—Anoche fuiste muy claro y explícito cuando me dijiste que de ninguna manera te someterías a la tortura de fingir un cortejo con la hija del marqués de Arden. —Comenzó Steven, con tono arrogante. Él se tensó, aunque era de esperar que su amigo sacara aquel tema. *Demonios, no quería hablar de ella* —. Recuerdo muy bien que no solo te negaste rotundamente a ello, sino que además calificaste a dicha dama como una solterona, feúcha, con una risa tonta, con el cerebro más hueco que tu perro, insulsa, poco agraciada, con los dientes deformes, tal vez bizca y para finalizar, insípida —continuó Steven enumerando cada característica con un dedo.

Nick se iba encogiendo por dentro con cada calificativo que su amigo sumaba a la lista. *¿Realmente él había dicho todo eso?* No sabía qué le había sucedido para hablar así de una dama. Steven lo observaba burlón y él no dijo nada, pues su actitud de anoche no tenía defensa. El otro estalló en carcajadas al ver el rostro compungido del duque. Nick apretó los dientes, pues había comenzado a molestarse con sus pullas. Cruzó ambos brazos esperando a que

terminara su discurso, que había ensayado seguramente.

—Y he aquí mi sorpresa cuando, al ver a la dama nombrada, no solo compruebo cuán equivocado estabas en tus conjeturas sobre su físico y su personalidad, sino que además me convierto en protagonista de una mala obra de teatro al ser tratado como un pretendiente que molesta al posesivo marido, para luego ser desplazado al puesto de espectador involuntario y relegado a bailar con un familiar, cual petimetre molesto. —Terminó, fingiendo un tono dramático.

Nick abrió los ojos al escuchar esto último y maldijo por dentro. Realmente anoche algo se había apoderado de él: había actuado como un completo lunático. *Lady Elizabeth* estaba terminando con su dominio propio y, de paso, arrasando con su cordura.

—Humm, no sé qué decir. Solo puedo ofrecerte una disculpa —dijo Nick avergonzado.

—Disculpas aceptadas. Y puedo asegurar, sin temor a equivocarme, que ya no eres reticente a la idea de cortejar a la hija de Arden. Y que, por lo tanto, mi posibilidad de hacerlo ha sido anulada —conjeturó Steven, dando la estocada final. Nick olvidó su sentimiento de culpa y se puso serio de inmediato. Agarrando su chaqueta, salió de la habitación seguido de cerca por su amigo, que aún aguardaba su respuesta.

—Olvida esa posibilidad, *lady Elizabeth* es mi misión; por consiguiente, no es necesaria tu intervención —le dijo con su tono más cortante y severo, aunque sabía que Steven no se conformaría dejando el tema allí.

—Entonces, llevarás a cabo mi plan. ¿Fingirás el cortejo con *lady Albright*? —prosiguió incisivamente el conde.

Nick no lo tenía decidido aún, pero la noticia en el periódico lo había hecho por él. No quedaba otra alternativa, pues estaban estancados: la investigación no mostraba ningún avance. Anoche había logrado sentarse junto a Arden y sacar el tema de los asesinatos en varias ocasiones, pero el marqués no se había inmutado: no demostró ninguna reacción que hiciese sospechar alguna posible participación. De igual manera, investigar al marqués sería la

excusa perfecta para volver a ver a su ángel dorado.

Pronto llegaron a las puertas del comedor; un lacayo las abrió y pudo ver que su madre y hermana ya se encontraban allí. Esto lo salvó de contestar a Steven su última pregunta. Su amigo entró tras él y se apresuró a saludar a las damas. Él se sentó a la cabecera y procedió a comer su desayuno, mientras su mente no dejaba de analizar la situación.

Por mucho que se negara, su Nick interior le obligaba a admitir que investigar a Arden había pasado a un segundo plano en su orden de prioridades. No obstante, no dejaba de ser el pretexto perfecto para sucumbir ante el impulso acuciante que sentía de acercarse a la hija. Aunque realmente no necesitaba uno, pues nada podría impedirle ir en su busca.

El duque, ensimismado, no se percató de que, mientras él pensaba, todos en la mesa miraban estupefactos la gran sonrisa que iluminaba su —hasta entonces— serio semblante.

1 Hasta pronto, dulce Alinne.

Capítulo 8

*Tiempo de amar y tiempo de aborrecer;
tiempo de guerra y tiempo de paz.*

Eclesiastés 3:8

*He aquí, al borde del camino,
¡y cuán leve es el susurro que de él he oído!*

Job 26:14

El sol estaba en pleno esplendor aquella tarde. Elizabeth suspiró, observando el lago y los grandes árboles que lo rodeaban. Era un día realmente precioso; lástima que estuviera desperdiciándolo allí sentada. Anhelaba tanto caminar hasta el lago y mojar sus dedos en sus frescas aguas. Pero no podía: la voz de la señorita Turner resonaba en su cabeza como si estuviera justo a su lado: «A una dama no se le permite pasear sola hacia ningún lugar...» y blablablá. Cómo había odiado esas clases de etiqueta para señoritas. Aquel lugar le recordaba a su aldea en Francia; sin embargo, no estaba allí y no era muy probable regresar.

A veces pensaba que nunca se acostumbraría a la vida en Inglaterra. Tantas reglas, tanto protocolo: todo era apariencias, superficialidad y vanidad. No había lugar para sentimientos, profundidad y sinceridad. Volvió a suspirar mirando a su alrededor: todos parecían estar pasando un gran momento en aquella merienda. Había sido obligada a asistir ya que su padre era pariente lejano de la anfitriona. *Lady Asthon* era para Lizzy una perla en aquella hastiada sociedad. La anciana podría parecer desagradable y arisca para muchos, pero para ella la sinceridad y la ausencia de fingimientos eran grandes virtudes.

—¿*Lady Elizabeth*, qué piensa usted? —La pregunta salió de los labios de una joven muy delgada, que podría haber sido bonita si no fuera por la extraña

mueca que constantemente hacía con la boca, que le daba la apariencia de no tener dientes. Lizzy la observó sin saber qué contestar, pues había estado divagando en su mente, cosa que era muy común en ella, y más si la conversación la aburría en extremo, como era el caso.

—Eeeh, realmente horroroso. —Probó, fingiendo una mueca de temor. Aunque no sabía sobre qué hablaban, solo había un tema recurrente: el asesino de Mayfair Square. Desde que había llegado a Inglaterra, no había dejado de oír sobre él y, desde que aquella mañana, los periódicos habían publicado las novedades; el tema estaba en boca de todos.

—Concuerdo con usted, *lady* Elizabeth. Lo sucedido es terrible; no quiero imaginar lo que estará sintiendo *lady* Thompson —dijo una regordeta dama sentada a su lado, meneando su cabeza, adornada con un gran sombrero. Lizzy asintió; le había sorprendido la muerte de *lord* Thompson. A pesar de que solo lo había visto un par de veces y de que no había tenido una muy buena impresión sobre él, pues la había tratado muy mal en aquella reunión donde se coló disfrazada, el conde no merecía ser asesinado y menos de aquella terrible manera. La conversación siguió: las damas hacían conjeturas sobre la identidad del asesino y sobre la de la próxima víctima, lo que causaba que más de una se abanicara, entrando en pánico solo de hablarlo. *Lady* Carseliy se desvaneció al oír que un sirviente había visto a una persona caminando a altas horas de la madrugada por las inmediaciones de su casa. Todas se apresuraron hacia ella, gritando alarmadas, abanicándola y pidiendo urgentemente sales a un lacayo.

—Buscaré a *lady* Asthon —dijo Lizzy, rodando los ojos ante aquella escena obviamente fingida. Por lo menos aprovecharía para estirar un poco las piernas; se levantó y giró para dirigirse a la casa, pero se quedó paralizada cuando vio venir hacia ella a *lady* Asthon tomada del brazo de... él.

El duque estaba allí. Caminaba muy erguido, guiando por el prado a la anciana, que arrastraba su bastón. Iba muy elegante: casaca y chaleco marrón oscuro, pantalones y camisa beis, y un elegante pañuelo de seda color bordó —al igual que su sombrero— coronaban su atuendo. Detrás de Lizzy se oyeron

exclamaciones nerviosas. Dio vuelta la cabeza y vio a todas las damas sentadas nuevamente muy derechas, incluso la supuesta descompuesta, mirando embobadas al duque. *¡Maldición!* ¿Qué hacía él allí? No tenía nada que hacer en una merienda de campo. Lizzy, que ya no podía volver a su lugar, pues se había alejado bastante, solo pudo esperar allí a que ellos llegaran.

Nicholas se esforzaba por aparentar despreocupación mientras caminaba con *lady Asthon* hacia su ángel. Por lo que había podido observar desde la casa, estaba bellísima. El amplio vestido de muselina verde agua y sus guantes color ocre hacían juego con su sombrero, decorado con una cinta verde.

Mientras desayunaba, por la mañana se había enterado del compromiso que tenían su madre y su hermana, y cuando supo dónde era tuvo la certeza de que ella iría también. Después de todo, *lady Asthon* era su tía, así que expresó su intención de acompañarlas y dejó anonadada a su familia. Luego se levantó y se marchó, dejando atrás sus expresiones sorprendidas. Estaba decidido a poner en marcha su plan: tendría a su ángel a como diera lugar, y de paso podría investigar al padre. Silenció a su Nick interior, que le advirtió lo peligroso que era aquello, que ella podría enterarse.

Su madre y *Clarissa* venían detrás de él tomadas del brazo de un *lord Baltimore* no muy contento, pero que llevaba la situación con resignada dignidad. Pronto estuvieron frente a ella y la suave brisa llevó su delicado perfume de rosas hasta él. Se detuvo y la miró divertido, observando la clara incomodidad que intentaba disimular.

—*Lady Elizabeth*, mire a quién me ha traído el viento: le presento a *lord Stanton*. Es encantador, pero poco recomendado para una tierna jovencita como usted —dijo *lady Asthon* con la habitual sinceridad en su voz ronca. *Nicholas* rió al oírla, se quitó el sombrero y dio un paso hacia delante.

—No tema, *Margaret*, la señorita *Albright* y yo ya nos conocemos. —*Elizabeth* miró a su tía, esperando a que esta lo reprendiera por su atrevimiento al tutearla, pero su tía meneó su cabeza y la golpeó suavemente con su bastón. Atónita, *Elizabeth* no tuvo más opción y ofreció su mano; el duque la besó y dijo:

—Un placer coincidir nuevamente.

—Lo mismo digo —contestó ella con una sonrisa falsa, arrancando su mano de la suya. En ese momento se unieron a ellos la duquesa viuda, su hija y *lord* Baltimore. Lizzy saludó al trío. La duquesa le pareció una mujer muy agradable que, a pesar de ser madura, conservaba una belleza serena y elegante, con sus cabellos apenas marcados por las canas y sus ojos marrones llenos de vida. *Lady* Clarissa era la viva copia de su madre en plena juventud. Ambas eran tan rubias, sus cabellos eran casi blancos, pero la joven tenía los ojos color azul zafiro de su hermano; también su altura, pues le sacaba una cabeza. Esta miraba a Lizzy con franca curiosidad, y de inmediato le cayó bien. Y por último, estaba el simpático *lord* Baltimore; este —más alto que su amigo— se inclinó para besar su mano, y sus rubios cabellos despidieron destellos dorados. Sé enderezó y le guiñó un ojo; eran de un extraño verde muy profundo, pero su iris no era del mismo color, sino de un dorado como el de su cabello. Era muy apuesto, pero no le quitaba el aliento como el hombre que estaba a su lado y que seguía con el ceño fruncido su intercambio de sonrisas. El duque carraspeó y todos lo miraron:

—Si me permite, *lady* Asthon, me gustaría invitar a la señorita Albright a dar un paseo.

—Yo no debo permitirte nada, Bladeston. Pregúntaselo a la dama — declaró la anciana, desviando la atención hacia ella.

—*Lady* Albright, ¿me concede el placer? —inquirió el caballero y Lizzy se puso colorada de inmediato.

—Mmm, no sé. Justamente venía a buscar a *lady* Margaret porque una invitada se descompuso. —Trató de evadir la propuesta.

—Olvida eso, no pienso perder mi tiempo con las bobadas de *lady* Carseliy. Ve, muchacha, ve —autorizó haciendo un ademán de despedida. El duque le ofreció el brazo y ella apoyó su mano levemente. Comenzaron a caminar hacia el lago, pasando delante del grupo de mujeres, que los miraban cuchicheando. Un silencio tenso cayó sobre ambos.

—Una vista absolutamente encantadora, ¿no le parece? —comentó el

duque, rompiendo el silencio.

Lizzy volvió su vista hacia él, quien tenía sus ojos posados en ella y no en el paisaje. Su traicionero corazón se disparó al ver la intensidad de su mirada.

—¿Qué pretende, milord? Porque, desde luego, no es casualidad encontrarlo repentinamente en cada lugar al que voy —dijo nerviosamente. Él apartó sus ojos de los de ella.

—Nada en particular, milady. Solo hum... estoy aquí —contestó vacilante. Volvió a mirarla—. ¿Tan repulsiva le es mi presencia? —Ella meditó su pregunta desviando la vista. No podía mentir: había anhelado verlo nuevamente, pero no se lo diría, *de ninguna manera*.

—No... no es eso. Solo que nuestros encuentros no han sido de los más cordiales. Y además, no sé cuál es su intención conmigo —respondió.

Nicholas se tensó de inmediato. *No lo sé. La mejor, no... la peor, hacerte mía, o tal vez sacarte de mi cabeza*. Si le decía aquello, sin duda la espantaría.

—Acepto que no comenzamos con el mejor pie, y tengo algo que proponerle, milady. —Habían llegado hasta el lago y el duque se detuvo. Le soltó el brazo y se giró hacia ella.

—¿Qué intenta decirme, milord? —Lo observó desconfiada, tratando de ignorar lo atractivo que se veía bajo el sol, con su cabello ébano al viento y los ojos chispeantes.

—¿Qué piensa sobre una tregua? —propuso él, con voz persuasiva.

—¿Una tregua? —rebatió dudosa.

—Así es. Un alto al fuego, un cese de hostilidades. No más intercambio de uhm... maltrato. —Terminó, mirándola expectante. Lizzy lo rodeó sin decir nada y, dándole la espalda, miró hacia el lago. Él la siguió y sintió su respiración muy cerca; sus vellos se erizaron por completo.

—¿Qué dice, milady? ¿Hacemos la paz? —ronroneó con voz seductora.

Elizabeth se estremeció y algo claudicó en su interior. *¿Por qué no?* No ganaría nada negando lo innegable: deseaba lo que le ofrecía. Irguió los

hombros, resuelta, y comenzó a decir:

—Está bien, acep... —Un fuerte empujón la silenció y un grito de sorpresa salió de su boca. Escuchó al duque hablarle alarmado; un instante después, su cuerpo se sumergió en la helada agua del lago. Atónita, Lizzy cayó de cabeza; su trasero y sus piernas quedaron suspendidos en el aire. Por unos segundos, sintió cómo su boca se llenaba de barro y agua. No podía levantarse: tenía las faldas enrolladas en la cintura y el vestido le pesaba una tonelada. Unas fuertes manos la levantaron, elevándola hacia arriba sin el menor esfuerzo.

—¡Que le aspen! —soltó ella, escupiendo agua. El duque la miraba preocupado, pero su vista descendió por todo su cuerpo y se detuvo en sus calzones mojados. Una sonrisa enorme se dibujó en su rostro pero, al ver su expresión de furia, levantó ambas manos intentando explicarse. Lizzy, apretando los puños a los costados, exclamó:

—¿Paz? ¡Paz! Olvídelo, lo aborrezco. ¡Esto es la guerra!

Nicholas estaba resuelto a lograr aquella tregua con su ángel. Y pensando en esto, guió a la dama hasta la orilla del lago y, tomando valor, dio el primer paso en su plan. Se acercó a ella y con su voz más seductora le dijo:

—Entonces, ¿qué dice, milady? ¿Hacemos la paz?

Ella lo miró con gesto sorprendido y, dándole la espalda, miró hacia el lago. Nick dejó que la joven meditara su propuesta, pero no pudo evitar acortar la poca distancia que ella había impuesto entre ambos. Se acercó a su espalda y sus fosas nasales se inundaron de su aroma, excitando sus sentidos. Su respiración se alteró un poco y pudo sentir que ella se estremecía, lo que evidenciaba el efecto que su cercanía provocaba. No intentó decir nada para apurar su decisión: vio que ella se enderezaba y percibió su resolución. Inconscientemente, soltó el aire que su cuerpo había estado reteniendo y, a duras penas, logró refrenar una sonrisa satisfecha. Presentía la victoria. Ella comenzó a girarse, diciendo:

—Está bien, acep... —Nicholas no pudo escuchar lo que seguía a esa frase. Algo lo empujó por detrás y le hizo perder el equilibrio. Sin poder

evitarlo, su cuerpo fue impulsado hacia adelante. Intentó hacer un movimiento para apartar a Elizabeth e impedir que cayera, pero ella, desprevenida, se desestabilizó.

—¡Cuidado! —le advirtió en un grito demasiado tarde. Atónito, la vio caer. Aterrizó gritando, y la parte superior de su cuerpo se hundió en el agua. Nick quedó paralizado: solo podía ver sus piernas y su trasero, embutido en unos calzones color natural. A pesar del momento, la vista era muy atractiva y le costaba no quedarse viendo fijamente. *Seguramente ya tendría un lugar exclusivamente reservado para él en el infierno.* Al ver que la joven no se movía, lo invadió el terror. Se apresuró hacia ella y la sacó del agua depositándola en la orilla.

La joven escupía agua airadamente, su sombrero se había caído hacia atrás, y tenía el cabello empapado. Su mirada descendió por su cuerpo: su ropa mojada se prendía a su torso como un guante y dejaba ver cada una de sus curvas; el vestido se le había enrollado en la cintura, por lo que sus piernas se traslucían completamente. La boca se le hizo agua, y por poco hace un charco a su alrededor. Sabía que sonreía como un bobo, pero verla así era demasiado para cualquier mortal. De repente, Elizabeth levantó la cabeza y enfocó su vista en él. Sus ojos estaban inyectados de furia, y Nick trató de explicarle que él no la había empujado, pero su grito furioso lo interrumpió.

—¿Paz? ¡Paz! Olvídelo, lo aborrezco. ¡Esto es la guerra!

Nicholas la miró incrédulo. *¡Qué demonios!* Aquello no era su culpa.

—¡Lady Albright! ¿Se encuentra usted bien? Yo lo... lo siento, no sé qué sucedió, alguien me empujó —argumentó Nick, intentando explicarse. Trataba en vano de mirarla a la cara, ya que sus ojos se desviaban involuntariamente hacia abajo.

—¡Sí, claro! —respondió ella con mordacidad. Siguió la dirección de su mirada y, sofocando un grito, bajó su vestido y se cruzó de brazos, tratando de cubrirse—. Si aquí solo estamos usted y... —Nuevamente fue interrumpida, pero esta vez por unas risas femeninas. Nicholas se giró y se sorprendió al ver a su espalda a Clarissa, acompañada de dos jóvenes a las que tenía registradas

como amigas de ella.

—Clarissa, ¿qué sucedió? ¿Quién me empujó? —preguntó, mirando ceñudo a las otras dos, que continuaban riendo.

Su hermana parecía molesta. Miró a Elizabeth preocupada.

—*Lady* Albright, ¿se hizo daño?

—No, estoy bien, no se preocupe —contestó, pero su mirada estaba clavada en la joven morena parada junto a Nick. La bella dama se la devolvía con una sonrisa maliciosa.

—Prima, disculpa. Veníamos a saludarlos, pero tropecé con mi sombrilla y no tuve otra alternativa que sostenerme de *lord* Stanton para no caer. Naturalmente, fue un accidente —se excusó la joven, con voz compungida. Los hermanos esbozaron un gesto sorprendido al oírla—.

—*Naturalmente*, por supuesto que sí —respondió Lizzy con los ojos entrecerrados.

—¿*Lady* Elizabeth es vuestra prima, Emily? —inquirió con abierta curiosidad la hermana del duque, mirando de una hacia la otra y percibiendo la tensión que entre ellas fluía.

—Oh, sí, tenemos prácticamente la misma edad, nos criamos juntas y tan unidas como hermanas, ¿no es cierto, Elizabeth? —explicó Emily sin dejar de observarla con fijeza. Una sonrisa fría adornaba su cara—. Por favor, les ruego me disculpen. Excelencia, espero pueda excusar mi torpeza, estoy muy avergonzada —dijo la joven, ejecutando una gran, aunque muy obvia, actuación. Miraba hacia abajo con las mejillas sonrosadas y con expresión triste: obvia para cualquier persona que no sea del sexo masculino, claro.

—Oh, no se altere, no ha sido nada —dijo el duque, tranquilizándola.

«¡Que no ha sido nada! —pensó Lizzy incrédula—. ¡Cómo no! Porque no has sido tú el que ha aterrizado de cabeza al agua. ¡Cretino!».

—Si me disculpan, debo retirarme. Ya que entenderán, no presento el mejor aspecto para compartir *taaan* agradable compañía —los cortó Lizzy disimulando su furia y esquivándolos con la cabeza erguida.

—Permítame acompañarla, *lady* Albright. —Se ofreció rápidamente el duque. Ella pasó por al lado de las jóvenes y él, saludándolas con una inclinación, la siguió. «Maldita sea, todo se arruinó», pensó frustrado—. Eh, no tenía conocimiento de que *lady* Asher fuese su prima —dijo Nick, tratando de romper hielo.

—Es sobrina de *lady* Asthon, hija de su hermano mayor. Aunque no es estrictamente mi prima, tenemos algún parentesco: *Lady* Margaret era la esposa del hermano de mi padre y eso nos convierte en primas políticas —contestó Lizzy luego de un momento, aún molesta y desconcertada por la presencia de su prima allí. No estaba al tanto de que Emily había regresado del campo. Lo último que había sabido de ella era que, tras interrumpir abruptamente su presentación en sociedad, Emily se había marchado a Sussex para dedicarse al cuidado de su padre enfermo.

Hicieron el resto del trayecto hasta la salida de la casa en silencio. Rodeándola por el exterior, salieron al camino de la entrada. Allí, un lacayo se les acercó y la joven pidió su carruaje. Nicholas lamentaba que su encuentro terminara de tan mala manera. La dama mantenía la vista al frente, mientras esperaban solos su transporte. Suspiró viendo su bello perfil y notó que ella tiritaba parada en su sitio.

—Tiene frío —le dijo, sacándose la chaqueta y poniéndosela sobre los hombros. Entonces, ella se giró y clavó su mirada en la de él. Sus pestañas conservaban aún gotitas de agua. Nick estiró una mano y suavemente le quitó una. La joven se quedó muy quieta, dejándolo hacer. Su dedo descendió con delicadeza, acariciando su tersa mejilla, y terminó su trayecto en su labio superior. La dama se estremeció conteniendo la respiración; quiso hablar, pero él se lo impidió manteniendo su dedo en sus labios.

—Shh, solo escúcheme un momento —murmuró a la vez que, por el rabillo del ojo, veía que un lacayo esperaba sosteniendo abierta la puerta del carruaje —. Elizabeth, es tan hermosa, me ha cautivado de tal forma que, cuando estoy junto a usted, pierdo el control de mis propios pensamientos. Y cuando no está a mi lado, mi mente sigue a su merced, pues no puede pensar en nada que no

sea en usted —susurró él con voz grave. Sus ojos azules, que la miraban intensamente, parecían llamas encendidas. La joven lo observaba con sus orbes violetas brillantes bien abiertos, estupefactos. Nick quitó el dedo y, sin darle tiempo, lo reemplazó con sus propios labios.

Lizzy no se recuperaba de su confesión cuando sintió que sus labios se posaron sobre ella y la besaron, en apenas un roce, muy tiernamente solo por un segundo; luego el duque la volteó hacia el carruaje. Ella se sorprendió de verlo allí y se sonrojó bajo la expresión socarrona que intentaba disimular el lacayo. Fue a decir algo, pero el duque se le adelantó. Sintió su aliento en su nuca.

—Mi propuesta sigue en pie. *Au revoir, douce Alinne.*² —Su voz fue solo un leve susurro; al girarse Elizabeth, él se había ido.

² Hasta pronto, dulce Alinne.

Capítulo 9

*Mas a la caída del sol le sobrecogió el sueño,
y he aquí que el temor de una grande oscuridad
cayó sobre ella.*

Génesis 15:12

*Porque él vengará la sangre derramada,
y tomará venganza de sus enemigos.*

Deuteronomio 32:43

Sally era una mujer acostumbrada a convivir con lo sórdido, lo bajo y lo pérfido. Sabía qué esperar de la vida. No perdía tiempo ni lágrimas pensando en porqués o imaginando una realidad diferente. La ecuación era simple: cada uno debía conformarse con lo que le tocaba y cumplir con el papel que le había sido asignado. No valía la pena soñar con lo imposible ni esperar milagros. No siempre lo había creído así pero, a temprana edad, los puños de su padre borracho se lo habían hecho entender.

Y por si le cabía alguna duda, el primer hombre al que fue vendida a sus nueve años se la quitó a palos. Ya había pasado una eternidad de eso, aunque nadie podría creer por su apariencia que solo tuviera veinte años. Se levantó muy despacio, intentando no despertar a aquel cerdo que roncaba su borrachera. Dios sabía que su cuerpo no soportaría un golpe más. Recogió la miseria que el malnacido le había pagado y, sin hacer ruido, salió del destartado cuarto.

La luz del sol le pegó fuerte en el rostro; cerró los ojos, lo que le hizo ver muchos puntitos blancos. No quería desmayarse, pues podría aparecer flotando en el Támesis. Realmente debería comer algo: su estómago crujió ante la idea. Se encaminó al callejón en donde habitualmente encontraba comida. La puerta trasera del club de mala muerte, donde conseguía sus

clientes, estaba cerrada a estas horas; lo que era un alivio, pues no tenía ganas de soportar los manoseos de Jack, el matón de su jefe, para conservar sus ganancias.

Comenzó a escarbar en la basura, buscando su desayuno. Un bulto tapado parcialmente por unos trapos llamó su atención. Se acercó esperando encontrar algún borracho desmayado. Nunca venían mal los objetos de valor que les sacaba a esos desgraciados. Sus zapatos sobresalían; una sonrisa sin dientes se formó en su morado rostro cuando vio la calidad del calzado y el pantalón. Sin duda era un riquillo: sería más fácil aún despojarlo. Corrió la tela lentamente... y su grito espantado resonó en cada callejón de ese perdido lugar.

Elizabeth despertó muy tarde aquella mañana, algo de lo más inusual en ella, pues le gustaba madrugar siempre. Luego de regresar de la merienda de campo, había subido directo a su cuarto; no quería explicar a su padre el motivo de su aspecto desastroso. Cenó en su allí y se acostó. Aunque le costó conciliar el sueño, en algún momento debió lógralo porque soñó que...

Nadaba en un inmenso lago azul pero, cuando quería salir, el peso de su vestido se lo impedía. Este comenzaba a hundirla mientras ella, aterrorizada, pateaba en vano tratando de emerger. Y cuando su vista se tornaba negra y sentía sus pulmones reventar, una fuerte mano la arreaba sacándola del agua. Ella boqueaba buscando aire y escupiendo agua. Esa mano la soltaba y, entonces, Lizzy levantaba la vista y se encontraba con unos increíbles ojos azules mirándola. Quería agradecerle, pero él la sorprendía acariciando suavemente su rostro; ella se paralizaba ante aquel sutil roce. Creía que la besaría, pero el hombre volvía a sorprenderla, dándole la espalda y dirigiéndose a una joven morena. Al llegar junto a ella, la besaba con ardor. Luego ambos se volvían a mirarla y se reían de ella. Sus carcajadas se elevaban llenando todo el lugar; Lizzy, tiritando de frío, reprimía las lágrimas y pasaba corriendo por su lado. Aunque el sonido de sus risas la seguía como un eco, sentía unos pasos detrás de ella,

persiguiéndola. El miedo la invadía provocando que corriese más rápido. Un susurro se repetía constantemente y la estremecía: —Eres hermosa, pienso en ti. —No reconocía aquella voz y, al voltear, solo vio oscuridad absoluta.

Había desaparecido el prado, el lago y la gente; miró hacia abajo y la desconcertó notar que ya no llevaba su vestido, sino un largo camisón blanco. Se giró para seguir huyendo. Pero de repente, una mano envuelta en un guante negro la agarró fuertemente por la cintura arrastrándola violentamente hacia atrás, sumergiéndola en la oscuridad. Quiso gritar, pero el intento murió en sus labios. Trató de luchar, mas irremediamente la penumbra la envolvía. Y antes de perder la conciencia, escuchó nuevamente aquella voz. Ya no susurraba, sino que desesperada gritaba: — ¡¡Elizabeth!!

Entonces, despertó sobresaltada; todo estaba oscuro y en silencio. Solo podía oír el sonido de su corazón acelerado rebotando en su pecho. Después de eso, no pudo dormir más. Hasta que, cuando el sol despuntaba, la venció el cansancio.

Desperezándose se sentó en la cama; su vista pasó por el vestido todo embarrado y sucio que había usado ayer. Pero sus ojos se quedaron en la chaqueta marrón, que reposaba en la silla. Su corazón volvió a desbocarse solo de recordar la tarde de ayer. El comportamiento del duque la había desconcertado completamente. Sobre todo el del final, cuando le dijo todo aquello; su confesión la había dejado pasmada. Sin habla, nunca le habían dicho nada parecido, y menos con esa intensidad y pasión. No entendía la actitud del duque: a veces se mostraba caballeroso; otras veces, agresivo e intimidante. Y en ocasiones, dulce, seductor, abierto y sincero. Él la desestabilizaba continuamente: le había pedido una tregua, un poco de paz en esta lucha en la que se habían sumergido desde que se conocieron. Y ella se había sentido muy tentada: sus dulces palabras, la suavidad de su caricia y la dulzura de ese beso la habían cautivado. No lo podía negar más: se sentía totalmente atraída por ese demonio de ojos azules. ¿Qué iba a hacer? No

estaba segura de sus intenciones todavía y no debía olvidar la promesa que se había hecho a sí misma: nunca casarse ni dejar que un hombre se convirtiera en el dueño de su vida.

La puerta de su cuarto se abrió y por ella entró su doncella, trayendo una bandeja en los brazos. Lizzy frunció el ceño al ver su contenido: ¿solo una taza de té y dos tostadas? Con eso no saciaría al monstruo que vivía en su estómago. Su doncella rio al ver su expresión, dejó la bandeja en una mesita y se giró mirándola muy sonriente. Lizzy arqueó las cejas, enfurruñada.

—¿Se puede saber por qué estás tan alegre y a qué se debe ese desayuno que has traído? —preguntó con gesto escéptico.

—Milady, debe comer y tiene que vestirse pronto —dijo ella con tono urgente.

—¿Y por qué la prisa? —cuestionó curiosa.

La doncella le pasó la bandeja, acomodándola sobre su falda. Lizzy bebió un sorbo de su té, mientras esperaba su respuesta. Celeste se tomó ambas manos y las apretó muy emocionada.

—¡Ohhh, es taaan romántico! No se imagina, señorita. El duque de Stanton está aquí y quiere verla. —Terminó ella, mirándola con expresión soñadora. Dicho esto, se apresuró a ayudar a su señora que, después de haberse atragantado con el té, tosía incontrolablemente.

Sentado tras su escritorio, Nicholas miraba el sobre, que contenía una carta escrita por él mismo. Una misiva, que nunca imaginó tendría que escribir, estaba lista para ser despachada, pero no se decidía a hacerlo. Cerró los ojos mientras sentía una terrible náusea. Lo enfermaba el hecho de tener que ser el portador de tan nefastas noticias, pero no tenía opción. Era lo menos que podía hacer por su otrora gran amigo. *Se lo debía. ¡Maldición!*

—¡Dios! Cómo pudo pasar esto, ¡¿por qué a ti, Jason, por qué a ti?! —exclamó desesperado vaciando de golpe el contenido de su vaso y llenándolo nuevamente.

Se levantó de la silla, sintiendo todos los músculos del cuerpo ateridos. Desde que había recibido aquel funesto mensaje, se había encerrado en su despacho y dedicado a ahogar en alcohol su dolor. Tambaleándose caminó hasta la ventana; pronto amanecería. Pero ni la promesa de un nuevo día podía quitar la tristeza que sentía, y menos lograría olvidar la culpabilidad y los remordimientos que carcomían sin piedad su alma y su corazón.

Al volver de la merienda en casa de *lady Asthon*, lo recibió su mayordomo, como era habitual. Luego de recibir su capa y su sombrero empapados, este le comunicó que había llegado un mensaje del magistrado con cariz de urgencia. Él pidió que le prepararan todo para darse un baño, y luego se dirigió a su escritorio para revisar la misiva.

Cuando leyó las primeras líneas, sintió que todo el aire del cuerpo lo abandonaba. Sin dar crédito a sus ojos, sostuvo el papel entre sus temblorosas manos y repasó las líneas allí escritas, como si haciéndolo, su contenido podría llegar a cambiar.

Su excelencia, lord Bladeston, duque de Stanton:

Lamento tener que informarle que he recibido una terrible noticia. Esta mañana, ha sido hallado por una prostituta el cuerpo sin vida de lord Lesterley. No sabemos con exactitud los detalles de su deceso, pero puedo afirmar que el conde fue asesinado. La policía asegura que se trata de una nueva víctima del asesino de Mayfair Square. Reciba mis condolencias y, cuando usted crea conveniente, quisiera poder ponerlo al corriente de varias cuestiones que seguro serán de su interés.

Atte., magistrado John Seinfeld.

Esa noche recibió al señor Seinfeld en su casa, acompañado de Steven, el cual se encontraba tan devastado como él mismo.

En un primer momento no entendió la actitud positiva del magistrado — claro que el muerto no significaba nada para él— pero, dado el hecho de que

para ellos era como un hermano, su comportamiento era cuanto menos reprochable. No obstante, el hombre no tardó en aclarar sus dudas. Sin perder tiempo, sacó de su bolsillo un objeto envuelto en un paño blanco, lo desenvolvió y lo apoyó en el escritorio.

Steven y él miraron sin entender el anillo de hombre. A simple vista no se apreciaba nada peculiar o destacable en él. Podía verse su buena calidad: era de bronce y plata, tenía forma ovalada y representaba la imagen de un escudo familiar; lo que evidenciaba su procedencia noble.

—Este anillo fue encontrado en la escena del crimen y constituye nuestra primera pista, la cual ayudará a dilucidar la identidad del asesino —anunció el magistrado al ver sus gestos de desconcierto.

—¿Y cómo se llegó a la conclusión de que pertenecía al asesino y no que pudiera extraviársele a cualquier transeúnte? —intervino Steven.

—No tenemos duda alguna, *lord* Baltimore, ya que no fue hallado en el suelo, sino que *lord* Lesterley lo sostenía dentro de su mano cerrada, cuando nuestros agentes requisaron su cadáver —explicó el hombre.

—Lo que confirma que le pertenecía al hombre que lo asesinó —dijo Nicholas con tono lúgubre.

—Así es. Por supuesto también cabe la posibilidad de que fuera del conde. Por eso tenía la esperanza de que ustedes examinaran el grabado del mismo.

Nick se apresuró a tomarlo y lo acercó a una vela para poder verlo con detenimiento.

—Hummm... En principio no lo reconozco como de *lord* Lesterley. —Lo miró con atención y la sangre se le congeló en las venas.

Steven se puso junto a él cuando vio su repentina palidez.

—Oh, no, no, amigo. No saques conclusiones precipitadas; no sabemos a ciencia cierta cómo llegó a las manos de Jason. —Lo apremió Steven mirando también el grabado.

Nick observaba estupefacto el dibujo: representaba a un hermoso halcón levantando vuelo, sosteniendo una rosa en su pico. Totalmente pasmado, les

dio la espalda y caminó hacia la chimenea sin ver nada. Si la noticia de la muerte del único verdadero amigo —aparte, claro, de Steven— que poseía le había abierto una tremenda herida letal y sangrante, lo que sostenía entre su puño cerrado significaba la estocada mortal que terminaba con la ilusión y la esperanza que habían comenzado a nacer en él desde que había conocido a Elizabeth. El magistrado carraspeó esperando a que aclararan el asunto. Steven, preocupado, se giró para deshacerse del hombre, pero la voz endurecida e irreconocible del duque lo interrumpió.

—No estoy seguro de reconocer el escudo, pero pronto le haré llegar novedades. Buenas noches, caballeros —los despidió sin mirarlos.

Steven arqueó ambas cejas al escuchar su mentira, pero no dijo nada. No era momento para tensar más la cuerda que sostenía la cordura de su amigo.

—Lo acompaño, magistrado —le dijo indicándole la salida al confundido hombre.

Cuando la puerta se cerró, Nicholas tomó una botella de *whisky* y un vaso, y procedió a beber uno tras otro toda la noche. Lo único que venía a su mente era la imagen de su amigo tal como lo recordaba: lleno de vida. Hacía poco había recibido una misiva suya, donde le contaba sobre su reciente boda y que pronto vendría a Londres a presentarle a su esposa. Él se sorprendió con la noticia, pues su amigo siempre había sido un acérrimo defensor de la soltería, pero lo entendió. Sabía que Jason no tenía más familia, y además estaba el hecho de que era un conde y necesitaba un heredero. Entonces, aparecía muerto cuando Nick ni siquiera estaba al corriente de que se encontraba ya en la ciudad. «¿Por qué no viniste a verme, amigo?», pensó desesperado. Eso ya no importaba. Lo real e importante era que, mientras él se dedicaba a su flirteo con *lady* Elizabeth, su amigo había sido asesinado. Jason, su hermano, a quien le debía estar vivo, pues le había salvado su miserable vida incontables veces en la guerra. ¿Y cómo se lo pagaba él? Siendo un malnacido traidor. Por esto, nunca podría perdonarse.

Viendo cómo el sol comenzaba a despuntar en el horizonte, sintió el dolor, el odio y la furia arder en su interior con mucha más fuerza. Faltaban unas

horas, pero pronto tendría que encontrarse cara a cara con esa persona: la que le recordaba su traición. *Sí, le haría una visita, y así daría comienzo a su venganza...* No obstante, esta vez no perdería el tiempo en romances. Ya no habría lugar para risas, besos o caricias; menos para el amor, y ni siquiera para una amistad. La paz ya no era una opción; la guerra había comenzado cobrándose una víctima y la próxima no pertenecería a sus tropas.

En realidad sabía que *lady* Elizabeth no era la que había jalado el gatillo, y de seguro le era ajeno todo este asunto. Sin embargo, culpable o inocente, se había convertido en el medio para lograr su objetivo: vengar la muerte de su amigo. Intentó ignorar la opresión que quemaba su pecho; con solo pensar que, tomada esta decisión, la perdería irremediabilmente... Sintiendo su corazón romperse en añicos, se encaminó a su escritorio, abrió un cajón y depósito allí el anillo. Y luego lo cerró con un violento golpe. Salió de la habitación, todavía mareado, y subió a sus aposentos para cambiarse. Su mente era un torbellino y sus emociones, un caos. Se había deshecho del maldito anillo, pero no podía deshacerse de la terrible sensación que le producía saber que entre él y esa persona ya no quedaba nada. Todo acabó antes de siquiera comenzar: entre ellos solo podía haber una enemistad. Y aunque sus instintos y su corazón se negaran a entenderlo, su razonamiento y sentido del deber no le permitirían olvidar; ya que, al ver a ese halcón volando, supo que esto lo cambiaba todo, menos el hecho de que conocía, sin lugar a dudas, la identidad de su dueño.

Bajó del carruaje tomando aire, despacio, intentando serenarse. Luego se quedó observando la fachada de aquella mansión, subió la escalinata y, a pesar de estar prevenido, no por eso le afectó menos ver aquel escudo decorando la puerta. Cerró los ojos un momento para evitar mirarlo. A pesar de ser más grande, estar tallado en oro y de que se pudiera apreciar la rosa blanca brillando en el pico del animal; todo indicaba que era él mismo. El anillo solo era una réplica del blasón que representaba a aquella familia. El anillo era del marqués de Arden, de William Albright.

La puerta se abrió y, dando un paso adelante, Nicholas se anunció ante el

flaco mayordomo que lo recibió.

—Buenos días, soy el duque de Stanton —dijo extendiendo su tarjeta de visita dorada—. Quisiera, por favor, ver a *lady* Albright.

Capítulo 10

*Hasta que sople la brisa del día
y huyan las sombras, vuelve,
amado mío.*

Cantares 2:17

*Aun en la risa, puede tener dolor el corazón,
y el final de la alegría puede ser la tristeza.*

Proverbios 14:13

Elizabeth se detuvo un momento frente a la puerta del salón de visitas. Echó un último vistazo a su imagen en el espejo: su doncella le había recogido el cabello en un sencillo moño, adornado por una cinta amarilla, que hacía juego con su vestido de muselina del mismo color. Tenía las mejillas muy sonrosadas, y la emoción la hacía sonreír como una boba. Se tomó un segundo más para calmar su pulso acelerado y, empujando suavemente la puerta, ingresó a la habitación.

Encontró al duque parado frente a la ventana: miraba hacia el exterior con las manos tomadas en la espalda. Como ya era costumbre, sintió un escalofrío subir por su espalda. Él vestía pantalón y casaca verde botella, camisa blanca, pañuelo y botas grises. Parecía estar muy ensimismado, aunque su postura era rígida.

Él pareció sentir su presencia, porque se giró enfrentándola. El choque con su mirada dejó perpleja a Lizzy. Él la miraba diferente, altivo y distante. No se acercó, sino que se limitó a hacer una inclinación con su cabeza.

—*Lady Elizabeth, buenos días.* —Desconcertada por su actitud y su trato impersonal —*¿ya no la tuteaba?*—, devolvió el saludo haciendo una reverencia.

El duque la recorrió con la vista, pasando por su cabello, por los volados

del escote de su vestido y terminando en sus pies, enfundados en unas zapatillas color crema. Por un momento sus ojos azules volvieron a brillar con intensidad, pero rápidamente él carraspeó y se encaminó hacia los sillones.

Lizzy se quedó boquiabierta. «Qué rayos... ¡grosero! Bueno, cálmate, tal vez no tiene un buen día; pasaré por alto su falta de cortesía», se sosegó, siguiéndolo y tomando asiento frente a él.

—Bien, veo que tiene prisa, así que puede ir al grano, excelencia —dijo sin entender. Su voz sonó ofendida, aunque intentó reprimirse.

—Humm... así es —respondió él, incómodo, removiéndose un poco en su asiento—. La razón de mi visita es para hacerle una propuesta.

Elizabeth quedó estupefacta; seguro había abierto la boca y todo. Por un segundo su cerebro se puso a trabajar frenéticamente. Trató de disimular su reacción. ¿Había escuchado bien? ¿Dijo «propuesta»? ¡¡OH, POR DIOS!!, le iba a pedir su mano. Por eso estaba tan tenso; solo eran nervios, seguro—. ¿Pro... puesta? —inquirió con una sonrisa temblorosa.

—Así es —continuó él sin percatarse de su frenesí interior—. Como sabrá, la temporada recién comienza y, debido a mi posición y mi título, se espera que escoja esposa sin demora. Por eso quiero pedirle que usted sea mi prometida —exclamó el duque desviando su mirada.

Lizzy estaba pasmada *¿Esa era su manera de pedirle casamiento? No era una propuesta muy romántica que digamos.* Tampoco es que ella hubiese esperado una declaración tan rápido y menos pretendía que el duque irrumpiera en el salón montando un caballo blanco; pero, debido a cómo se habían dado las cosas entre ellos y a sus románticas palabras en su último encuentro, daba por descontado que tal vez traería un ramo de rosas y tomaría sus manos, o que al menos sus ojos mirarían su cara. Él no parecía muy contento; sin embargo, ella sabía que esto de las propuestas muy pocas veces era como en los libros. Sin ir más lejos, a una conocida se le habían declarado en un carruaje mientras bajaba. El novio solo le había dicho que esperaba poder pedir su mano a su padre. Y la joven aceptó muy feliz, aunque el caballero no se haya quedado a oír su respuesta. Por eso, no deb...

—¿*Lady Elizabeth?*, parece distraída. —El duque interrumpió las cavilaciones de la joven. Lizzy enfocó la mirada en él, y lo encontró viéndola algo preocupado. *¡Diablos!, otra vez estaba en las nubes. Sopapo mental*—. No, para nada, milord, solo creo que no llego a entenderlo del todo.

—Bien, trataré de ser claro. Mi madre y cercanos me están presionando para que me case pronto. Debido a esto me han escogido una candidata a ser mi prometida. —Ella esta vez abrió la boca, sin importarle lo que pensara. *¿Estaba prometido?*—. Pero de más está decirle que esto no es de mi agrado: he decidido no casarme, y nadie podrá obligarme a hacerlo. Tampoco pienso soportar la presencia de esa joven, a la que han decidido meterme a la fuerza. Por lo que he pensado que usted podría ser mi prometida. —Terminó el duque, serio pero expectante.

—Milord, sigo sin comprender. Si usted no quiere casarse, ¿cómo pretende que sea yo su prometida? —lo interrogó Lizzy más confundida a cada segundo.

—Bueno... hummm... Es muy sencillo: con usted siendo mi prometida, ya no tendré que aguantar más presiones. Estaré tranquilo, por lo menos hasta que termine la temporada —explicó él con tono y expresión neutros.

—Así que, si no me equivoco, usted me está proponiendo que finjamos un compromiso —rebatió Lizzy. El color abandonaba su rostro con cada palabra del duque. Lo miró sintiendo que su corazón pendía de un hilo, esperando su respuesta.

—Yo... sí, necesito que finja ser mi prometida hasta que termine la temporada —confirmó *lord Stanton* luego de un momento, posando la vista detrás de la cabeza de ella.

«¡Maldito cobarde!», pensó Lizzy. Sintiendo cómo sus palabras ocasionaban que su corazón se desprendiera de ese hilo, se estrellaba y rompía en mil pedazos.

—Bueno, lamento no poder aceptar su encantadora propuesta —proclamó ella y obtuvo una mirada desconcertada del duque.

—Creí que usted también era contraria a la idea del matrimonio: eso me llevó a elegirla. No me diga, ¿pensó que le propondría casamiento de verdad?

—preguntó con altivez.

La furia reemplazo rápidamente al dolor. *Engreído, cerdo pomposo, ¿qué se cree?* La joven se levantó, y el duque hizo lo mismo.

—Claro, ya le dije que nunca me casaré pero, a diferencia suya, no tengo título ni presión alguna; por lo tanto, no necesito de este trato. Y no existe razón alguna para soportarlo a usted el resto de la temporada. —Terminó, señalándolo con tono más altivo y frío.

El duque la miraba sorprendido arqueando ambas cejas. Lizzy se inclinó en una reverencia.

—Buenos días, milord, ya conoce la salida. —Dicho esto dio media vuelta y se dirigió a la puerta con los hombros y cabeza muy erguidos. Pero sus siguientes palabras clavaron sus pies en su sitio, deteniendo su retirada.

—Se equivoca, *lady* Albright. Tiene una presión y necesita tanto como yo de este trato. —Su voz le llegó como un murmullo bajo y peligroso. Lizzy, de espaldas, solo pudo sostenerse a la puerta cuando escuchó el susurro en su oído; el efecto de su cercanía y su aliento la hicieron estremecer. Pero el impacto de sus palabras ocasionaron que sintiera su alma caer al suelo—. Si no accede, no me quedará más remedio que informarle a su padre de su pequeña aventura de hace unos días —afirmó Nicholas y notó cómo ella se tensaba. Continuó hablándole con tono suave pero amenazante—. No creo le agrade saber que su pequeña gusta no solo de aparecerse en reuniones políticas, sino que lo hace enfundando su delicioso *cuerpecito* en ropa de hombre. —Ella sofocó una exclamación de sorpresa, alarma y enojo a la vez—. Siii..., milady, siempre lo supe. Reconocería estos ojos... y este cuerpo, entre miles de personas disfrazadas. Así que, está advertida; si es tan inteligente como creo, la veré esta noche en el baile. Y su actitud estará a tono con las circunstancias. —Dicho esto, le dio un pequeño beso justo en el punto que une su oreja con el cuello. Lizzy se erizó y cerró los ojos, sintiendo su corazón acelerarse. Los labios del hombre parecieron sonreír al decir sus últimas palabras—. *Vérifier, douce Alinne*. —Y al marcharse, dejó en el aire su perfume flotando como una estera.

Elizabeth caminó hasta la ventana y la abrió; de repente se sentía sofocada y sin aire. La brisa del día sopló sobre su rostro, aliviando su sofoco. Pero no pudo calmar el dolor que sentía y que cubría su alma como una sombra.

—Ohh, Nicholas, por favor, hijo. ¿Es demasiado pedir que por lo menos finjas estar pasándola aceptablemente bien? —Nick bufó mientras cazaba al vuelo una copa de la bandeja que un lacayo sostenía. Miró a su madre: con su vestido color azul oscuro estaba muy bella y elegante, aún con esa expresión de frustración y preocupación con la que lo observaba.

—Madre, sabes que detesto estas fiestas. Debería conformarte el hecho de que haya asistido; esperar más de mí sería perder tu tiempo —respondió mientras bebía.

—Pues si sigues con ese humor y ese gesto, lograrás que se acrecienten las habladurías —le advirtió la duquesa. Al oír esto Nicholas frunció más su ceño. Una amiga de su madre se acercó a ellos. Y luego de los saludos de cortesía, ambas se enfrascaron en una conversación y dejaron al duque libre para pensar.

Nick se apoyó levemente en una columna y observó a su hermana bailar muy sonriente junto a Steven, quien inclinaba su cabeza para escuchar algo que ella le decía. Clarissa estaba muy hermosa, aunque parecía nerviosa e incómoda: algo nada común en ella. No sabía qué le sucedía, pero por lo menos alguien estaba disfrutando de aquella estúpida fiesta.

En cuanto a él, estaba con un humor de los mil demonios y su sombría actitud tenía una sola razón de ser: ELLA no había asistido. Nada estaba saliendo como se había imaginado. Luego de visitarla, había dado por sentado que la joven tomaría nota de su advertencia y la acataría, pero había descubierto rápidamente cuán equivocado estaba.

Sin embargo, Nick comprendía a la perfección el mensaje que su ausencia quería transmitirle. Estaba más que claro: la había amenazado vilmente. Y la joven no solo no se amilanaba ante esto, sino que se atrevía a plantarle cara y a desafiar su orden de venir esta noche. Lo que decía un rotundo: «¡Vete al

demonio, Bladeston!»), por poco lograba imaginarla. Y él no podía más que darle la razón y admirar su valentía. Muy a su pesar sonrió divertido e indignado al mismo tiempo. Sabía que su comportamiento de esta mañana había sido despreciable y absolutamente miserable. Pero eran las cartas que le habían tocado jugar. Y su corazón sangraba desde entonces.

Cuando ella entró estaba hermosa y, al ver su rostro brillando de emoción y su expresión ilusionada y feliz, estuvo a punto de mandar al diablo su plan de venganza, la investigación y la maldita Europa entera. Después, recordó que nunca podría vivir con él mismo si no encontraba al asesino de su amigo. No podría perdonarse: terminaría odiándose y odiándola a ella. Así que procedió a romper su corazón, y algo se quebró dentro de él cuando vio cómo de a poco se borraba su sonrisa y sus ojos perdían ese brillo de esperanza y felicidad, para transformarse en confusión, desasosiego, decepción y terminar en angustia y dolor.

Se sentía el más vil de los hombres; definitivamente era un bastardo. La ironía era que, de igual modo, se odiaba y no se perdonaría lastimarla. Para concluir todo el asunto, la había amenazado para poder tenerla cerca. Y no solo con el objetivo de investigar al padre, sino para estar con ella. No debía engañarse: prefería la tortura de tenerla a su lado, sin poder estar con ella, que el suplicio que significaría perderla completamente. No podía perderla: la necesitaba. Aunque su ángel lo odiara, su compañía y su cercanía darían algo de consuelo a su corazón. *Siii, ya lo sé, soy un desgraciado egoísta, pero no puedo evitarlo.*

La joven había puesto patas para arriba su plan, al dejarlo plantado y desairarlo. *Demonios, me las pagarás, Elizabeth.* La voz de Steven lo devolvió a la realidad, interrumpiendo sus tormentosos pensamientos.

—Ehh, holaaa, ¿alguna señal de vida allí dentro? —le decía su amigo dando golpecitos en el cráneo de Nick.

—Hoy no estoy para juegos. Te lo advierto, Steve —le dijo mientras apartaba su mano.

Steven levantó ambas manos en gesto pacífico.

—Está bien, veo que tu afamado genio Bladeston está en su punto máximo ahora. ¿Puede que se deba a la ausencia de determinada dama?

—No continúes por allí, ya te dije que nada pasa entre *lady* Elizabeth y yo. Bien sabes que ella es el medio para llegar al padre —negó él empezando a sulfurarse.

—Pues eso no me pareció en el baile de *lady* Malloren, y menos en la merienda de *lady* Ashton. Al contrario, parecía que no recordabas nada de la misión. ¿Te atreves a negarlo? —lo azuzó Steve con una sonrisa divertida. Nick gruñó exasperado.

—Suponiendo que te doy la razón, eso ya terminó. La muerte de Jason lo cambia todo —espetó Nicholas con tono sombrío. Steve hizo una mueca de incomodidad.

—Solo si te apresuras en sacar conclusiones. ¡Vamos, amigo!, todavía no puedes asegurar que *lord* Arden esté involucrado en los crímenes. No tenemos nada más que algunas reuniones con el traidor francés.

—Y el anillo, Steve, no lo olvides. Tenemos su anillo hallado en el cuerpo de Jason —lo cortó Nick. El silencio los abatió durante unos segundos.

—Entonces, ¿qué me dices de los rumores? *Lady* Albright y tú están en boca de todos —habló Steve desviando el tema.

—¿Ah, sí? —dijo Nick haciéndose el desentendido. Pues no quería que nadie sepa los detalles de su plan. Ni siquiera Steve, ya que seguramente lo reprobaría y lo tendría detrás de él dándole lata.

—Como si no lo supieses —bufó el rubio—. Los chismorreos circulan como la peste por doquier. Dicen que reapareciste en sociedad para concretar un compromiso con una joven escogida por tu familia. Pero, al estar ella cuidando en el campo de su padre enfermo, tú aprovechaste para andar detrás de la recién llegada *lady* Albright, la cual decidió conquistarte y espera pronto una propuesta de tu parte. Por lo que la tachan de descarada y desleal, pues quiere robarle el candidato a su encantadora prima, *lady* Asher —terminó Steven con un teatral ademán.

Nicholas escuchaba aburrido la diatriba de su amigo, pero se enderezó al

oír ese nombre.

—¿*Lady Asher*?, ¿otra vez con eso? Ya le dije a mi madre que la joven no me interesa. También a *Clarissa*; por más amiga suya que sea y sin importar su sangre o belleza, no me casaré con ella —dijo el duque exasperado.

—Pues parece que nadie quiere oírte, y te lo advertí. Cuando *lady Emily* apareció, comenzó a dejar caer que el motivo de su regreso era la certeza de que tú pedirías su mano en un futuro cercano —declaró su amigo señalándolo.

—¿Qué? Tamaño disparate. No logro imaginar cómo unos cuantos bailes y dos o tres palabras alcanzasen para llegar a esa absurda conclusión — dijo el duque incrédulo.

—Bueno, está el hecho de que nunca bailas con nadie y no hablas con ninguna dama que no sea familiar o mayor; jamás asistes a veladas, pero fuiste a la organizada en su honor y no solo le hablaste, sino que increíblemente bailaste dos veces con ella. Y para rematar, asististe a la merienda que *lady Ashton* organizó para darle la bienvenida en su segunda temporada, cosa de por sí, inaudita: verte a ti en un té de damas —lo acusó el conde enumerando con sus dedos.

—Pe... pero yo... yo solo hice todo eso por cortesía hacia *lady Ashton*, su tía. Y por insistencia de *Clarissa* y mi madre. ¡Maldición! —renegó Nick tirando de su pelo.

—Claro, sí. Pero eso no explica tu aparición en la merienda. Y recuerdo muy nítidamente que fue idea tuya asistir —le recordó su amigo muy divertido por su expresión atormentada—. Humm, aja, mejor no digas nada. Ya todos sabemos que es ahí donde entra la exquisita *lady Elizabeth* en esta ecuación.

—No..., no es así. Ni siquiera sabía que *lady Emily* estaría allí. ¡Diablos!, estoy acabado, muerto —vaticinó el duque negando con la cabeza.

—Así es. Perdona si no te compadezco; ya quisiese esa dulce muerte quien pudiera aspirar a tener no solo una, sino dos bellas como prometidas — declaró Steve riendo.

Todos en el salón se voltearon al escuchar la fuerte carcajada resonar. Y observaron la divertida escena que representaban *lord Baltimore* golpeando,

mientras reía, la espalda del duque de Stanton quien, atragantado con su bebida, sonreía al conde.

Capítulo 11

*Y habréis de oír rumores de guerra; ¡cuidado! No os alarméis,
porque es necesario que todo esto suceda;
pero aún no es el fin.*

Mateo 24:6

*Por tanto, todo lo que habéis dicho en la oscuridad será oído en la luz.
Y todo lo que susurraste al oído
será pregonado en las azoteas.*

Mateo 10:27

—Vamos, hermanita, pon una sonrisa en esa linda carita. No podías seguir encerrada por más tiempo y menos, desaprovechar tan bella noche.

Lizzy miró la encantadora expresión de su hermano, y no pudo evitar sonreír.

—Está bien, tienes razón. Olvidaré mi mal humor y el hecho de que me hayas arrastrado fuera de casa, solo si me dices a dónde vamos —respondió Lizzy despegando la vista de la ventanilla del carruaje y clavándola en su hermano.

—Te lo diré, pero recuerda tu promesa: no puedes enojarte, eh —dijo él risueño.

—Oh, Sebastien, no me digas que lo hiciste, no hoy, no esta noche —respondió Lizzy negando con su cabeza.

—¿Me crees si te digo que no tuve elección? *Lady Ashton* insistió, y Padre aceptó por ti —se excusó en tono de ruego.

—Sí, no me digas. Justamente ahora no tengo ánimo para tolerar a la arpía de Emily —bufó Lizzy rodando los ojos.

—Bueno, pero yo estaré allí para protegerte de su maldad. Y seguramente,

después del episodio del lago, sus ansias de crueldad habrán disminuido considerablemente —dijo Sebastien intentando calmarla.

—Oh, seguro, como si tú pudieras controlarla. Se detestan mutuamente; parece que te transformas cuando la ves. A veces hasta me llega a dar pena ver cómo intenta defenderse de tus ataques mortales —se lamentó mirándolo derrotada.

—Pues Emily no merece tu compasión, y siempre es ella la que comienza. Desde niña ha sido una insufrible pesada —la cortó Sebastien cruzando sus brazos en el pecho.

—Eso no es cierto y lo sabes; hubo un tiempo en el que era de buenos sentimientos, noble, agradable, amistosa y feliz. Y en el que recuerdo tú estabas más que encantado con ella. Creo que la muerte de su madre la afectó en demasía —reflexionó Lizzy pesarosa.

—También lo recuerdo, pero esa joven ya no existe. Y lo que haya sucedido no es excusa para ser cruel, maliciosa y venenosa. Tú también perdiste a nuestra madre y eres un ángel —respondió él con tono duro.

—Tal vez pero, aun así, nunca he logrado entender qué la hizo cambiar. Y sobre todo por qué me odia tanto; es como si me culpara de algo —rebató ella.

—No te compliques tanto, hermanita. Su padre mimó a nuestra prima en demasía, lo que la convirtió en una egoísta malcriada —dijo él molesto.

Lizzy no contestó, pues seguía teniendo sus dudas, aunque su hermano no las compartiera. Sebas podría negarlo, pero ella sabía que su rivalidad con Emily iba más allá de una simple diferencia de caracteres. Soltó un suspiro triste. Realmente, cuando niños, habían sido un trío inseparable. Pero ahora ambos evitaban a Emily como a la peste. Ella había sido su mejor amiga, la hermana que nunca tuvo. Más bien, su única amiga, puesto que no había podido lograr nuevamente ese vínculo con nadie. Ese hecho lo hacía todo más difícil, ya que se sentía vulnerable ante ella, que conocía a la perfección sus puntos débiles e inseguridades.

—Lizzy, antes de que llegemos, hay algo que debes saber —dijo su

hermano distrayéndola de sus pensamientos.

Ella enfocó la vista en él, entrecerrando sus ojos.

—Dime, sabes que detesto ignorar algo.

—Bien..., bueno..., co... cómo decirte —vaciló nervioso.

—¡Solo suéltalo! ¿Le pasó algo a nuestro padre? Últimamente está más preocupado y tenso de lo normal —inquirió sorprendida por la actitud de él.

—¿Qué? No, no, no es eso. Tiene que ver contigo y ese duque —la cortó su hermano.

Lizzy palideció.

—¿Con el duque? ¿Te refieres a *lord* Stanton?

—¿A quién si no? Verás, hoy fui a mi club, como acostumbro, y en cuanto entré me asaltaron a comentarios.

—Oohh, sabes que esas cosas no me interesan en absoluto, Sebas —desechó Lizzy haciendo un ademán con la mano y recostándose hacia atrás nada elegante.

—Elizabeth, escucha, no eran simples comentarios. Son rumores, pero lo peligroso es que te involucran a ti —informó esperando su reacción.

—¿Queeee?, ¿a mí? ¿De qué estás hablando? —exclamó Lizzy enderezándose de golpe.

—Pues se corre el rumor de que el duque te... ¡Maldición!, ya llegamos —se interrumpió Sebastien al escuchar el carruaje detenerse.

—Sí, qué oportuno. Cumplamos con *lady* Asthon y regresemos a casa; no podré concéntrame por la intriga —anunció ella al tiempo que bajaba, ayudada por su hermano.

Mientras caminaban, uniéndose a las demás personas que ingresaban al teatro, Lizzy intentaba mantener una fachada de tranquilidad; pero lo cierto era que por dentro era todo lo contrario. No quería pensar lo peor, no era posible que «Él» lo hubiera hecho. Pero ¿de qué rumores hablaba su hermano si no?

El duque la había amenazado con contar sobre su excursión vestida de hombre si no accedía a ser su falsa prometida. Y ella, luego de llorar su

decepción aquella mañana, analizó la situación y llegó a la conclusión de que si *lord* Nicholas abría la boca, no sería el fin del mundo. Después de todo, lo máximo que podría ocurrir sería que, al quedar socialmente arruinada, nadie le pidiera casamiento. Entonces, ya no podrían obligarla a casarse, y así su padre furioso la enviaría de regreso a Francia. Y definitivamente eso no sería tan malo.

Por lo tanto, cuando llegó la hora de prepararse para el baile, al que él pretendía que fuese, se vistió con su mejor gala y al terminar se miró al espejo, hizo una reverencia y gritó: «¡Que le aspen, su excelencia!» Y luego rio como lunática; sí, se había vuelto loca de remate. Ya podrían ir reservándole una plaza para ella en Bedlam.

Mas en ese momento, ya no se sentía tan valiente porque, a menos que su hermano hablara de otra cosa, el duque no había recibido bien su desaire. «¡Aaa, demonio de hombre! ¿Por qué la molestaba?, ¿acaso era la única mujer de todo el apestoso Londres? Pero si abrió esa boca, ¡me las pagará! Oohh, sí, oírás más rumores, pero los de la guerra que iniciaré», pensó su Lizzy interior levantando un puño en alto.

Pronto alcanzaron la entrada; ella miró a su alrededor, pero no vio a *lady* Asthon ni a su prima entre las elegantes damas.

—Ven, hermana, creo que Margaret nos espera en su palco —dijo Sebas guiándola hacia los palcos privados.

Cuando llegaron los recibió la anciana con su acostumbrada expresión seria. A su lado estaba sentada su prima.

—Queridos, no pierdan tiempo en saludos: la función no tarda en comenzar —los apremió Margaret haciendo ademán para que se sienten.

Lizzy y su hermano se debatieron en silencio pues, como la anciana estaba sentada en un extremo y a su lado se encontraba Emily, solo quedaba un asiento junto a ella. Y ninguno quería tomarlo, pero ella fue más rápida y, sentándose detrás de su tía, procedió a saludarla. Sebastien, lanzándole una mirada mortal, se sentó junto a Emily, la cual veía hacia adelante ignorándolos a ambos.

La joven era muy hermosa, pero esa noche lo estaba aún más, con un vaporoso vestido ámbar. Aunque siempre tuviera una expresión amarga en el rostro, eso no le quitaba nada de belleza a sus rasgos. Lizzy vio que Sebastien no le quitaba la vista a su perfil, y sonrió cuando, luego de un momento donde la joven continuaba ignorándolo, su hermano tomaba aire furioso.

—¡Jovencita!, desiste de esa actitud y sé educada —la reprendió su tía.

—Oh, disculpa, tía, no me percaté de que ya habían llegado tus invitados —se excusó Emily fingiendo confusión, mientras bebía de su copa delicadamente.

—Sí, a otra con ese cuento; ni ciega podrías pasar de la presencia de ese apuesto rubio sentado a tu lado —declaró la anciana señalando a su hermano. Emily se atragantó con la bebida y Sebastien lanzó una fuerte carcajada que hizo voltear cabezas de los palcos de enfrente. Lizzy, meneando la cabeza, procedió a estudiar sin entusiasmo los palcos más cercanos y casi se cae de su silla, al colisionar su mirada con una azul.

El duque arqueó una ceja, y sus labios se abrieron en una perezosa sonrisa. Lizzy sintió un escalofrío, y se aferró fuertemente a su asiento. No podía despegar la vista de él ni de su actitud, que parecía advertirle *jaque otra vez*.

Él no dejaba de escrutarla penetrantemente; sus ojos descendieron de su rostro a su cuello, y más abajo. Ella se sonrojó y reprimió el impulso de retroceder y ocultarse; se sentía como un pez expuesto en una gran pecera. *¡Endiabladas casualidades! Llevaba días evitándolo y escondiéndose de este hombre, y se topa con él cuando ya había bajado la guardia.*

Lord Stanton volvió a centrar la vista en su cara y, haciendo una leve reverencia, le señaló el escenario. Lizzy, aún aturdida, siguió la dirección de su mano, y entonces las luces se apagaron y se abrió el telón.

—Que comience la función. —Oyó decir a *lady Asthon*, inauditamente entusiasmada.

A Elizabeth solo le tomó unos momentos abstraerse por completo y

sumergirse en la trama de la obra representada. Desde que había regresado a Inglaterra, no había tenido ocasión de asistir al teatro, y ahora recordaba cuánto le gustaba. Esta noche la función era sobre *La tempestad*, de William Shakespeare, una obra cuyo tema principal era la venganza.

De alguna manera se sentía identificada con la protagonista femenina, ya que la vida de Miranda era por completo manipulada y dirigida por su padre Prospero. No pudo evitar sentir un escalofrío al ver el primer encuentro entre Miranda y Fernando. Ambos quedaban inmediatamente prendados el uno del otro y, con solo una mirada, Miranda entregaba su corazón a Fernando; lo que inexorablemente le hacía evocar su primer contacto con el duque.

Sin embargo, no se trataba de una simple historia de amor, pues los protagonistas debían luchar por mantenerse juntos. Su amor era puesto a prueba por la implacable sed de venganza de Prospero, quien al final aceptaría y bendeciría su unión, cuando comprendiera que era mejor el perdón que la venganza.

Cuando finalizó la obra, Elizabeth se sumó a la multitud de aplausos que retumbaron por el recinto. Realmente le impactaba la calidad de la interpretación de la obra: la combinación de misterio, muerte, traición, venganza, amor y romance resultaba absolutamente magnífica. Y no podía evitar pensar en las similitudes entre *lord* Bladeston y el príncipe Fernando.

El telón se cerró nuevamente, mientras las luces volvían a iluminar el teatro. Lizzy no pudo contener el impulso de mirar hacia el palco del duque. Él no estaba; solo se encontraban *lord* Baltimore y *lady* Clarissa, la cual se abanicaba profusamente mientras le decía algo al conde. Decepcionada, se giró y se encontró con la mirada escéptica de su tía. La anciana se veía algo acalorada, por lo que Lizzy volteó hacia su hermano para que les buscara bebidas, pero no lo encontró.

—El bribón de tu hermano se retiró a mitad de la obra, aduciendo sentirse sofocado. ¿Puedes creerlo? Piensa que esta vieja nació ayer —le informó *lady* Asthon malhumorada. Aunque a la joven le pareció ver brillar sus ojos un tanto divertidos, todo lo contrario era la actitud de su prima, que seguía

ignorándola y parecía estar más tensa y rígida que al principio—. Pero no te preocupes, volverás a casa con nosotras —continuó diciendo la anciana—. Ahora, ¿serías tan amable de ir por unos refrigerios? Realmente el ambiente aquí es sofocante —le solicitó la dama tomando su abanico.

Lizzy se apresuró a ponerse de pie, pues ya no soportaba la tensión que le producía la fría y silenciosa postura de Emily, quien esta noche parecía haber dejado en casa su colección de comentarios molestos y altivos a los que la tenía acostumbrada.

—Claro, tía, ahora regreso —dijo encaminándose a la puerta.

—No te demores, muchacha, no tardará en comenzar la presentación de una excelente soprano —le advirtió Margaret. Asintiendo, salió al pasillo, el cual estaba lleno de damas y caballeros. Algunos conversaban y otros se apresuraban hacia sus palcos.

Tratando de abrirse sitio entre la densa multitud, Elizabeth comenzó a caminar. No había dado muchos pasos cuando sintió una pesada mano agarrándola con fuerza por la cintura y arrastrándola hacia atrás. Aterrorizada, intentó gritar, pero de inmediato su boca fue cubierta por otra mano enguantada.

De repente se encontró en un palco en desuso; presa del pánico, agitó brazos y piernas intentado librarse, pero su cuerpo chocó fuerte contra un pecho duro, y el impacto le quitó el aliento.

—Sshhh... Quieta, *doulce Alinne*. No te haré daño; si prometes no gritar, quitaré mi mano —le dijo una voz grave masculina—. Asiente si lo harás —le pidió en un susurro en su oído.

De inmediato Lizzy dejó de luchar, pues reconocía aquella voz. Con el corazón y el pulso todavía acelerados, asintió con la cabeza y él la soltó. Furiosa, se giró enfrentándolo.

—¡Canalla, me ha dado un susto de muerte! —espetó dándole un empujón, que no movió al duque ni una pulgada.

—Lo siento, pero usted no me ha dejado opción —le respondió mirándola con expresión pícaro.

Por un momento el brillo de sus ojos azules distrajo a Lizzy. Pero pronto se recuperó.

—¿Acaso se ha vuelto demente? ¿De qué habla? —cuestionó poniendo las manos en las caderas.

—Haces gala de una deplorable memoria, querida —dijo el duque negando con su cabeza—. ¿Tan pronto has olvidado que me dejaste plantado en un baile hace tres días? —inquirió con voz reprobatoria.

—No, no lo he olvidado. Pero no puedo asumir la responsabilidad por ello. Yo no acepté ir con usted al baile —respondió Lizzy más enojada por su actitud provocativa.

—Entonces, ¿debo interpretar que no acatarás mi advertencia para hacerte pasar por mi prometida? —contestó él mirándola penetrantemente.

—Yo no lo llamaría advertencia, pues fue una vil amenaza. No obstante, no deja usted de superarse. Primero intenta coaccionarme, luego divulga rumores sobre mí, y ahora me arrastra a este lugar en contra de mi voluntad —le reclamó Lizzy con indignación.

—¿De qué habla?, yo no he divulgado ningún rumor —respondió Nick ofendido. Su cara mostraba una mueca desorientada.

—¿Aaah, no?, ¿no era esa justamente su amenaza, excelencia? —contestó ella mirándolo con repulsión y desconfianza.

—¡Por supuesto que no! Me insulta usted. Yo le dije que la descubriría con su padre, no que arruinaría su reputación —adujo el duque igual de furioso, volviendo al trato formal.

Lizzy cayó de inmediato en su error y trató de no encogerse al ver que él se enfurecía, pero su lengua tenía otros planes.

—Pues discúlpeme si no le creo. Sepa que haga lo que haga no pienso ceder a su pérfido chantaje —le dijo fríamente.

El duque la miró pasmado, incrédulo y encolerizado al mismo tiempo. En ese momento, las luces del teatro volvieron a apagarse dejando el palco en penumbras. Lizzy se tensó y se giró hacia la salida, pero Nicholas la apresó

fuertemente enterrándole la cara en su pecho.

—Ttttt... No tan rápido, ángel. Nuestro acto aún no termina. —Le oyó decir con voz ronca y peligrosa.

Lizzy se estremeció y tomó aire sintiendo el aroma de su esencia. Medio mareada, levantó su cabeza hacia él, pero no lograba distinguirlo en la oscuridad.

—¡Suélteme, milord! —le pidió para su consternación, con voz temblorosa. Él no contestó, pero Lizzy sintió que negaba con su cabeza y luego soltaba el aire con fuerza.

—¿Que pretende, milord? —preguntó respirando agitadamente.

—Esa pregunta no puedo responderla en este momento —contestó él con un gruñido bajo.

—Entonces, puede decirme qué es lo que quiere —dijo Lizzy cada vez más nerviosa.

El duque la contempló en silencio un instante y luego afianzó su abrazo. Elizabeth pudo sentir el corazón de él latiendo tan frenético como el suyo. Y a continuación le oyó decir con voz apremiante:

—Eso es sencillo: a ti. —Nicholas percibió la conmoción de Elizabeth al escuchar su inesperada confesión.

—¿Acaso se burla usted de mí? —balbuceó con voz temblorosa.

Su tono denotaba incredulidad, escepticismo y algo más que no logró discernir. *¡Maldición, por qué le había dicho que la quería!* Definitivamente estaba perdiendo la cordura. Pero él no tenía tal sentimiento; solo era la pasión la que desbocaba su corazón y aceleraba su pulso. Nick cerró los ojos un momento, intentando reprimir su deseo de ella y refrenar el impetuoso caudal de emociones que recorrían su interior.

Después de días sin verla, había decidido cambiar de estrategia, ya que ella no respondía bien a la coacción y él no tenía verdadera intención de cumplir su chantaje. Por lo que, cuando la vio entrar al palco de su tía, sintió cómo su corazón dejaba de latir y, a duras penas, soportó la función,

refrenándose de ir en su busca.

Sus brazos aún la abrazaban pegándola a su cuerpo, lo que no ayudaba en nada a reprimir sus más bajos instintos. Ambos respiraban agitados y, con cada inspiración, su dulce aroma lo envolvía enloqueciendo sus sentidos.

Lentamente la soltó y dio un paso hacia atrás poniendo un poco de distancia entre ellos. —*¿Qué rayos estás haciendo, Nick? Estás totalmente desbordado. Este no era el plan; la idea era descubrir a un asesino traidor y luego vengar la muerte de tu amigo. Y para ello debes olvidar toda atracción o idea romántica. Ella es la hija de tu enemigo, el medio para llegar a él. Nada más.* —Eso le gritaba su mente, pero su cuerpo y corazón no coincidían con ella.

Elizabeth bufó exasperada ante su silencio y, negando con la cabeza, se dirigió hacia la puerta rodeándolo.

—Antes que se vaya debo recordarle mi propuesta y las consecuencias que puede esperar si la rechaza —le dijo el duque deteniendo su marcha.

—Entonces, puede comenzar a perpetrar su vil amenaza porque yo nunca accederé a ser su falsa prometida —respondió ella de espaldas a él.

Nick apretó la mandíbula, molesto no tanto por su negativa, sino por su frío tono. Mientras sus miradas entrelazadas se enfrentaban —una, desdeñosa y airada; la otra, exigente y empeñada—, las notas de una nueva canción instrumental inundaron el lugar, anticipando el inminente comienzo de la próxima función de ópera.

Ante su evidente mutismo, Elizabeth se giró y se dirigió a la salida. Su cuerpo temblaba y su pulso corría desbocado como su corazón cuando la voz del duque se elevó sobre la melodía y sus palabras lograron paralizar su enfadada retirada, anclándola en el sitio con pasmada rapidez.

—*Sin duda allí va la diosa por la que suena esta música. Ten a bien decirme cómo debo proceder estando aquí. Mi primera súplica, aunque última, es: «¡Oh, maravilla!, ¿eres o no una muchacha?»*³ —habló Nicholas, con tono febril.

—*Maravilla, ninguna, pero sí una muchacha*⁴—respondió Elizabeth de espaldas a él, después de unos segundos de silencio, donde solo atinó a respirar agitadamente.

—*Ah, si eres una doncella y a nadie has dado aún tu corazón, yo te haré reina del mí*⁵. —Siguió el duque acercándose, con cada palabra, hasta detenerse tan cerca que su aliento acariciaba su nuca.

—*Mis sentimientos son humildes, y ya no deseo ver a otro hombre más apuesto*⁶ —recitó con voz ahogada Lizzy. Sus mejillas ardían y permanecía con los ojos fuertemente cerrados.

—*Como en un sueño, mi ánimo esta encadenado. La muerte, esta debilidad y las amenazas que ahora me someten no son una carga, mientras que una vez al día, desde mi cárcel pueda verte. Dispongan los libres del resto del mundo. En mi cárcel, ya tengo bastante espacio*⁷ —continuó él, con su voz teñida de pesar y de anhelo al mismo tiempo, llevándolo de nuevo a ese lugar donde las contradicciones entre lo que él decía y lo que parecía desear terminaban por confundirlo.

—*Mi señor, me haces trampa*⁸ —lo acusó ella sin poder camuflar su dolor. Y supo que el duque también lo percibió, pues por unos segundos nada salió de sus labios.

—*No, mi amor, no lo haría ni por todo el mundo*⁹ —le contestó Nick, cerrando el poco espacio que los separaba; su voz, un susurro ardiente, acarició la piel detrás de su oreja y ocasionó que su vello se erizase y sus sentidos se alteraran.

Nicholas notó cómo su cercanía afectaba a la joven, quien parecía paralizada. Su esbelto cuerpo se había tensado y podía sentir sus inspiraciones agitadas. Lentamente levantó una mano y la puso en contacto con la estrecha cintura de la dama. Con ese único toque, su propio cuerpo reaccionó con voraz deseo. Sus dedos acariciaron con delicada pasión el contorno de su figura, hasta posarse en su cadera, donde su mano ejerció una posesiva presión que unió sus figuras como una sola.

Perdido en la vorágine de ferviente necesidad que su contacto le provocaba, casi pierde el equilibrio cuando la joven se alejó con abrupta velocidad.

—*Sí, y lo harías por ganar, mas yo lo llamaría juego limpio*¹⁰ —rebató ella con tono tenso y cortante, rompiendo con frialdad la cálida burbuja de intimidad en la que se habían sumergido.

Apretando los puños, Nicholas observó cómo ella levantaba la pesada cortina y salía del palco.

—Esto es una despedida, milord. Pues considero que ya no hay nada que decirnos, y espero no tener que volver a tratar con usted —continuó diciendo ella mirándolo altivamente.

Nick observó su rostro iluminado por la luz del pasillo, y le alegró ver sus mejillas ruborizadas; no estaba tan imperturbable y tranquila como quería aparentar.

—¿Eso es una amenaza, milady? —le preguntó arqueando una ceja arrogantemente.

—Tómelo como quiera, su excelencia —le contestó ella mirándolo de arriba a abajo. Para su pesar, el enojo de Nicholas se esfumó bajo ese desafiante escrutinio, que lo dejó alterado y excitado al mismo tiempo; por lo que no pudo evitar quedarse con la boca abierta contemplando su retirada. Ella arqueó a su vez su ceja y, mientras soltaba la cortina, le oyó decir: «Jaque al rey».

3 Texto extraído de *La tempestad*, de William Shakespeare.

4 Texto extraído de *La tempestad*, de William Shakespeare.

5 Texto extraído de *La tempestad*, de William Shakespeare.

6 Texto extraído de *La tempestad*, de William Shakespeare.

7 Texto extraído de *La tempestad*, de William Shakespeare.

8 Texto extraído de *La tempestad*, de William Shakespeare.

9 Texto extraído de *La tempestad*, de William Shakespeare.

10 Texto extraído de *La tempestad*, de William Shakespeare.

Capítulo 12

*Vino y mosto dulces son, lo que quita el motivo
y corazón.
Oseas 4:11*

*Yo os conjuro, oh hijas de Jerusalén,
si encontráis a mi amado, ¿qué le habéis de decir?
Que estoy enferma de amor.
Cantares 5:8*

Más tarde, Nicholas se encontraba en su club tomando un vaso tras otro de *whisky*. Repantigado en un sillón, apoyó nuevamente el vaso vacío sobre la brillante mesa caoba, sin saber por qué se sentía desdichado y frustrado. Aunque, para ser sincero, sí conocía el motivo: era por ella... Sí, su ángel de ojos violetas era la razón de su congoja y abatimiento, pues lo había rechazado una vez más. Y eso, en sí mismo, resultaba todo una novedad.

Su negativa y desdén consistían un hecho inaudito; ya que, sin pecar de arrogante, podría asegurar que cualquier dama en su lugar hubiera llorado de gratitud ante su propuesta matrimonial. Pero ella no era cualquier dama: era diferente y única. No parecía estar suspirando por él ni se dejaba impresionar por su título o su riqueza. Ni siquiera aparentaba estar atraída por su atractivo físico. A diferencia del resto de la población femenina, no buscaba su atención ni pretendía impresionarlo. Tampoco intentaba fingir estar de acuerdo con él. Una sonrisa amarga se extendió por su rostro. Todo esto lo atraía y enloquecía a la vez. Su original y auténtica actitud hacia él le producía un efecto increíblemente devastador, cautivante y hechizante; lo que lo había llevado hasta allí. Realmente no se reconocía sentado bebiendo su pena, sintiéndose miserable y frustrado.

A pesar de esto, no podía dejar de advertir la divertida ironía. Después de

años de sentirse hastiado, aburrido y cansado; de ver cómo bastaba una mirada suya para tener a cualquier mujer a sus pies; por primera vez alguien despertaba su interés lo suficiente como para pedir su mano. Y ella lo rechazaba sin contemplación alguna. «¡Al diablo!», pensó lúgubrementemente. Qué le importaba su desplante; ni que fuera una propuesta auténtica.

Decidido a terminar con su autocompasión, Nick levantó la cabeza para pedir la cuenta y largarse. Entonces vio, sentado varias mesas más adelante, al joven Albright. Parecía tan derrotado como él: cabizbajo, miraba algo en su mano, mientras bebía de su copa. Después de un momento, el conde se puso en pie y, tambaleándose un poco, se encaminó hacia la salida. La mesa de Nick estaba junto a la puerta, así que se preparó para el indeseado encuentro.

—Aaaa..., mira a quién tenemos aquí —le dijo, con voz algo rasposa, el joven al verlo.

—Gauss... —lo saludó esperando que pasara de largo.

Pero él se detuvo y se sentó frente, observándolo penetrantemente, con esos ojos tan idénticos a los de ella. Nicholas sostuvo su mirada, la cual parecía sorprendentemente sobria y peligrosa.

—Hace unos días que buscaba ocasión para intercambiar unas palabras con usted, su excelencia —comenzó el conde con expresión muy seria.

Le sorprendió su seriedad, pues era sabido que el conde llevaba una vida disipada e irresponsable, dedicada a los placeres y a la diversión. No sabía si su hermana estaba al tanto de su reputación. Pero por lo menos, para él, era un desgraciado hedonista.

—Bien, no sé si es el contexto adecuado, pero mejor terminemos con esto —contestó Nicholas encogiéndose los hombros.

—Estoy de acuerdo. No sé cuál es el objetivo de su perverso juego, pero le advierto ahora y de una vez que lo termine y se mantenga alejado de Elizabeth —le respondió el joven con expresión tensa.

—No sé a qué se refiere, aunque confié en que no esté amenazándome —espetó Nick mirándolo indolente.

—Me refiero a que acabe de perseguir a mi hermana. No permitiré que la

lastime ni que juegue con sus sentimientos —dijo a su vez Gauss.

Nicholas se tensó al oírlo —y en otras circunstancias le habría hecho lamentar sus palabras—, pero no podía negar del todo su veracidad pues, aunque no lo quisiera, sin duda su venganza lastimaría a Elizabeth. Miró al conde y admiró su valentía; claramente podía identificarse con él. Porque él mataría al que osara lastimar a Clarissa. No obstante, no podía darle la razón sin descubrir su plan, por lo que se esforzó por aparentar indiferencia.

—No creo haberlo hecho, milord, y no sé en qué basa su acusación —le dijo viendo cómo lo enojaba su respuesta.

—Tal vez en el hecho de que, gracias a usted, el nombre de mi hermana está en boca de todos. Y no olvidemos que ha demostrado interés por ella, cuando es *vox populi* su inminente compromiso con *lady* Emily —lo acusó él con voz dura.

—No puedo responsabilizarme de los cotilleos y rumores. Solo puedo decirle que no he mostrado ninguna inclinación de casarme con su hermosa prima —le respondió Nick evadiendo hablar de su hermana.

—Permítame no creerle. Con mi prima haga lo que quiera, pero no se atreva a acercarse nuevamente a mi hermana. No está sola y si sufre algún daño, me ocuparé de que pague por ello. —Dicho esto se puso en pie.

Nick arqueó una ceja al oír su velada amenaza, mas no pudo responder, ya que el joven pasó por su lado abandonando el lugar. «¡Maldita sea!, las cosas se enredan y complican más a cada momento», pensó mientras hacía lo propio y se dirigía a su carruaje. Trastabillando un poco, subió al coche y se sentó extendiendo sus piernas y recostando su cabeza en el respaldo del asiento.

Con la reciente intervención del conde de Gauss, no solo veía muy difícil, sino imposible, avanzar en su investigación y llegar hasta el marqués. Pero el posible fracaso de su misión, no era lo que escocía su alma ni le hacía sentir ese vacío en el estómago, sino el miedo de verse apartado completamente de la hija. Era hora de ir aceptándolo, ¿para qué seguir negándose lo obvio? Desde el primer momento en que la vio, se sintió intensamente atraído hacia ella. A medida que pasó el tiempo, la atracción dio lugar a una gran pasión. Y

al conocerla más, ese sentimiento fue creciendo hasta convertirse en amor. Sus manos temblaron, al igual que su cuerpo, al caer en su nueva realidad; lo que comenzó como un juego prosiguió en un intento de venganza. Terminó con él total, absoluta e irremediabilmente enamorado de *lady* Elizabeth. La cadena de maldiciones que lanzó logró que el habitual rostro inexpresivo de su cochero, James, se sonrojara escandalizado ante la sorprendente actitud del siempre comedido y correcto duque de Stanton.

Sentada junto a la ventana, Lizzy observaba al jardinero en jefe trabajar en el rosal. La primavera estaba en su esplendor: color y perfume por doquier. Pero a ella todo le parecía oscuro y gris. Decir que aquella estación y el clima no iban con su estado de ánimo estaba de más. Y el causante de su pesadumbre era obvio: ÉL.

Una semana había transcurrido desde su último encuentro. Al parecer, el duque había acatado al pie de la letra sus palabras. Ella le había dicho que no quería tener más trato con él y la había complacido, porque no volvió a saber nada. *Suspiró con tristeza*. Realmente quería convencerse de que era lo mejor. Pero algo en su interior se revelaba ante esa idea. Un golpe en la puerta de su habitación interrumpió sus melancólicos pensamientos.

—Adelante —dijo. Una doncella entró haciendo una reverencia.

—Milady, su padre solicita su presencia —dijo la rechoncha sirvienta de ojos castaños y dulce sonrisa.

—Deja los formalismos, Sara —la reprendió negando con la cabeza, y abandonó su alcoba seguida de la muchacha.

—Lo siento, señorita —dijo apenada.

—Está bien, no te preocupes. Solo que no me acostumbro a los protocolos ingleses, pero olvídale. ¿Mi padre se encuentra en su estudio? —preguntó Lizzy apiadándose de la ruborizada joven.

—Así es, señorita. La está esperando junto a su primo —respondió ella.

Lizzy interrumpió su marcha.

—¿Lord Mousse está aquí? —Al ver que la doncella asentía, juró para sus adentros. *¡Qué rayos!, no quería ver a ese detestable hombre. ¿Para qué querría hablar con ella? Bien sabe que lo desprecio.*

Fermín de Moine era el peor ser humano que había tenido la desgracia de conocer, y eso que en su lista negra figuraban muchos personajes aborrecibles. Desafortunadamente era su primo —al menos por casamiento—, pues él era el hijastro del único hermano de su madre. Cuando su tío Gerard contrajo matrimonio con una joven viuda, aceptó también al hijo de esta como hijo suyo. Por lo que, al morir su tío sin haber engendrado hijos propios, Fermín se convirtió en conde de Mousse.

Lizzy había convivido con él un tiempo antes de ser enviada al cao con su abuela. Aunque más bien, la palabra para describir su estancia con él sería *padecido*, ya que debió soportar su trato malvado y cruel y, a medida en que fueron creciendo, su constante acoso y obsesión amorosa. Ella había rechazado sus propuestas matrimoniales incontables veces mientras vivió en Francia. Luego Fermin se marchó a la guerra y no volvió a saber de él, por lo que pudo respirar aliviada, libre de sus intentos de manoseo. Pero hace unos meses había reaparecido en sus vidas y extrañamente había comenzado un trato asiduo con su padre; cosa en demasía extraña, pues Lizzy no estaba al corriente de que el marqués lo conociera tan bien.

Sin embargo, tenía semanas de no dejarse ver por allí. Más específicamente, desde el regreso de su hermano, lo que ella había agradecido puesto que Sebastien lo detestaba profundamente. Su ausencia la había llevado a suponer de su retorno a Francia; al parecer estaba equivocada.

Al llegar a la puerta del estudio de su padre, se detuvo y tomó aire durante unos segundos. Luego llamó; la voz del marqués le permitió la entrada. Lo primero que vio fue el rostro —habitualmente inexpresivo— de su padre, levemente distinto. Parecía algo inquieto y nervioso. Este al verla se puso de pie, al igual que su primo. Se adentró en la habitación y se detuvo frente al escritorio de su padre.

—Es un placer volverte a ver, primita —lo saludó su primo con su irritante

voz nasal.

—Buenos días, *lord Mousse* —respondió aceptando el beso en su mano y reprimiendo el impulso de limpiarla con su vestido.

Lizzy percibió cómo su saludo impersonal le molestaba, aunque lo disimuló tras una sonrisa falsa.

Él estaba como siempre: vestido completamente de negro, tenía el cabello colorado perfectamente peinado y la misma mirada cínica y cruel en esos ojos negros. Su padre le indicó que tomase asiento, y luego se sentó tras su gran escritorio de caoba. Elizabeth clavó la vista en él, ignorando deliberadamente a su desagradable primo.

—Bien, hija, es mejor ir directamente al grano —anunció William rompiendo el silencio.

—Dime, padre —respondió Lizzy comenzando a inquietarse ante su actitud.

—Te he llamado para informarte, cuanto antes, de que he decidido conceder tu mano en matrimonio a *lord Mousse* —continuó el marqués desviando un poco la vista hacia abajo.

Lizzy sintió el impacto de esas palabras como una puñalada directo al corazón. Se tomó con una mano el pecho, casi sintiendo el dolor. *No podía ser cierto, tenía que haber escuchado mal.*

—¿Qué has dicho, padre? —indagó con voz temblorosa y el rostro blanco.

—Lo que escuchaste, Elizabeth: te casarás con Moine. Él ha esperado mucho tiempo por ti y fue muy paciente al dejar que vinieras a Inglaterra y tuvieras tu presentación en sociedad —ordenó el marqués señalando al conde.

Lizzy se levantó con una exhalación, mirando la sonrisa satisfecha del conde y la expresión inflexible de su padre.

—¡No puede hacerme esto, padre! No soportaré si me entrega a él —exclamó Lizzy conteniendo las lágrimas.

—Harás lo que te diga, ya bastante flexible fui al permitir que llegaras soltera a esta edad. Te advertí que escogieras a un esposo. Ahora ya no tienes esa opción; esta noche se anunciará tu compromiso, y en una semana se

celebrarán los esponsales —continuó diciendo su padre.

—¡No lo haré, nunca me casaré con este monstruo! —respondió incrédula Lizzy elevando la voz.

—¡Ya basta!, deja el drama. El conde será un buen marido —la reprendió él, perdiendo la paciencia.

—*Lady Elizabeth*, se angustia en vano. Ya hemos firmado el contrato matrimonial: el enlace es un hecho. Inmediatamente después del mismo, partiremos hacia Francia —dijo el conde con petulancia, tomando su mano entre las suyas.

—¡Suéltame!, no pienso ir con usted a ningún sitio —respondió soltándose de su agarre con un violento tirón.

—¡Suficiente! Termina este escándalo: te casarás. Es eso o te enviaré a un convento en Francia. Ya no toleraré tu impertinencia ni tu rebelde comportamiento —le exigió William con el rostro furioso. Ella miró a su padre unos segundos: su expresión dura e irritada dio a entender que era como decía. Él nunca había estado cuando lo necesitaba; solo la había soportado desde su nacimiento.

—Entonces, prepararé mi equipaje ahora mismo, puesto que prefiero entregarme a Dios que ser la esposa de esta escoria —declaró Lizzy tomando la falda de su vestido de muselina azul para salir corriendo de la habitación, antes de darles la satisfacción de verla llorar.

Corrió por el vestíbulo oyendo los gritos de advertencia de su padre. Pero no se detuvo, sino que continuó hacia la puerta de entrada. Estaba a unos pasos de llegar, cuando un fuerte tirón la hizo detenerse con brusquedad.

—¿A dónde crees que vas, prima? —preguntó en voz baja y amenazante Moine.

—¡Suéltame!, ¡no me toques! —le espetó Lizzy desencajada, tirando de su brazo para liberarse. Pero él la giró con violencia para estamparla contra la pared, lo que provocó que sus pulmones perdiesen el aire abruptamente.

—Tengo la impresión, prima, de que no has entendido quién da las órdenes ahora y quién obedece —le dijo cerniéndose sobre ella hasta pegarse a su

cuerpo. Su otra mano subió por su estómago, rozó sus senos y se quedó sobre su cuello, donde comenzó a apretar obstruyendo su aire levemente, provocando que el miedo brillara en su mirada—. Así está mejor, preciosa. Sabes, mi intención era casarme contigo al fin de la temporada para poder cortejarte con tranquilidad. Pero tú misma te encargaste de arruinar mis nobles intenciones y por eso me vi obligado a acelerar un poco este asunto. —Siguió mirándola fijamente; sus ojos mostraban una expresión de enojo y crueldad.

—Estás... loco..., Fermín —respondió con dificultad Lizzy, intentando absorber aire con desesperación, al tiempo que se debatía para soltarse.

—¿Loco, loco? No, *aucun ma petite*. Si hay algo que no soy es un demente; todo lo contrario. En realidad sé lo que quiero: acceder a las más altas esferas inglesas y sé lo que deseo: a ti, *mademoiselle*; y nada ni nadie puede impedirme obtenerlo. Si algo se atraviesa en mi camino, simplemente lo elimino. ¿Crees que no sé que te has dedicado a tontear con el imbécil duque de Stanton? Si no quieres que le suceda algo muy malo a ese arrogante entrometido, espero que te mantengas apartada de él. Tú, mi querida, serás mi esposa; serás mía y, entre más ágilmente lo comprendas, mejor —le advirtió el francés. Sus ojos negros destilaban maldad y un febril calor que le causó escalofríos de terror.

A continuación, su primo la liberó y dio un paso atrás. Elizabeth se separó de la pared y llevó una mano a su dolorida garganta. Sin perder tiempo, volteó hacia la puerta, pero la voz de Moine la detuvo una vez más.

—Una cosa más, querida. Si nuestra interesante conversación no disipó todas tus objeciones con respecto a nuestra inminente unión, espero recuerdes que, como conde de Mousse, tengo a mi merced a nuestra insufrible abuela: Margot está a mi cargo. Elizabeth; sabes que la detesto y si eso no te convence, siempre puedo infringir daño a tu detestable hermanito. Eso no me supondrá esfuerzo alguno, ya que hace años que deseo deshacerme de ese malnacido. Que pases buenos días, prometida. —Terminó el conde con una sonrisa cínica en su cara.

Lizzy se alejó tambaleante: sus pies se movieron con autonomía propia

alejándose de allí, mientras su mente corría en un auténtico caos interior. Sabía que las lágrimas desbordaban sus ojos y sus mejillas, pero no le importaba quién pudiese ser testigo de su dolor.

Su mayordomo abrió los ojos sorprendido, pero al ver que no tenía intención de frenar, abrió la puerta para ella. Elizabeth bajó sin fijarse en los escalones y continuó huyendo por la acera y las calles, esquivando personas, carretas y carruajes. Finalmente, paró su huida desenfrenada en el centro de Hyde Park. Bajando la velocidad, se internó tras la espesura de los árboles.

Su necesidad imperiosa de escapar llevó sus pies hasta ahí. A pesar de esto, sabía que no podría escapar del infierno que le aguardaba. Si no se casaba con su primo, podía afectar a su abuela o a su hermano. Pues detrás de la decisión arbitraria de su padre, pudo ver desesperación e intereses ocultos. Sin embargo, lo que le aterrorizaba más que nada era la vil amenaza que Fermín había hecho sobre el duque. Solo de imaginar que algo malo pudiese sucederle le retorcía de temor las entrañas.

Cuando estuvo lejos de todo ojo indiscreto, cayó de rodillas y dio rienda suelta a su llanto. Lloraba por sentirse impotente, frustrada y maltratada. Lloraba por sentirse vulnerable y desprotegida ante su padre y su primo. Lloraba por temor e incertidumbre ante su futuro. Lloraba porque se sentía muy sola y extrañaba a su madre más que nunca. Lloraba por ver sus sueños e ilusiones perdidos. Pero sobre todas las cosas, lloraba por él. Porque demasiado tarde había entendido cuán equivocada estaba.

Ella, que creía que proteger su corazón e independencia era lo más importante; ella, que creía ser la dueña de sus sentimientos y sus deseos; con una sola palabra de su padre, comprendió que solo se engañaba. Pues saber que él ya no sería su destino, que no formaría parte de su mañana, había impactado en su interior, como el mar contra la orilla, arrasando con todo a su paso, dejándola desnuda y expuesta ante la innegable realidad. El calor que irradiaba desde su interior y la quemaba por dentro solo podía definirse de una forma: como amor. Era una completa locura, pero al fin lo podía ver. Su necesidad de él crecía a cada segundo. Se sentía enferma de amor, necesitada

de él, que era su medicina. Lo amaba con cada fibra de su ser desde el mismo segundo en que sus ojos se posaron en ella. Lo amaba irremediable, total y perpetuamente. Su alma y su corazón le pertenecerían siempre. Y él no se enteraría. Nicholas Bladeston jamás llegaría a saber que Elizabeth Albright lo amaba más que a su propia vida, más que a nada. A pesar de los peros, los contras o los tal vez, su corazón era suyo. Y el duque ni siquiera podría imaginarlo.

Capítulo 13

*Alma mía, recobra tu calma; en mis ojos hay lágrimas,
mis pies han caído. Porque me han arrancado el alma.*

Salmos 114:7

*Me envolvieron redes de muerte,
me alcanzaron los lazos del abismo. Caí en tristeza y angustia.*

Entonces invoqué su nombre, y dije:

“Señor sálvame”.

Salmos 114:3-4.

Nicholas bajó del carruaje intentando disimular su mal humor. Con un suspiro contrariado se giró y ayudó a bajar a su madre, a su hermana y, por último, a *Lady Asher*. Ella le agradeció y le lanzó una seductora mirada con sus ojos color verde jade. Nicholas la ignoró y le ofreció su mano para caminar hasta la casa.

En la puerta los esperaba un muy elegante Steven. Él extendió un brazo a Honoria y otro a Clarissa, y muy sonriente las guio hacia dentro. Quedando un poco rezagados a Nick, no le quedó otra opción que soportar la presencia de *lady Emily*. No es que estar con ella fuese una tortura; la joven tenía una conversación inteligente y físicamente era magníficamente bella, pero representaba el intento de manipulación de su madre. Honoria no tenía mala intención y solo quería verlo establecido.

Sin embargo, esta vez se pasó de la raya imponiéndole la compañía de la dama y comprometiéndolo a ser su acompañante en aquel dichoso baile. No podía tolerar que su madre intentara manejar sus decisiones y acciones. Y tampoco estaba de humor para fingir no saber que *lady Emily* solo estaba interesada en él por ser un buen candidato y nada más.

—Es una noche preciosa, ¿no cree, su excelencia? —dijo la joven mientras

se acercaban a la escalinata de la entrada, con tono coqueto.

—Así es, milady —concordó Nick, evitando continuar la charla. Ella se puso rígida, su sonrisa se tensó. Sin entender el motivo, Nicholas pudo percibir una extraña actitud en la joven: parecía desesperada por agradarle.

—*Lord Stanton*, ¿cree que... —comenzó a decir Emily cuando arribaban a las grandes puertas de ingreso a la mansión, siendo interrumpida por el recibimiento de los duques de Malloren.

Luego de saludar a los anfitriones, ingresaron al salón de baile, el cual estaba a rebosar de gente bailando, bebiendo y conversando. Guiando a Emily por el lugar, localizó rápidamente el cabello dorado de Steven, por lo que se encaminó hacia allí.

La duquesa se encontraba conversando amigablemente con una matrona exageradamente ataviada. A su lado, Clarissa permanecía insólitamente callada mientras miraba a Steven, quien parecía estar flirteando descaradamente con la hija de la dama. «Qué diablos le sucede», pensó Nick observando las mejillas intensamente ruborizadas de su hermana menor. Cuando llegaron hasta ellos, dejó a Emily junto a su hermana. Entonces, vio la expresión tensa que ahora esbozaba Steven y olvidó el comportamiento de Clarissa. Clavó la vista en el conde transmitiéndole su pregunta; él le hizo una imperceptible seña, que le decía que algo no iba bien.

—*Lady Asher*, Clarissa, las dejamos un momento para ir en busca de refrigerios —dijo Nick apresurándose a buscar una excusa.

—Claro, excelencia, es usted muy amable —agradeció Emily ante el silencio de su hermana.

Con un asentimiento, Nick se separó de ellas, precediendo la marcha. Steve lo siguió hasta posicionarse a un costado de la mesa de bebidas, donde una gran planta les permitía ocultarse a la vista de los invitados. Nicholas se apoyó contra la pared, mirando hacia la pista de baile, donde las parejas giraban bailando una contradanza.

Y en ese instante la vio; el aire abandonó sus pulmones por el impacto que causó en él aquella preciosa imagen. Sus ojos la recorrieron entera,

absorbiendo cada detalle. Su cabello, brillando bajo la luz de las velas, recogido parcialmente; su bello cuerpo, delineado por un elegante vestido de seda ámbar. Estaba absolutamente preciosa. Cada vez que posaba sus ojos en Elizabeth, se asombraba por su belleza. Ella lo había cautivado por completo, pero no solo por su aspecto físico, sino por sus múltiples cualidades y virtudes: la generosidad de su corazón, su preocupación por los demás, su alegre risa, su refrescante sinceridad, la pureza de sus pensamientos, su autenticidad —libre de fingimientos y artificios—, sus firmes opiniones, su tenaz carácter y sus grandes valores. Porque cuando estaba con ella, sus ojos lo veían a él y solo a él; no al duque ni al heredero ni al hombre rico y poderoso.

Y por supuesto también, por sus defectos: su voluble temperamento, su impaciencia, su testarudez, su costumbre de abstraerse y buscar soledad. Pero, sobre todo, por lo que le hacía sentir: felicidad, vida, esperanza y paz. Hizo una mueca, realmente su manera de observarla rayaba la obsesión. Parecía un sediento que encontró una rica bebida. Pero cuando ella giró, pudo ver que su rostro estaba muy pálido; sus bellos ojos, apagados y tristes. Aunque era obvio que intentaba disimularlo, a él no podía engañarlo. Se enderezó preocupado y sintió que Steve le ponía una mano en el hombro.

—Escucha, Nick, esto es lo que quería decirte: él está aquí, ha venido al baile con ella. Ni bien entré los vi junto a su padre y a su hermano —dijo él susurrando.

Nick frunció el ceño mirando a su amigo, sin entender, y luego a Elizabeth. Ella hacía una reverencia a su compañero de baile, el cual estaba parcialmente tapado por los demás bailarines. Y fue en ese momento cuando pudo ver una pálida y delgada mano descender por su espalda, para terminar posicionándose posesivamente en la cintura de la joven. Nicholas se tensó y cada músculo de su cuerpo se puso en alerta. La pareja comenzó a abandonar la pista; pudo ver el rostro del hombre y lo que vio disparó la alarma, el odio y la furia por cada poro.

—¡Qué hace ese bastardo con mi mujer! —gruñó separándose de la pared,

dispuesto a matarlo.

—Nick... Nick, tranquilízate. Es lo que he intentado decirte: ella vino con él. Justo al llegar, la amiga de tu madre le decía que él había vuelto a la ciudad. Al parecer, Moine es una especie de primo y vino a casarse —dijo Steve interponiéndose en su camino, tratando de calmarlo.

Al oír la palabra *casarse*, Nicholas se paralizó. «Oohh, Dios, no, que no sea cierto. No puede ser, no la puedo perder ahora», pensó sintiendo su corazón retumbar por el pánico. Apartó a su amigo a un costado, salió de su improvisado escondite y buscó con la vista a Elizabeth. Tenía que encontrarla: era necesario que ella supiera que la amaba, que era su ángel y su razón de ser.

Rápidamente, localizó a su hermano: el conde estaba conversando muy animado con una muy sonrojada Clarissa. *Demonios, eso no le gustaba nada.* Hasta lo que sabía, Gauss podía ser el asesino. Y en el mejor de los casos, era un mujeriego empedernido. Definitivamente, no quería a su hermanita cerca de él. Pero en ese momento no se podía ocupar de eso. Le lanzó una mirada a Steven, que enseguida captó su pedido, y se dirigió con paso lento pero decidido hacia la pareja.

Steven asintió ante el implícito pedido de su amigo y, viéndolo perderse entre los asistentes, se encaminó hacia donde se encontraba la pequeña Clarissa. Mientras se acercaba notó, no sin asombrarse, que la muchacha estaba muy hermosa. Y si se basaba en la escena que sus ojos presenciaban, no era el único hombre que se había percatado; el conde de Gauss parecía estar lanzando todo su arsenal de conquistador, a la vez que la miraba con evidente lujuria. *Maldito libertino.*

—¡Lady Clarissa!, por fin la encuentro. Oh, Gauss, buenas noches, no lo había visto. Me sorprende encontrarlo por aquí, no es usted asiduo de estas inocen... —mintió Steve interrumpiendo con impertinencia e interponiéndose con disimulo entre ellos.

—¿Qué quiere, *lord* Steven? —lo cortó Clarissa de mal modo, rodando los ojos con molestia.

—¿Saludar? —Probó el conde con una sonrisa angelical, mientras recibía

una mirada fulminante de parte de la joven y una elevación de ceja de su acompañante—. Está bien, de acuerdo. He venido a buscarla porque su madre requiere su presencia —claudicó Steven, antes de que ella lo mandase a paseo, diciendo lo primero que se le ocurrió y componiendo un gesto inofensivo.

—¡Eso es una vil mentira! ¿Te ha enviado mi hermano, verdad? —exclamó ofendida y furiosa Clarissa, pero un: «Su atención por favor» proveniente del escenario, donde los músicos tocaban, salvó al conde de tener que responder su justificada réplica.

Aliviado, Nicholas siguió con la búsqueda de Elizabeth y su pareja. Barrió todo el salón, pero no halló rastro de ellos. A su cabeza vino el recuerdo de una apasionada Elizabeth en un balcón. «Ohhh, si se atreve a tocarme un cabello, es hombre muerto», pensó enfureciéndose ante la sola idea. Giró para dirigirse a la terraza, cuando un alboroto llamó su atención. Todos los invitados miraban hacia el lugar donde se ubicaba la orquesta, susurrando y señalando.

Entonces, la vio y sus miradas se encontraron a la distancia. La de ella era vacía y sin brillo: aunque bajó su vista rápidamente a sus pies, estaba mortalmente pálida y sus dedos sostenían inertes una copa de champán. A su lado, *lord* Mousse y el marqués de Arden esperaban que los invitados se congregaran frente a ellos.

Nick observó los gestos arrogantes y presumidos de Moine, el rostro habitualmente serio de Arden y a la joven, que aparentaba tranquilidad. No sabía qué sucedía; dio un paso hacia ellos. Pero lo que escuchó a continuación lo detuvo en seco, helándole su sangre y dándole la sensación de que su alma era arrancada de su cuerpo.

—Su atención, por favor. Es un placer para mí comunicarles que *lady* Elizabeth Albright, hija del marqués de Arden, ha aceptado ser mi esposa.

Cuando Lizzy oyó las palabras que oficializaban su compromiso con Mousse, sintió ganas de vomitar. Su desagradable proximidad la enfermaba y encolerizaba al mismo tiempo. Sin embargo, mientras los vítores resonaban

por el salón y su primo la presionaba para que bajara del improvisado escenario, Lizzy podía sentir la mirada del duque quemándola.

Ni bien había llegado al baile, buscó su rostro entre la multitud sin hallarlo. Y de algún modo supo que él no se encontraba allí. Eso la alivió de cierta forma, pues no quería verlo. Ya que de hacerlo, seguramente se derrumbaría a sus pies, le confesaría todo y cedería a su deseo de pedir su ayuda; lo que definitivamente sería un terrible error que siempre lamentaría.

Al llegar la hora de anunciar el compromiso, esa sensación que percibía cuando él estaba cerca regresó. Y estando parada frente a todos, levantó la vista y lo vio. Su rostro y sus ojos reflejaban diversas emociones: parecía preocupado, furioso, nervioso, ansioso, frenético y conmocionado.

Ella quiso correr hasta él, lanzarse a sus brazos y pedirle que jamás la soltase, y llamarlo y decirle: «Sálvame, Nick. Rescátame de este tormento, de mí misma y de todo». En su pecho, la esperanza pugnaba desesperadamente por salir, pero la realidad pesaba más sobre ella, hundiéndola hasta el fondo en su tristeza.

Entonces, Lizzy vio cómo sus ojos, esos hermosos luceros azules que, sin importar cuánto tiempo pasase o distancia hubiese, nunca podría olvidar. Se desviaban y miraban al conde y luego a su mano, que la sostenía posesivamente. Su semblante se demudó y se transformó en una fría máscara. Hasta ahí pudo soportar mirarlo, pues no fue capaz de sostener la vista en él por más tiempo.

Si es que pretendía mantenerse en pie y conservar por lo menos su dignidad. Ya que todo lo demás ya lo había perdido: la esperanza, la alegría y la felicidad, sus sueños, sus ilusiones y su futuro. Y lo más doloroso: le habían arrebatado el amor. La posibilidad de amar y ser amado se la habían quitado a él.

La mano huesuda del conde le presionó dolorosamente su costado, advirtiéndole que se comportara y pusiera buena cara, tal y como esta mañana lo había hecho. A penas puso un pie en la casa, lo encontró aguardándola. Y sí tenía esperanzas de que aquel canalla pudiera haber cambiado, rápidamente

las perdió cuando Moine le recordó muy cruelmente que se casara con él, o él se encargaría de dejar en la ruina a su amada abuela Margot .Y bien podría hacerlo, puesto que él era el cabeza de familia y Margot dependía de él, en todos los sentidos. Su vil amenaza pronto logró su objetivo. Margot, después de su hermano, era lo que más amaba en este mundo. No solo era su abuela, era mucho más que eso: había sido su madre, su guía, su todo. Y lo seguía siendo; nunca la arriesgaría.

Una vez abajo, muchos invitados se acercaban a felicitarlos. Lizzy recibía sus saludos evitando en todo momento mirar hacia donde sabía estaba el duque, y rogando en silencio que no se le acercara. Pero su ruego cayó en saco roto, porque al mismo tiempo que sintió cómo el agarre del conde se intensificaba, oyó su voz a solo un paso.

—*Lady Albrighth, lord Mousse.* Permítanme felicitarlos —dijo el duque, con tono seco. Los ojos de Lizzy volaron hacia él, mientras posaba su mano en la suya y le devolvía el saludo con una reverencia. Su rostro se mantenía inexpresivo, pero sus ojos lanzaban dardos. La mano de ella tembló en la suya; el duque, arqueando una ceja, la soltó y se enderezó.

—Gracias, su excelencia. La verdad es que no creo en mi buena suerte aún —anunció Mousse en tono pomposo mirando al duque.

—Qué coincidencia, justamente tampoco lo hago —respondió él mordaz. El francés lo miró intentando ocultar su furia y, apretando los dientes, se giró a saludar a las personas que seguían acercándose.

—Por favor, no lo hagas... Vete —le rogó Lizzy al duque en un susurro.

—¿Qué no quieres que haga, milady? ¿No quieres que arruine tu compromiso? ¿O tal vez que le cuente a tú prometido sobre nosotros? O ya sé, ¿que no te reproche tu engaño y el hecho de que hayas jugado conmigo? —indagó él en voz baja y tensa.

Elizabeth recibió sus palabras como una bofetada: sintió su mundo colisionar y derrumbarse y solo atinó a guardar silencio y rehuir su mirada.

—¿Así será pues? ¿No te defenderás? ¿Nada de lágrimas ni explicaciones? —continuó diciendo el duque con dolor y decepción. La voz del conde,

despidiéndose de las personas que lo mantenían ocupado, interrumpió el tenso momento.

—Perfecto, hasta nunca, *lady* Albright —espetó Nicholas dedicándole una mirada despectiva. Sus últimas palabras terminaron de matar toda vida en su interior. Sintióse desmayar, Lizzy levantó la vista a tiempo para observar la espalda del duque alejándose. Todo a su alrededor dio vueltas sin control, como si su cuerpo cayera en un profundo abismo. Justo a tiempo apareció su hermano que, apresurándose a sostenerla, impidió que se perdiera en él.

—¿Qué diablos sucede, Lizzy? —dijo Sebastien ignorando a su primo, que los miraba enojado—. Me ausento una semana y al volver me recibes con la noticia de que te casas con esta basura —siguió diciendo él.

—Yo que tú, cuidaría cómo te diriges a mí. Pronto tendré el control sobre tu hermana y no creo que te guste que ella pague gracias a tu insolente lengua —le dijo el conde con mirada cruel.

—¡Maldito bastardo... Si la tocas, te mataré! —escupió Sebastien intentando abalanzarse sobre el conde.

—¡No, por favor! Detente, Sebas —dijo Lizzy interponiéndose—. Cálmate, él tiene razón: no hay nada que puedas hacer. Padre ya firmó los papeles y el contrato. En una semana seré su esposa —lo frenó Lizzy con tono firme y sombrío. Sebastien reprimió las ganas de borrarle con un puño esa cara de satisfacción a ese maldito. Pero viendo la angustia de su hermana, se reprimió. El conde, notando que varios invitados comenzaban a percatarse de la discusión, les lanzó una mirada de advertencia, se alejó y los dejó solos.

—¡No, no! No puede ser. Algo se puede hacer. No permitiré que te casen con este malnacido. ¡Nuestro padre me oirá! —dijo enfurecido su hermano.

—No creo que lo haga. Me amenazó con encerrarme en un convento, cosa que aceptaría gustosa, pero no puedo, ya que Fermín me advirtió que si no acepto su propuesta, desamparará a la abuela y le hará daño —respondió Lizzy derrotada.

—Aun así, no podemos quedarnos de brazos cruzados y resignarnos... — Sebastien interrumpió su acalorada respuesta, al ver el pequeño rostro de su

hermana perder el poco color que conservaba. Siguió la dirección de su mirada para ver cómo el duque de Stanton abandonaba el salón, llevando del brazo a su prima Emily. En su semblante, apareció un gesto de abierto desprecio—. No te preocupes, ángel, tu duque no es tan necio como parece. Sabrá reconocer la codicia cuando es tan evidente y no morderá el anzuelo de esa arpía —dijo con mordacidad su hermano.

Elizabeth no estaba tan segura; el interés de su prima en Nicholas era obvio. Desde que esta había regresado del campo, no había cejado en su empeño de conquistarlo. En cada baile en el que habían coincidido, su prima se aseguraba de bailar con el duque; era vista en compañía de la hermana menor de él continuamente y el rumor de un inminente compromiso entre ellos era la comidilla de los nobles. Además, siendo ella ahora una mujer comprometida, no tenía derecho a esperar nada del duque. Si el decidiera comenzar un cortejo con Emily, no tendría otra opción que aceptarlo. Su razonamiento le instaba a hacerlo, mas su corazón se negaba gritando su oposición, y el dolor era tan lacerante que amenazaba con desquiciarla poco a poco.

Nicholas abandonó el salón de baile con la ira a flor de piel; sin detenerse a pensar demasiado, había solicitado la compañía de *lady* Asher, y se dirigían hacia los jardines de la mansión. Al salir a la gran terraza, la brisa nocturna acarició su piel calmando un poco su exaltación, pero no su frenesí emocional. *Lady* Emily le propuso acercarse al rosal de *lady* Malloren y él, con la mente vuelta un torbellino, la condujo hacia allí. Una vez estuvieron frente a las rozagantes rosas, soltó el brazo de la joven. Ella se colocó de cara a él y de pronto se percató de que se encontraban a solas y su posición los reguardaba de miradas indiscretas.

Nada le impedía acercarse a la dama —quien parecía mirarlo expectante— y, tal vez, besarla hasta lograr estabilizar su mundo revolucionado. Decidido a hacerlo, se acercó a la muchacha y, notando su actitud complaciente, tomó su nuca y tiró de ella hasta quedar a un roce de sus gruesos labios. Y esperó, aguardó, se paralizó deseando sentir ese fuego recorriendo sus venas, ese

frenesí de necesidad desbordante, aquel estremecimiento de sus sentidos, mas nada sucedió. La desesperación lo traspasó y la desolación quemó su pecho. *No era su boca, no eran sus brazos, no era ella.* Y nunca más lo sería; la traición de Elizabeth había terminado con todo, había destruido cada sueño y deseo resguardado en su maltrecho corazón. Aturdido y vulnerable, Nicholas quitó su mano del cuello de *lady* Emily y, musitando un: «Lo siento», se giró y abandonó el jardín velozmente. Por su mente pasó el pensamiento de que, en cierta manera, él también la había traicionado, no había sido sincero con ella y además había tratado de convertirla en el objeto de su estúpida venganza; pero aun así, saber que se entregaría a otro, que jamás sería suya, que la había perdido para siempre dolía, dolía demasiado.

Capítulo 14

*En todo tiempo ama el amigo,
y es como un hermano
en tiempo de angustias.*

Proverbios 17:17

Que el amor de la hermandad permanezca siempre.

Hebreos 13:1

Si alguien pudiera verlo en aquel momento, apostaría lo que fuera a que no lo reconocería. Pero no podía importarle menos. Realmente, esta mañana había amanecido con un humor de perros, muy similar al talante habitual de su amigo el duque.

El carruaje frenó frente a la mansión del susodicho; bajó rápidamente sin esperar la ayuda de su lacayo. El mayordomo de Nick le abrió las grandes puertas y se limitó a hacerse a un lado para dejarle libre paso. Le sorprendió ver que no se molestaba por su irrupción como a menudo, sino que en su rostro se veía alivio. Rápidamente, entregó su sombrero y se encaminó hacia la majestuosa escalera de mármol.

—*Lord* Baltimore, su excelencia no se encuentra en sus aposentos —le dijo a su espalda el sirviente.

—¿Está en su estudio tan temprano? —le preguntó Steve deteniendo su marcha.

—Así es, milord. *Lord* Bladeston lleva encerrado allí dos días completos —respondió él con tono preocupado.

—Maldita sea, lo sabía —dijo Steve cambiando el rumbo hacia el estudio de su amigo.

—Gracias a Dios que ha venido usted. El duque no ha probado bocado

alguno y ha rechazado categóricamente nuestros intentos de ingresar al lugar —manifestó el mayordomo siguiéndolo por el pasillo.

—No se preocupe, Smith, lo solucionaré. Solo le pido que prepare agua para el baño y un rápido desayuno. —Le encomendó Steve empujando con decisión la puerta del estudio.

Sin embargo, nada lo preparó para la imagen que encontró al entrar. Nicholas estaba frente a la chimenea apagada, acostado boca abajo sobre el suelo alfombrado, cuan largo era. Sostenía en su mano inerte una botella vacía, iba descalzo y completaba su desastroso atuendo un arrugado pantalón y una camisa mal abrochada. A simple vista se podía notar que estaba completamente borracho. Y si no lo deducía por su aspecto, la habitación lo confirmaba, pues era un total caos: botellas diseminadas por doquier y los muebles volcados y repartidos por la habitación, como si hubiesen sido estrellados contra las paredes. Era obvio que su amigo estaba peor de lo que creía. Jamás lo había visto ni borracho ni tan siquiera despeinado. Y he aquí un hombre absolutamente irreconocible. No existían dudas de que esa mujer lograba que él alcanzase límites insospechados. Sí que el amor lo había golpeado o, más bien, llevado por delante y arrollado.

Negando con la cabeza, Steven se agachó junto a él y lo sacudió con fuerza. Él se removió inquieto, pero no se despertó. Poniéndose en pie y lanzando un suspiro, el conde lo pateó con la punta del pie. Nick se sacudió sobresaltado, pero luego continuó durmiendo sin inmutarse. Sintiendo que por una vez su paciencia se agotaba, Steven localizó a un costado una copa que aún conservaba agua. De inmediato, la tomó y sin miramientos la vació en la cara de su amigo. Este, al sentir el líquido sobre su piel, se levantó de golpe farfullando y escupiendo agua.

—¿Qué demonios! ¿Qué haces aquí, Baltimore? No estoy disponible para nadie, vete —le dijo furioso cuando logró enfocarlo.

—¿Qué hago aquí? Hasta yo me lo pregunto. Supongo que cumpliendo con mi deber de amigo —respondió encogiéndose de hombros.

—¿De qué diablos hablas? ¡Dios! —renegó a su vez el duque llevando las

manos a su cabeza, cerrando sus ojos.

—Hablo de que, a mi pesar, no puedo evitar entrometerme para impedir que arruines tu vida por completo —dijo el conde ayudando a su amigo a ponerse en pie y llevándolo con dificultad hasta uno de sus grandes sillones apostados frente a la chimenea.

—No sé a qué te refieres puntualmente, pero si es a lo que creo, olvídale: es demasiado tarde, ya no hay nada que hacer —balbuceo Nick recostado en la silla con rostro pálido.

—De verdad no puedo creer ¡que justo tú estés diciendo esto! ¡Te has convertido en un pusilánime! ¿Es en serio? ¿Vas a rendirte así de fácil? —lo atusó Steve mirándolo reprobatoriamente.

El duque hizo una mueca agria ante el comentario de su amigo, pero se mantuvo impassible, con la mirada perdida y con su rostro chorreando agua. Steve, frustrado, lanzó un bufido exasperado. Aun así, haría un último intento, pues era más que obvio que Nick se sentía desgraciado.

—Bien, allá tú —soltó encaminándose hacia la puerta—. Si quieres ser un desgraciado infeliz toda tu vida, ¡adelante! —Silencio fue la única respuesta que obtuvo. Rodando los ojos, decidió usar artillería pesada con su tonto amigo—. Pero eso sí: no olvides agregar a tu lista de asombrosas cualidades la palabra *co-bar-de* —deletreó provocándolo.

—¡¡Ella no me quiere!! —rugió el duque levantándose y apretando las manos junto a su cuerpo en fuertes puños.

—Sabes de sobra que no es así, ¿por qué insistes en engañarte? Si es por la misión, olvídale, amigo. Jason era nuestro hermano, sí; pero justo por eso, no le gustaría verte así. Y en última instancia, ella no es su padre. Tu enemistad no es con Elizabeth, olvida esa venganza de una vez —rebató Steven girándose hacia él.

—Tú no lo entiendes; ella no me ama, pues aceptó casarse con ese bastardo. No puede ser tan inocente. Si quiere unirse a la basura de Moine... Realmente jugó conmigo mientras pensaba comprometerse con ese asesino. Ella misma lo confirmó: me dijo que no interviniera y me echó de su lado —

adujo el duque con expresión dolida y desesperada.

Steve lo estudió en silencio durante unos segundos; luego avanzó un paso y apoyó la mano en su hombro.

—¿Sabes?, muchas veces oí eso de que el amor te vuelve estúpido y viéndote puedo confirmarlo, porque hasta el más imbécil podría haberse percatado de que *lady* Elizabeth no estaba nada complacida con ese compromiso —comentó, escondiendo para sí lo mucho que se estaba divirtiendo con la postura perpleja que esbozaba su amigo.

—¿En verdad lo crees así? —le preguntó Nick frunciendo el ceño.

—No estaría aquí si así no fuera; créeme, salta a la vista que esa joven te ama. —Terminó Steve comenzando a recuperar su buen humor, ante la expresión desconcertada de su amigo.

—Aunque fuese el caso, es demasiado tarde. Las amonestaciones para el enlace se publicaron hace dos días, y la ceremonia debe estar comenzando en este momento —dijo desalentado el duque, tirando de su pelo. Su mirada abatida no se despegaba del suelo alfombrado.

Steve suspiró suplicando paciencia.

—Bueno, me rindo, como tú digas. Es evidente que te has resignado a llevar una vida infeliz. Si además puedes vivir con el hecho de que no ser por tu terquedad, Elizabeth podría haber tenido una vida plena y feliz. —Se encogió de hombros con indiferencia—. Quién soy yo para discutirlo. —Tal y como esperaba, el as que había guardado bajo la manga logró el efecto deseado, porque su amigo levantó la vista de inmediato y la clavó pensativo en él. —Tienes media hora para recuperar tu imagen de duque —lo apremió segundos después, corriendo tras de él.

Nick subió como un rayo las escaleras y corrió por el pasillo hasta su habitación; una vez allí, comenzó a arrancarse la ropa desesperado *¡Maldición, maldición, maldición! Cómo pudo ser tan idiota.* A su cabeza venía la imagen del rostro desesperado de Lizzy en la fiesta: su expresión devastada al oír todas las sandeces que él le dijo.

Rápidamente se sumergió en la bañera y se lavó con frenesí. Si la perdía,

sería absolutamente su culpa y no podría perdonarse jamás.

—¡Dios!, por favor, por favor, por favor, dame una oportunidad. No permitas que la pierda. La amo, la necesito y ahora que entendí que ella siente lo mismo, no puedo perderla. Por favor, te lo suplico —rogó una y otra vez mientras se vestía.

—Tu montura te espera en la puerta; yo te seguiré en mi carruaje. Qué bueno que te lavaste, porque apestabas terriblemente —señaló Steve entrando con una bandeja de desayuno mientras mordía una tostada.

—Pues tú no te quedas atrás, ¿qué te sucedió? —respondió Nick terminando de anudar su pañuelo, ya fuera de la bañera. Rápidamente tomó un sorbo de té, observando el aspecto desaliñado de su amigo, quien solía cultivar una imagen algo desestructurada, juguetona y rebelde. Sin embargo, estaba hecho un completo desastre.

—Ni me lo recuerdes, ahora no es el momento. Pero solo te diré que mientras tú abandonabas airado el baile, yo pasé una noche infernal intentando mantener alejada a tu traviesa hermanita del desgraciado libertino de Gauss —dijo Steven disgustado.

Nick lo escuchó a medias por su prisa de partir. En un santiamén estuvo afuera montado en su caballo.

—Steve, nos vemos allí.

—Por supuesto, ve. ¡Apresúrate! —lo urgió el conde bajando la escalinata, yendo a su coche.

Nicholas asintió tirando de las riendas pero, antes de emprender la marcha, volteó hacia atrás.

—Y, Steve, gracias, hermano —le dijo mostrándole su gratitud y cariño.

—De nada, y ¡recupera a tu mujer, amigo! —le gritó sonriendo a la espalda del duque, que ya se alejaba al galope.

Cuando Elizabeth escuchó que alguien ingresaba a su alcoba, cerró los ojos fingiendo estar dormida. Reconoció los pasos de Celeste, su doncella; esta fue

hasta la ventana y descorrió las cortinas. Canturreando alegremente se acercó a la cama y quitó las sábanas, que tapaban su rostro.

—Milady, despierte, le traje su desayuno —le dijo tocando su hombro. Ella no se movió. «Estás siendo muy infantil, Elizabeth». «Sí, lo sé —contestó a su Lizzy interior—, pero cómo quisiera volver a ser niña y esconderme allí, donde no existía el tiempo ni el dolor; solo dormir y soñar por siempre».

—Por favor, señorita, se va a hacer tarde, arriba —la apremió su doncella soltando un suspiro.

Lizzy se apiadó de ella, abrió los ojos y se incorporó en la cama con desgana. Celeste le puso la bandeja sobre las piernas, y comenzó a asear el lugar. Pero como era habitual, apareció su parloteo incesante.

—Ohh, milady, estoy muy emocionada por tener que vestirla hoy. Nunca vestí a una novia; eso seguramente me subirá de categoría. Y cómo desearía poder irme con usted y ser una doncella de una condesa: sería la envidia de todas mis amigas —decía mientras abría su ropero y rebuscaba entre su ropa.

—Por supuesto que irás conmigo; no resistiría mi estancia allí sin ti —dijo intentando ocultar su diversión ante la expresión pasmada de su doncella.

—¿Lo... lo dice en serio? —preguntó girándose a mirarla.

—Pues claro, tú eres mi compañera y amiga. ¿Acaso lo dudabas? —respondió Lizzy tapando su sonrisa en su taza de chocolate.

—¡¡Ooooo, no lo puedo creer!! Es usted un ángel, milady. Gracias, muchas gracias. No se arrepentirá, lo juro —chilló eufórica, y corrió a su lado para besar su mano.

—No es para tanto, y creo que tú te arrepentirás porque no tendrás mucho para hacer, ya que pienso llevar una vida muy tranquila y casera —respondió.

—No lo creo, milady. Y ahora deberíamos apresurarnos, o llegará tarde —le recordó la doncella ayudándola a levantarse.

Poniéndose en pie, Lizzy caminó hasta la ventana y miró el cielo. A pesar de que la primavera casi terminaba para darle paso al verano, el día estaba nublado y gris, tal como sus sentimientos y su estado de ánimo; suspiró triste y abatida.

—Milady, ¿qué le parece este vestido? Es el más hermoso. Solo lo usó una vez y se veía espléndida; además, puede usarlo de día también —le preguntó, sosteniendo frente a ella, aquel vestido que había confinado en el fondo de su guardarropa porque no quería volverlo a ver, ya que le recordaba al demonio de ojos azules y a ese beso arrebatador.

Esta misma noche tendría que recibir algo más que besos. La imagen de ese detestable hombre tocándola le erizaba de impresión todo el cuerpo, y le enfermaba hasta lo indecible.

—Oohh, no, no, no lo vuelvas a hacer. —«Una cosa era decirlo y otra, que su estómago deseara obedecerla», pensó desalentada Lizzy, mientras corría detrás del biombo y vaciaba una vez más el desayuno.

—*Lady Elizabeth*, por favor deje que le informe a su padre de esto. Lleva una semana así: se va a enfermar, ya perdió mucho peso —le decía suplicante su doncella.

—Ya te dije que estoy bien, Celeste. No es necesario que venga nadie. Solo son nervios por la boda, nada más. —Porque por algún lado su cuerpo debía descargar todo el asco, miedo y terror que sentía ante su inminente unión con ese monstruo.

Terminó de limpiarse y caminó hasta su doncella, junto al tocador, para peinar su cabello. Cuando se sentó, hasta ella se sorprendió con la imagen que el espejo le había devuelto. Su rostro estaba demacrado, pálido y ojeroso. Cerró los ojos para evitar su reflejo e inspiró intentando relajarse. *Vamos, tú puedes hacerlo. No eres ninguna cobarde; piensa en la abuela y en Sebastien. Su bienestar es lo más importante.*

Era el día de su boda: el tiempo se había acabado. Lo mejor sería aceptarlo y asumir lo inevitable. Después de ese terrible baile, pasó los siguientes cuatro días encerrada en su habitación, llorando hasta quedarse dormida. Los siguientes dos días, cuando las amonestaciones para el enlace se aprobaron, no tuvo reacción alguna; solo una sensación de frío e impotencia la cubrió por dentro y se instaló en su interior. No obstante, en el fondo, todo ese tiempo, solo estuvo esperando un milagro que le permitiera librarse del cruel futuro

que le aguardaba. Aunque pronto, su esperanza desapareció; de eso se encargó muy bien su prima. Con solo recordarlo, volvía a sentir que sus emociones se desbordaban.

La noche anterior se había celebrado su cena de compromiso, a la que por supuesto fue obligada a asistir y a la que estuvo invitada su tía *lady* Asthon y su prima. Emily llegó con una sonrisa muy satisfecha. Ni bien entró, se acercó a ella y la felicitó por su boda. Y admiró a su guapo prometido con sarcástica malicia. Lizzy se mantuvo impasible ante sus pullas, ignorándola rotundamente, sin entender cómo justo ella podía ser tan cruel. Sabía de primera mano quién era Fermín de Moine, todo el daño que les hizo y cuánto lo odiaban siendo pequeñas. Sin embargo, su fachada indiferente se cayó al oír su siguiente frase:

—Prima, qué maleducado de tu parte. ¿No piensas felicitarme? Creí que compartirías mi felicidad —le dijo ensanchando su sonrisa, al ver la expresión confundida de Lizzy—. Ooh, no te preocupes, entiendo que no tengas cabeza para nada más. Seguramente no te enteraste de que yo también pronto estaré casada. —Ella la miró en atónito silencio, lo que provocó que la otra sonriera burlándose—. Justo cuando anunciaste tu compromiso, hace una semana, recibí una propuesta del apuesto duque de Stanton. —Sus palabras fueron como un duro golpe en el centro de su estómago.

Sintiendo sus piernas flaquear y todo girar a su alrededor, se esforzó por mantenerse en pie y no demostrarle cuánto le afectaba la noticia.

—Fue ¡tan romántico! Cuando me besó creí que moriría allí mismo —continuó Emily, fingiendo un tono confidente, escarbando sin piedad en la herida, mientras clavaba sus verdes ojos en ella.

Y ese fue el instante en que Lizzy percibió cómo todo resquicio de vida en su interior moría irreversiblemente. Cada una de sus palabras mataba su fe en el amor, su sueño de hallar una persona para amar y ser amado, sus ilusiones de un futuro feliz. Pero sobre todo, mataba la esperanza que la mantenía de pie. Porque *él* era el milagro que había esperado. Qué tonta, ingenua y estúpida fue. Él nunca vendría; Nicholas no la salvaría jamás.

Su doncella se marchó para preparar su vestido color ocre, que tendría que servir; pues su padre le había ordenado ir con una modista para preparar su ajuar, pero ella se había negado rotundamente. Y ella se quedó contemplando el peinado que llevaría aquel día, pensando que tal vez haberse enterado del compromiso de Nicholas era lo mejor. Aunque la devastara darse cuenta de que el duque ya la había olvidado, era lo único que lograría que ella se resignara ante su destino. Y a pesar de que nada podía arrancarlo de su alma y su corazón, ni tan siquiera lograr que pudiera dejar de amarlo por un segundo, saber que tal vez él sería feliz la ayudaba a aceptar lo que vendría con mayor entereza.

Un golpe en la puerta la sacó de sus fúnebres pensamientos. Y después de que ella elevara la voz autorizando la entrada, vio aparecer a su hermano, vestido con su traje para la boda. Él le sonrió con calidez y Lizzy no pudo evitarlo; levantándose con premura, se lanzó a sus brazos. Sebastien se tambaleó un poco, pero rápido la envolvió en un protector abrazo.

—Pequeña, no es tarde; todavía no entiendo por qué aceptaste a ese tipo —dijo él susurrando en su oído—. ¿Seguro que quieres hacer esto? No tienes buen aspecto y ya supe que has estado aquí encerrada toda la semana —siguió diciendo su hermano, separándola un poco para examinarla intensamente.

Lizzy bajó la mirada y retrocedió un paso. Fingiendo examinarse en el espejo, trató de responderle con su habitual tono decidido.

—Sí, estoy segura: estoy aburrida de Londres. Y aunque padre me impuso este matrimonio en un principio, pronto noté sus múltiples ventajas —dijo ella, obviando deliberadamente su observación sobre su físico y el encierro.

—Pues me encantaría oírlas, porque lo único que veo es que te casarás con un hombre al que desprecias, al igual que lo hago yo, de más está decirlo —alegó él cruzando ambos brazos en su pecho.

—Baah, eso es pasado y los beneficios son obvios: no solo formaré una familia, sino que podré regresar a casa junto a la abuela —dijo mintiendo descaradamente, sosteniendo sin parpadear la mirada a Sebastien.

—Bien, si estás tan segura, deberé aceptarlo. Sin embargo, no pienses que

se me olvidará que, tan solo una semana atrás, parecías estar embobada por ese duque engreído —dijo con ironía, arqueando una ceja ante el silencio que obtuvo por respuesta.

—Solo prométeme que si por un segundo te arrepientes, recordarás que cuentas conmigo incondicionalmente —le pidió su hermano luego de un momento de escrutinio.

—Claro, lo recordaré, lo prometo. Ahora vete para que pueda prepararme —respondió empujándolo hacia la puerta, antes de que su máscara cayera y se dejara llevar por la desesperación y angustia.

—Oouchh, por primera vez experimentó cómo se siente que una bella dama te eche de su alcoba y no intente retenerte a toda costa —le dijo Sebastien con mirada pícaro, ganándose un golpe correctivo de parte de ella. Riendo él cerró la puerta. Lizzy, bufando, se dejó caer en la silla de nuevo. Intentaría tomar fuerzas para comenzar con su indeseado ritual de novia. Ya no podía posponerlo más; en media hora estaría casándose con el hombre que más despreciaba en el mundo entero. Eso era un hecho que sin duda marcaba el final de la historia de amor entre el duque y ella.

Capítulo 15

*El caballo se prepara para la batalla,
para el día de la victoria. Pero el salvar es de Jehová.*

Proverbios 21:31

*De manera que el que la da en casamiento hace bien,
y el que no la da en casamiento hace mejor.*

1 Corintios 7:38

Si bien esto no era una historia romántica —de esas que tanto le gustaban a su hermana—, sino la vida real, no por eso dejaba de frustrarle menos el hecho de que, en ese momento, estaba muy lejos de parecerse al gallardo príncipe que galopa velozmente al rescate de su amada. Muy lejos. Es más, ni siquiera estaba encima de su caballo en esos momentos, sino caminando junto a él, llevándolo de las correas. *Maldición, a este paso llegaría cuando Elizabeth estuviera dando a luz a su primer hijo.*

Una vez pudo sortear esa calle atestada de carruajes, carros de mercadería y gente, montó nuevamente y aceleró la marcha todo lo que pudo. «Hay que ser realistas: eso es Londres a plena mañana, no un prado verde solitario», pensó, intentando hallar algo de humor, para calmar sus emociones, que estaban al borde del colapso.

Pronto visualizó la iglesia de St. George, donde se llevaría a cabo la ceremonia. La calle estaba a rebosar de coches, pero no había personas pululando fuera, y las grandes puertas estaban cerradas. *Rayos, la ceremonia ya se había iniciado*, por lo que su plan de esperar a que el carruaje de la novia llegara y secuestrarlo antes de que ella bajase quedaba descartado. «Ooh, Dios, no me digas que es tarde, que ella ya se entregó a ese mal nacido. Por favor, nooooo», pensó frenético, sintiendo su corazón desgarrarse y el cuerpo temblando intensamente. Todavía en su montura, Nick miraba

desesperado las puertas de robles, considerando sus opciones y no encontrando ninguna efectiva. En ese momento, desde el interior oyó un sonido amortiguado de aplausos. Entonces, mandando todo al diablo, clavó los talones en los flancos de su caballo y este salió disparado hacia adelante. El animal subió como un rayo las escalinatas de piedra. Cuando se aproximaba a las inmensas puertas, Nick soltó una mano de las riendas y las empujó con todas sus fuerzas. Estas se abrieron violentamente, dando paso al caballo que había irrumpido en el recinto relinchando. Nicholas dio un fuerte tirón para que este se frenara, lo que causó que el animal se encabritase, elevándose en su dos patas traseras.

La exclamación de sorpresa que todos los presentes lanzaron al presenciar su irrupción se convirtió en gritos de pánico y terror, y decenas de personas se apartaron en tropel hacia los costados para evitar ser aplastados. Instintivamente, el duque apretó sus piernas sobre el caballo y aflojó su agarre, lo que calmó al acelerado animal, que se apoyó en sus cuatro patas.

—¿Qué significa esto, Stanton? —le dijo la airada voz del conde de Mousse.

Nick se bajó ágilmente del caballo y le pasó las riendas de este a un caballero parado junto a él, quien las sostuvo con gesto de pánico. Entonces, miró hacia el altar. Allí estaba Elizabeth, más exquisita de lo que recordaba. Tan hermosa que volvió a quitarle el aliento, como la primera vez en que la vio en ese balcón y con ese mismo vestido. Sus miradas se entrelazaron inmediatamente: la de ella, pasmada; la de él, decidida.

Sin perder tiempo recorrió el amplio pasillo, ignorando los gritos de advertencia del francés y los de alarma e incredulidad de los asistentes. Sin despegar su vista de la joven, que lo contemplaba en atónito silencio con los ojos abiertos de par en par y con el rostro pálido, acortó la distancia que los separaba hasta detenerse justo frente a ella.

En el altar estaban el contrariado sacerdote, Moine, Gauss y *lady* Ashet, que supuso oficiaban como testigos, y el marqués permanecía junto a *lady* Asthon.

—Llegas tarde, Stanton, ella es mía. Ya hemos intercambiado los votos y justo ahora el Padre nos declaraba marido y mujer. A partir de este momento, haré lo que me plazca con ella —le dijo Moine interponiéndose entre él y la joven.

—Solo te diré tres palabras: apártate... del... camino —le impelió Nicholas en un ronco y grave murmullo, transmitiéndole toda la rabia que sentía

—Ni lo sueñes, y ahora vete para que pueda besar a mi novia —le respondió el conde con una maliciosa sonrisa.

Nick apretó las mandíbulas y, a continuación, levantó un brazo y estrelló su puño en la cara del conde, el cual chilló de dolor y cayó desparramado hacia atrás, impactando en el suelo sobre su trasero. Pasando sobre él, se paró frente a Elizabeth y clavó sus ojos en ella, tratando de trasmitirle todo lo que sentía.

—Su excelencia, esta es la casa de Dios, no puede irrumpir de esta forma. Le ruego guarde la compostura y me explique qué pretende interrumpiendo la ceremonia —carraspeó nervioso el sacerdote.

—Mis disculpas, solo vengo en busca de la mujer a la que pertenece mi corazón. Y si ella acepta acompañarme, con gusto me retiraré —respondió sin mirarlo y extendiendo su mano hacia ella, dejándole la oportunidad de decidir.

Ella abrió los ojos más aún y, luego de un segundo de estupor, aceptó su mano y la colocó sobre la del duque. Nicholas sonrió, apretó su palma y de un tirón la pegó a su cuerpo. Elizabeth soltó un jadeo que Nick sofocó besándola a la vista de todos los invitados, que murmuraban escandalizados, tomando sus labios con desbordante pasión y voraz ímpetu, profundizando cuando Lizzy le correspondió con ardor. Ella se tambaleó y cayó hacia adelante desvanecida. Él, sorprendido, se apresuró a sujetarla y, aprovechando el momento, la cargó sobre su hombro y giró para marcharse. Pero nuevamente fue interrumpido; esta vez por una enfurecida *lady* Emily.

—¡Pero, qué hace! No puede huir con ella, no lo permitiré. Elizabeth ya se casó y usted está interesado en mí. ¡Tiene qué casarse conmigo; todo está arreglado! —gritaba frenética y furiosa. Desconcertado, Nick miró a su alrededor buscando a Steve para derivarle a esa loca. Pero su amigo estaba

ocupado tratando de contener al ofuscado marqués, que intentaba frenar el caudal de sangre que brotaba de la nariz de Moine.

El sacerdote se adelantó para calmar a la joven.

—Milady, tranquila. Su prima no está legalmente casada, pues no he podido concluir la ceremonia y los novios ni siquiera firmaron los papeles y certificados. —Al oír eso, Emily se desquició más todavía y comenzó a gritar improperios e incoherencias. Pero rápidamente, el hermano de Elizabeth la tomó por los hombros, impidiéndole avanzar hacia ellos.

Liberado el pasillo, Nicholas se dirigió hacia la salida. Depositó sobre el caballo el cuerpo desmayado de la joven boca abajo, y luego se subió dándose un impulso. Acomodó a Elizabeth en su regazo y giró al animal hacia afuera. Pero el grito de Gauss detuvo su partida.

—¡¡Bladeston!!... Cuídala —le dijo haciéndose oír entre los gritos de los presentes, cuando volteó hacia él.

Nicholas pudo ver en su mirada el amor y la preocupación que sentía por su hermana. Por lo que le demostró, a su vez, con un gesto, que compartía sus sentimientos.

—Con mi vida —prometió elevando su voz con solemnidad. Y acto seguido, abandonó el lugar y se sintió, por primera vez en veintiocho años, feliz, afortunado e inmensamente rico.

Con los ojos fuertemente cerrados, Lizzy solo pudo respirar tranquila cuando percibió que dejaban atrás la ciudad. Los brazos de Nicholas la rodeaban protectoramente mientras ella, sentada sobre el caballo sobre su costado, apoyaba su cabeza en su fuerte pecho.

Ya que podía por fin relajarse, sentía el calor del cuerpo del duque pegado a ella. Su respiración rozaba su frente haciéndole cosquillas; su aroma masculino inundaba sus fosas nasales logrando que su cabeza diera vueltas otra vez. Cuando él depositó un ligero pero íntimo beso en su frente, el corazón de Lizzy se desbocó comenzando a latir aceleradamente; de

inmediato, sus mejillas se pusieron rojas de vergüenza al pensar que seguramente el duque podía sentir cómo su beso la había alterado.

Todavía no podía creer que estuviera allí con él entre sus brazos. No lograba salir de la euforia que le producía el hecho de que él había ido por ella. Hace no más de una hora, se encontraba en la puerta de la iglesia, sentada en su carruaje, intentado reprimir sus náuseas, tratando de encontrar la fuerza necesaria para descender del coche.

Cuando estuvo en el altar enfrentando su fatídico destino, creyó que todo estaba perdido; por lo que dejó de sentir, pensar y responder, limitándose a seguir el ritual de la ceremonia, mientras su primo le apretaba dolorosamente la mano. Y en ese instante fue cuando un gran estruendo interrumpió las siguientes palabras del sacerdote: «Los declaro marido y...».

Lizzy escuchó a un caballo relinchar y se giró a mirar. Atónita, lo vio desmontar de su enorme corcel color ébano y clavar su mirada penetrante en ella, lo que hizo que sus piernas temblaran fuertemente. Moine la pegó a su lado, como advirtiéndole que no intentara nada. El duque avanzaba por el pasillo, decidido, hacia ella, lo que le recordó la primera vez en que la había visto. En aquella oportunidad, había pensado que parecía un peligroso felino que acechaba a su débil presa, y deseó huir. Mas en ese momento, seguía pareciéndole un felino, pero esta vez solo deseó correr a sus brazos.

Sin embargo, el conde se puso en el medio y Lizzy tuvo miedo por el duque, ya que Fermín no la dejaría ir así de fácil; pero nunca se esperó lo que Nicholas hizo a continuación. La visión de su primo volando hacia atrás, chillando de dolor y sobándose su trasero era lo mejor que había visto en su vida y compensaba, con creces, las lágrimas que había derramado.

Entonces, lo tuvo parado frente a ella y ya no pudo coordinar un solo pensamiento coherente; solo era capaz de mirarlo, tomar su mano, sentir su calor. Y si antes sus piernas habían temblado, cuando el duque se apoderó de sus labios y su boca recorrió la suya hasta el último rincón, sus rodillas se doblaron literalmente y su cuerpo se aflojó completamente, y se apoyó rendida sobre él. Y no solo por su beso, sino por sus palabras. Saber que ella era la

dueña de su corazón, como él era el dueño del suyo, había resucitado su ser entero, devolviéndole el alma al cuerpo.

Así que nada a su alrededor le interesaba, solo estar así cerca de él y que nunca la soltase; por lo que se limitó a quedarse pegada a él, con sus ojos cerrados. El duque pareció creer que se había desvanecido, porque la levantó y la puso sobre su hombro izquierdo. Ella se aprovechó de esto dejándolo hacer y, a pesar de que su trasero puesto hacia arriba quedó expuesto, a Lizzy no pudo importarle menos. Lo único que deseaba fervientemente era permanecer a su lado y huir de ese lugar antes de que su padre o el conde los detuvieran. No quería volver a perderlo ni que la separaran de él nuevamente.

Y su deseo se cumplió; no sabía cómo lo iban a lograr ni qué le deparaba el futuro, pero si lo tenía a él, tal y como ahora, lo tenía todo. Nada más importaba porque a su lado conoció la felicidad. Por fin sabía lo que significaba ser plena y absolutamente feliz.

Sus pensamientos fueron interrumpidos, cuando el duque frenó su caballo. Después se apeó y la tomó en sus brazos para bajarla del animal. Lizzy prefirió seguir desmayada porque de repente la invadió la timidez. No sabía cómo actuar con el duque; es más, ni siquiera sabía dónde se encontraban ni qué haría a continuación.

Nicholas caminó con ella un trecho, luego se sentó y la apoyó en su regazo. Sacó el brazo de detrás de sus rodillas, pero su brazo izquierdo siguió sosteniendo su espalda. Lizzy lo oyó suspirar, sintiendo cómo su dedo acariciaba con ternura su mejilla, lo que logró que su cuerpo se estremeciera.

—Ya puedes abrir los ojos, Elizabeth; estamos a salvo —le dijo de repente. Ella se sobresaltó nerviosa. *¡Ohh, por Dios, que me trague la tierra! ¿Él se dio cuenta de que fingí todo el tiempo?* —Aaaa, qué torpe soy. Olvidé que tengo en mis brazos a la hermosa Blancanieves. Ya la he rescatado y ahora debo despertarla con un beso —siguió diciendo el duque. En su voz podía percibirse la risa.

Sin inmutarse, ella recibió el más dulce de los besos: sus labios rozaron su boca suavemente, como si se tratase de un pétalo que acariciaba su piel. De

inmediato se erizó todo el vello de su cuerpo.

—Despierta, *doulce Alinne* porque, teniéndote así de cerca, me da la impresión de que estás a mi merced, y no creo que mi cerebro pueda seguir conteniendo los locos impulsos de mi cuerpo —le dijo Nicholas susurrando en su oído con voz ronca.

De inmediato Elizabeth abrió los ojos y su mirada chocó con la suya. Sus ojos azules estaban un poco oscurecidos, pero tenía una sonrisa muy grande. Parecía estar divertido y cuando ella, a su pesar, se ruborizó intensamente, él echó la cabeza hacia atrás y rio lanzando múltiples carcajadas.

Sacando de lado el punto de que le agradaba escucharlo reír, Lizzy frunció el ceño, ofendida, por ser el objeto de su descarada burla.

—¿Qué es tan divertido, excelencia? —le dijo achicando los ojos y cruzando los brazos en el pecho.

—Pues el hecho de que, primero, eres temeraria y audaz fugándote de tu boda; luego eres pícara y traviesa fingiendo ser una débil damisela desvanecida y, para terminar, te pones nerviosa y tímida ante mi presencia y contacto —respondió él, dejando de reír para mirarla con auténtico regocijo y con los ojos brillantes.

Ella abrió los ojos con cada palabra que decía, y sus mejillas se tiñeron de un rojo furioso, pero se negó a reconocer su descripción, que había hecho a la perfección, por cierto.

—No sé de qué me hablas; tú me raptaste de mi boda vilmente y yo no pude soportar la situación, por lo que mi cuerpo perdió el conocimiento —dijo ella con teatralidad.

—Pues no me pareciste nada reacia, ni mucho menos atemorizada, cuando me besaste apasionadamente sin pudor alguno, además —rebatió él negando con su cabeza y con un chasquido de su lengua.

—¡No es cierto!, yo solo... solo... —argumentó ella sofocando una ofendida exclamación, tartamudeando indignada.

—Ya, me devolviste el beso descaradamente. Pero no te preocupes, no albergo ninguna objeción o queja por ello. Muy al contrario: espero, anhelo y

desespero por que lo repitas asiduamente —la cortó él sonriendo y depositando tiernos besos por toda su cara.

Lizzy rio encantada, tratando de escabullirse de su regazo. Cuando giró su cabeza, cayó en cuenta de que no tenía la menor idea de dónde estaban. En ese momento se encontraban sentados bajo un gran roble que, con sus grandes ramas, los protegía del fuerte sol de mediodía. Sol que, paradójicamente, comenzó a brillar en el horizonte después de que ellos emprendieran su aventura.

Con un último beso en su nariz, Nicholas la ayudó a ponerse en pie haciendo lo propio. Mientras, él se sacudía su ropa que, coincidente, mágica o casualmente, era la misma que había llevado en ese baile donde se besaron por vez primera vez. Lizzy se dedicó a inspeccionar el entorno con curiosidad. Era un hermoso paisaje con verdes colinas y flores de todo tipo, y a lo lejos se podía ver una pequeña y pintoresca edificación de piedra.

—Elizabeth, ven aquí —la llamó el duque extendiendo una vez más su mano hacia ella. Lizzy la tomó de inmediato y, cuando se unieron, no pudo evitar sonreír como una boba—. ¿Qué vamos a hacer? —le preguntó cuando él comenzaba a bajar la colina con ella. Él se detuvo y, girando hacia ella, alzó una ceja pícaramente.

—¿No es obvio, milady? Vamos a casarnos.

Capítulo 16

Atráeme; en pos de ti correremos. Nos acordaremos de tus amores más que del vino; con razón te aman.

Cantares 1:4

Pero su alma se apegó y se enamoró de la joven, y habló al corazón de ella.

Génesis 34:3

Aunque si fuese por él, se quedaría eternamente allí, sentado bajo ese árbol con ella entre sus brazos, eso no era una posibilidad, pues todavía no estaban fuera de peligro. Mientras sacudía su ropa, Nicholas observó deambular a Lizzy. Ella todavía no había dicho nada acerca de sus sentimientos ni de lo que esperaba del futuro. Pero en ocasiones, las palabras sobran; por lo menos para él, ya que tenía la absoluta certeza de que ella lo amaba. Lo sentía en sus besos, en su manera de mirarlo y en la confianza que había depositado en él.

Caminó hasta Lizzy y la llamó extendiendo su mano hacia ella. El hecho de que la tomara sin dudarlo, y de su sonrisa tierna al hacerlo, le henchía el corazón de felicidad y de orgullo. *Mi mujer, mi esposa, mi amor.* Eso era para él; solo faltaba firmar el papel que lo legalizara ante todos. Con eso en mente, comenzó a descender con ella la colina, dispuesto a reclamar lo que ya consideraba suyo.

—¿Qué vamos a hacer? —Le oyó preguntar con voz temblorosa. Se giró a mirarla: parecía algo confundida—. ¿No es obvio, milady? Vamos a casarnos —dijo viendo cómo sus ojos se abrían como platos.

Sin darle tiempo a replicar, tiró de ella colina abajo. Pronto llegaron hasta la entrada de la capilla, por donde Nick se adentró sin demora. De pronto sintió que la joven se frenaba de golpe y clavaba sus pies en la tierra.

El pintoresco edificio resultó ser una pequeña capilla; parecía sacada de un

cuento, con su camino de piedra enmarcado por flores multicolores. Elizabeth no podía dejar de sentirse como una princesa, caminando de la mano de su apuesto príncipe. Es cierto que el amor te vuelve algo boba, pero ella era una romántica empedernida, y no había nada que hacer al respecto.

Pero al avistar la puerta de la capilla, Lizzy comenzó a ponerse un poco nerviosa. Las manos, que todavía llevaba enguantadas, le sudaban. Con cada paso que daban hacia la iglesia, su resquemor se acentuaba. «Oh, Dios mío, realmente me estoy por casar», pensó emocionada y atemorizada a la vez.

No era que su corazón albergara la mínima duda sobre lo que sentía por el duque. No; estaba claro que lo amaba con cada fibra de su ser. Lo que la inquietaba era que si bien él había dicho que su corazón era de ella y además la había rescatado, todavía no le había dicho qué exactamente sentía él, y eso no podía pasarse por alto. Ya que no resistiría casarse, vivir cada día a su lado amándolo desesperadamente, y recibir cariño y mera pasión por parte de Nick. Lizzy necesitaba confesarle sus sentimientos y saber si eran recíprocos; de lo contrario, no seguiría adelante con eso.

Ante esta impresionante revelación, sus pies se clavaron en el suelo, negándose a dar un paso más. Nicholas giró mirándola interrogante.

—¿Qué sucede, mi amor? —*Mi amor... eso sonaba absolutamente celestial.* Sobre todo, dicho por esos seductores labios. Y las mariposas en su estómago confirmaban eso.

—Eehh..., lo siento..., es decir —balbuceó ella sin saber cómo expresar el tumulto de emociones que vibraba en su interior.

Nick le puso una mano en su mejilla, recorriendo con sus ojos toda su cara. Pareció encontrar algo, porque su expresión cambió de tierna a preocupada.

—¿Pasa algo? Puedes decirme lo que sea —le instó alentándola a seguir.

—Humm... no creo poder casarme así —soltó de un tirón, antes de arrepentirse, cerrando los ojos para evitar ver su reacción. Silencio fue todo lo que obtuvo por respuesta. Pero sabía que él seguía ahí, pues su mano aún sostenía la suya, aunque había quitado la otra de su rostro. Temerosa, abrió los ojos y lo miró. Su cara era un poema: estaba boquiabierto, estupefacto, con

una expresión sorprendida, confundida y algo dolida—. ¿Nick? —dijo ella sin poder resistir un segundo más el incómodo silencio.

Él la soltó y se alejó un paso, llevando sus manos a la cabeza, tirando de su pelo. Parecía frustrado, y su mirada penetrante comenzaba a inquietarlo. Entonces, él endureció su mandíbula, y los rasgos de su cara adquirieron un matiz peligroso y sombrío. Lizzy reconoció esa mirada felina y esa postura depredadora de inmediato, por lo que se estremeció de expectación; sí, era excitación lo que sentía, no temor. Estaba confirmado: se había vuelto loca de remate.

—¿Nick? —repitió dando un cauteloso paso hacia atrás.

Él captó su gesto precavido y, alzando una ceja, le dijo:

—No te muevas. —Su voz grave le dio un cariz amenazante a sus palabras; por lo que, sin perder un segundo, alzó sus faldas y huyó despavorida.

—¡¡¡Elizabeth!!! —Le oyó gritar detrás. Riendo a carcajadas, aceleró, alejándose del duque con asombrosa rapidez. El haber quedado huérfana de madre y luego criarse en el campo con un hermano varón como compañero de juegos la convirtieron en una auténtica salvaje.

Nicholas no se quedaba atrás, y cuando giró comprobó que le pisaba los talones.

—Ven aquí, pequeña cobarde —le gritó él, con evidente diversión.

Lizzy decidió que era momento de hacer su movimiento maestro: el que le había enseñado Sebastien y que siempre funcionaba. Desaceleró un poco su carrera, aparentando cansancio. Por el rabillo del ojo, pudo ver que él lo notó, porque también redujo su velocidad y sonrió arrogante. Triunfal, Elizabeth viró de improviso hacia la derecha, corriendo velozmente hacia un conjunto de altos árboles, decidida a buscar refugio allí. Sabiendo que podría arriesgar su reciente victoria, miró hacia atrás incapaz de reprimir su curiosidad.

Nicholas se había frenado desconcertado por su magistral maniobra, lo que provocó alegres carcajadas en la joven. Ante esto, él la fulminó con una expresión que prometía venganza. Y se movió tan velozmente que Lizzy lanzó un grito de alarma. En un parpadeo lo tuvo justo a su lado y pasó de correr a

volar por el aire. Gritando de asombro, Lizzy se sostuvo del cuello de Nick. Él redujo la marcha totalmente y la dejó parada sobre el suelo. En un segundo se cernió sobre ella, acorralándola contra el tronco de un árbol. Colocó ambos brazos junto a su cabeza y la apretó con todo su cuerpo.

Ambos respiraban agitados por la carrera, lo que provocaba que sus torsos se rozaran íntimamente. Con la mirada aturdida clavada en él, Lizzy observó cómo esbozaba una sardónica y perezosa sonrisa.

—Así que mi dama no puede casarse así. Bien, lamento informarle que no puedo aceptar eso. Creí que las cosas entre nosotros estaban más que claras, pero parece que me equivoqué —dijo él arrastrando la voz.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué cosas? —respondió ella inquieta. Él bajó la cabeza hacia ella, deteniéndola a un milímetro de sus labios.

—No te preocupes, *doulce Alinne*, estás a punto de averiguarlo.

La puerta del carruaje se abrió; el corpulento hombre subió tratando de acomodarse en el reducido espacio. Las cortinas no estaban corridas, por lo que la luz de mediodía no iluminaba el interior y lo mantenía en penumbras.

El tipo que lo había contratado hace unos meses hacía grandes esfuerzos para ocultar su identidad, aunque era obvio que se trataba de un noble adinerado. «Por mí, está bien; la paga es más que buena y eso es lo único que me interesa», pensó el tosco hombre encogiéndose de hombros, acostumbrado a las excentricidades de la clase superior.

—Y bien, ¿tiene la información que le pedí? —dijo con su tono impaciente habitual.

—Sí, milord —respondió mirando hacia el hombre oculto en la oscuridad.

—Bueno, dímelo de una vez: ¿quién es? —preguntó el noble.

—No es solo uno, sino dos. Ambos hombres han estado siguiendo al marqués de Arden en casi todas sus salidas diurnas. Me costó conseguir sus nombres, pero lo logré: se trata del duque de Stanton y del conde de Baltimore.

—¡Maldito Stanton! —exclamó con furia, golpeando con un puño su carruaje. Luego pareció controlar sus impulsos—. ¿Sabe dónde está el duque? Baltimore no me interesa por ahora; ya me ocuparé del conde después.

—Sí, milord, seguí sus instrucciones de no perder de vista al tipo que andaba tras el marqués de Arden. Esta mañana protagonizó un escándalo irrumpiendo en la iglesia de St. George y huyendo con la novia a caballo —dijo el hombre con una mueca burlista en su rostro cubierto de cicatrices.

—Sí, lo sé —lo cortó molesto su jefe—. ¿Pero lograste seguirlo en su huida? —Sabiendo que esa información era muy valiosa para el noble, sonrió mostrando sus dientes podridos—. Así es, milord, tengo la ubicación exacta del duque y su deliciosa novia.

Sintiendo cómo Elizabeth tomaba aire abruptamente, Nick cubrió su boca con sus labios y la besó tratando de transmitirle todo lo que sentía. Ella gimió respondiendo y rodeó de inmediato su cuello con sus brazos, apretando su cuerpo contra el suyo. Fue el turno de gemir de Nick, quien intentó controlarse, despegó las manos del tronco del árbol y la tomó de la cintura pegándola más aún a su cuerpo. Sin darle tregua, profundizó el beso y bebió de ella volviéndose loco por su aroma y su sabor. Cuando la rodeó más con los brazos y quedaron unidos de pies a cabeza, Nick percibió que la joven se sobresaltaba ligeramente. Sabía que ella podía sentir la evidencia física que provocaba ese beso en él. Y con una mueca divertida y frustrada a la vez, decidió que era el momento de poner un poco de distancia entre ellos. Separó sus labios y se alejó un paso, respirando agitado, como si hubiera corrido ida y vuelta hasta Londres.

Elizabeth lo miraba con esos preciosos ojos violetas, un poco oscurecidos, abiertos de par en par. Su pecho subía y bajaba acelerado y sus labios perfectos estaban rojos por sus besos. «La imagen que presenta es demasiado para cualquier hombre», pensó desesperado Nick, llevando sus manos a la cabeza, sin poder despegar la vista de esa hechizante visión. El cabello castaño claro de la joven caía parcialmente por su espalda y sus múltiples

mechones rubios brillaban por la luz del sol. Parecía una ninfa del bosque: demasiado hermosa para ser real.

Pero eso no era lo único que lo cautivaba de ella, sino todo lo que sentía estando a su lado. No había dudas de que esa mujer era el eje central que ponía en funcionamiento su mundo. Decidido, Nick se acercó nuevamente hasta ella y le puso un dedo bajo la barbilla, mientras clavaba sus ojos en los suyos intensamente

—Elizabeth, dices que no puedes casarte así y no sé qué pasa por tu cabeza ahora, pero tengo claro lo que sí por la mía. Me estoy por casar, no por capricho, obligación, conveniencia o lujuria; quiero casarme contigo porque te necesito, porque desde el primer instante en que te vi, me cautivaste irremediablemente. Con solo una mirada, transformaste mi mundo completamente, iluminaste la oscuridad en mi interior, llenaste el vacío en mí. Antes de ti solo me limitaba a existir, pero cuando tú llegaste volví a vivir. Tú me devolviste la esperanza y la felicidad: trajiste vida a mi hastiada existencia. Tú, con tu ternura, tu generosidad, tu alegría y tu picardía me enseñaste a amar. Te amo, Elizabeth, con cada fibra de mi ser, con cada rincón de mi corazón. Te amo con todo lo que soy, para bien o para mal, para tu pesar o tu dicha; te amo y me tienes incondicionalmente para ti, porque nada ni nadie en este mundo logrará jamás que me aparte de ti —confesó con la voz todavía enronquecida.

Dicho esto, esperó sin apartar la vista su reacción. Lizzy parecía pasmada y clavada en su sitio. Ni siquiera aparentaba estar respirando.

—¿Elizabeth? —musitó Nick comenzando a ponerse nervioso por su silencio. Ella se soltó de su agarre, y pasó por su lado dándole la espalda. Luego caminó alejándose de él—. ¿Elizabeth? —repitió dando un inconsciente paso hacia ella, sin entender qué le sucedía. Entonces ella miró hacia atrás y arqueó una ceja.

—¿Qué está esperando, su excelencia? Si llega después de la novia, creerán que es usted un coqueto —dijo ella con una gran sonrisa.

Nicholas la miró sardónicamente y comenzó a caminar presuroso hacia

ella. Cuando llegó a su lado, la levantó en el aire sin detenerse. Lizzy lanzó una exclamación sorprendida y se sujetó riendo. Con ella en brazos, emprendió la marcha hacia la capilla.

—Antes muerto que coqueto —proclamó sonriendo, para recuperar la seriedad rápidamente—. No creas que no me he dado cuenta de tu intención. Tienes suerte de que debemos apresurar el trámite del casamiento. Pero esta noche, sin falta, me dirás qué piensas de lo que acabo de confesarte, pequeña bribona. —Terminó, dándole un ligero beso en la frente.

Lizzy se encogió al oírlo, pero se salvó de responder porque ya estaban ante las puertas de la iglesia. Nick la depositó en el suelo y procedió a sacarle las hojitas del cabello y del vestido, cubierto por una gaza dorada. Ella sacudió su chaqueta color gris; estaba muy elegante con ese chaleco gris con vetas y corbata dorada. Él se paró para acomodar sus mangas y ella aprovechó para peinarse un poco. Como su peinado estaba desecho, decidió terminar de soltárselo y trató de peinarlo con sus dedos.

El duque inspiró aire de golpe, cuando alzó los ojos y la vio. Lizzy se sonrojó y le dio una tímida sonrisa. De improviso, Nick se giró y volvió por el camino. Curiosa, lo miró agacharse y recoger algo. Sonriendo regresó a su lado, le colocó una flor blanca en la oreja y una igual en el bolsillo de su chaqueta. Luego dio un paso atrás mirándola con los ojos encendidos.

—Absolutamente hermosa —le dijo en un susurro. Y girando hacia las puertas, le ofreció galantemente un brazo diciendo—: ¿Entramos, *lady* Elizabeth?

Capítulo 17

*Racimo de flores de primavera. Es para mí,
mi amado.*

Cantares 1:14

*Me rodearon ondas de muerte, y torrentes de perversidad
me atemorizaron.*

2 Samuel 22:5

Aunque intentaba aparentar tranquilidad y seguridad, lo cierto era que por dentro Elizabeth era un manojo de nervios; casi no podía creer lo que sucedía. Estaba con el hombre que amaba, en minutos se casaría con él y, para completar su inaudita dicha, Nicholas le había confesado estar enamorado de ella. *¡Él la amaba!, ¿se podía ser más feliz? ¡Imposible!* Tenía la absoluta certeza de que era la mujer más afortunada y feliz sobre la Tierra. Nick le sonrió y, ofreciendo un brazo muy galantemente, dijo:

—¿Entramos, *lady* Elizabeth?

Lizzy sintió sus piernas temblar debido a los nervios y a la anticipación, pero se apresuró a tomar su brazo con una radiante sonrisa. Juntos ingresaron a la pequeña capilla, que parecía desierta a esa hora. Mientras, ella observaba el lugar, sus bancos de madera a los lados, sus pequeñas ventanas de colores; al fondo, un altar consistía en una pequeña mesa cubierta por un bello mantel blanco y sobre esta había un candelabro y una gran biblia.

Nicholas le explicó que la capilla solo era de uso familiar para ceremonias, velorios, bautizos y demás. Para ello venía el sacerdote, que tenía la iglesia de la zona a solo unas pocas leguas. El pueblo llevaba como nombre el título de su ducado: se llamaba Stanton y quedaba en Cotswold, Gloucestershire. Había ido creciendo alrededor de una casa feudal, construida en 1535 por un antepasado del duque, a la que posteriormente llamaron: Sweet

Manor. Era la residencia de campo principal del ducado. Así que todas las tierras de los alrededores y del pueblo eran suyas, aunque estas últimas las había cedido a sus habitantes, que no superaban los cien en número.

En ese momento el vicario ingresó por una puerta lateral, y al verlos sonrió afablemente. Era tal como uno podría imaginar a un predicador: estatura promedio, de tez pálida y un poco calvo. Él se les acercó presuroso a saludarlos.

—Su excelencia, milady. Buenos días o, más bien, buenas tardes —se corrigió haciendo una reverencia—. Los estaba esperando. Recibí su mensaje esta mañana, milord, y tengo lo que me pidió —le informó el hombre dirigiéndose a Nicholas.

—Buenas tardes, muchas gracias. Sé que es un poco apresurado, pero mi dama debe viajar con premura para visitar a su anciana abuela, por eso decidimos adelantar la boda —mintió sin pestañear el duque.

Lizzy abrió la boca, sorprendida, ante su irreverente improvisación y total descaro. Pero se apresuró a cerrarla cuando el hombre la miró y, rogando que no le partiese un rayo, asintió poniendo una mueca preocupada.

—Bien, le he conseguido una autorización provisoria. Deberá, en cuanto pueda, obtener una licencia especial oficial —les explicó él haciéndoles una seña para que se ubicaran frente a la mesa del altar. Nick asintió y la tomó del brazo nuevamente.

—Si no le importa, señor Travis, nos gustaría proceder. —Ella sintió cosquillas en el estómago debido a la emoción y a la ansiedad, pero cuando comenzaron a caminar, vio algo que la hizo frenar de golpe.

—¿Elizabeth? —le dijo el duque mirándola boquiabierto. Ella rio por su cara de espanto.

—No te preocupes, no tengo dudas, solo que... acabo de ver eso y me gustaría hacer una entrada más tradicional. Después de todo, no volveré a casarme —le explicó muy ruborizada, señalando el viejo piano empotrado a un costado del altar.

—Eso espero —respondió el duque con una sonrisa sardónica y luego miró

hacia donde ella apuntaba.

—Milady, el piano hace mucho que no se usa. Y a decir verdad, no hay quien lo toque. Aunque yo sé una canción; no es para bodas y no la he interpretado hace años..., pero si lo desea, la tocaré —intervino el vicario, cediendo al ver la cara decepcionada de la bella joven.

—¡Ooh, muchas gracias!, es usted muy amable —le agradeció ella entusiasmada. El hombre asintió en respuesta y se sentó frente al instrumento. Cuando levantó su tapa, salió una nube de polvo que le provocó un acceso de tos.

Meneando la cabeza, Nick se giró a mirar a su dama y, soltando su brazo, le tomó la mano y depositó un beso allí.

—¿No estarás pensando en huir y dejarme plantado como lo hiciste con ese francés idiota, no? —le dijo mirándola hilarante.

—¡Nick!, no blasfemes en la casa de Dios —lo reprendió susurrando—. Y no, jamás podría dejarte o huir de ti —siguió ella, contestando a su pregunta y tratando de no reír.

—Mejor para ti, porque yo no me quedaría de brazos cruzados; te buscaría por cielo y tierra hasta encontrarte, traerte arrastrando de regreso y tenerte junto a mí, donde perteneces —le advirtió él mirándola con ojos ardientes.

—Milady, cuando escuche la melodía, ingrese —los interrumpió la voz del vicario.

—No será necesario, amor; no se me ocurre otro lugar donde desee estar —respondió ella sonriendo al ver la mueca que suscitaba en él y su expresión de cariño. El duque la tomó de la cabeza y, dándole un rápido beso, dijo:

—Te espero en el altar. —Y se dirigió hacia allí.

Lizzy salió a la entrada y esperó ansiosa su momento de entrar. Al ver las flores junto al camino, tomó rápidamente cinco de diferentes colores y armó un ramo improvisado con ellas. Cada una simbolizaba lo que deseaba para su matrimonio: amor, pasión, fidelidad, amistad y felicidad. Entonces escuchó una desafinada y tétrica melodía. Se paró frente a las puertas y por un momento sintió ganas de llorar, pues le hubiese encantado poder entrar del

brazo de su padre o de su hermano y que dentro la esperasen sus seres queridos. Pero pronto desechó esos pensamientos recordando que esa mañana había tenido eso, pero no así a Nicholas, quien compensaba con creces todos sus deseos y anhelos. Lanzando un profundo suspiro de alegría, miró al cielo para agradecerles a Dios y a su madre —siempre presentes—, y se preparó para ir al encuentro con su amado.

Nicholas miraba nervioso las puertas cerradas; para su vergüenza, había comenzado a sudar y se sentía repentinamente inquieto. Si hasta le temblaban las manos y todo. El párroco seguía tocando esa espantosa canción. Una nota particularmente desafinada le causó un escalofrío. Aunque no lo pudiera afirmar con certeza, debido a la mala interpretación del hombre, sospechaba que estaba ejecutando la marcha fúnebre. *¡Diablos! ¿Por qué no entraba Elizabeth? No sería capaz de abandonarlo: se lo había prometido.* Aun así, su retraso comenzaba a alarmarlo.

Cuando estaba a punto de salir en su busca, vio las puertas abrirse. Comenzó a sonreír mirando su hermoso semblante y el racimo de flores silvestre que había armado. Pero la sonrisa murió en sus labios al percatarse de su palidez y su expresión de terror. El ramo se desprendió de sus manos y terminó en el suelo; cuando las puertas se abrieron del todo, el alma se le cayó a los pies. Empujándola con una mano y apuntando con una pistola a la joven, entró Fermín Moine, conde de Mousse.

El viejo piano dio una última nota disonante, dejando la tétrica melodía flotando en el aire, como una involuntaria premonición plagada de muerte y de perversidad que atemorizaban. El vicario vislumbró la situación e intentó levantarse, pero una voz se lo impidió.

—¡No se mueva! Y tú, Stanton, levanta las manos en alto —les advirtió el francés amenazante.

—Suéltala, Moine, esto es entre nosotros dos —dijo con voz calmada el duque, aunque mantenía la vista clavada en su novia.

—No del todo; por supuesto, que me ocuparé primero de ti y luego procederé con tu hermosa dama.

Nicholas dio un paso inconsciente hacia adelante, y de inmediato sintió el frío cañón de un arma en su nuca. Quedándose inmóvil, giró un poco la cabeza y se encontró con un gigante apuntándole con su pistola. Su rostro estaba cubierto de cicatrices y unos ojos verdes saltones lo miraban con malicia. La risa de Moine resonó por el lugar.

—¿Creías que vendría solo, bastardo? Un paso más y mi amigo te hace un agujero en la nuca —le dijo el conde sonriendo maliciosamente y dando una orden con la cabeza a su empleado.

De inmediato el grandote descargó con fuerza el arma sobre la nuca del duque. Este cayó de rodillas sobre el suelo, tratando de no perder el conocimiento y reprimiendo el lacerante dolor. Elizabeth gritó su nombre aterrada, mientras le suplicaba a su primo que dejara ir a Nick. El francés rio y pasó un brazo por su cuello aprisionándola contra él.

—Jimmy, acompaña a su excelencia —ordenó con ironía haciéndole una seña a su secuaz. Dándose la vuelta sin soltar a Lizzy, salió de la iglesia. Detrás de él su compañero arrastraba, sin miramientos, a un Nick todavía débil por el duro golpe.

—¿Por qué haces esto, Fermín? Siento mucho haber huido; no era mi intención lastimarte o humillarte. Por favor, no nos hagas daño. Entiende que el duque y yo nos amamos —le decía Lizzy a su primo con voz suplicante.

—¡Ya cállate, estúpida!, no me lastimaste de ningún modo. Aunque sí me dejaste como un imbécil ante medio Londres, y eso me lo pagarás en breve. Solo quiero casarme contigo para acceder a tu dote y poder mantener controlado al idiota de mi tío; ambos son piezas claves de un plan que me hará rico. Y por supuesto también me motiva la idea de por disfrutar de tu delicioso cuerpo hasta saciarme. Me encantará ver a tu duque sufriendo, atormentado por ti —le respondió apretando su agarre dolorosamente.

—No es necesario, Moine. Ni siquiera la quiero; solo es una mocosa impertinente y molesta para mí. No negaré que es atractiva, pero no más que cualquiera de mis amantes. Bien sabe que me acerqué a ella para investigar a su padre; el marqués es un maldito asesino. Y usted está involucrado en los

asesinatos y en el espionaje, pero ella es inocente de esos delitos. Déjela ir y llegaremos a un acuerdo —intervino con voz agrietada el duque desde el piso, levantando la cabeza y mirando al francés con cínica expresión. Lizzy lanzó una exclamación sorprendida, observando atónita el cambio que se había producido en el duque: sus ojos estaban fríos y su mueca, arrogante y petulante. Su primo rio divertido.

—¡Lo sabía!, era una farsa. Aunque déjeme decirle que hizo usted el ridículo, babeando como un perro detrás de mi prima. Es un maldito arrogante que cree que lo sabe todo; será muy agradable ver su cara cuando descubras cuán equivocado está. Sin embargo, se convirtió en un incordio metiéndose en mis asuntos y ha llegado la hora de sacarlo de mi camino —respondió el conde con perversa malicia.

—Piense lo que le dije. Si la deja ir, puedo prometer que no será culpado de nada. Solo el marqués pagará por sus delitos —insistió el duque persuasivo.

—Gracias, pero no lo necesito. No puedo permitir que culpen a mi tío de nada porque es mi contacto con la familia real. Además, es mi pase a una vida de riquezas, y eso sin contar que tendré disponible a esta belleza para tomarla cuando quiera —negó Moine acariciando un pecho de Lizzy con su arma. El duque lanzó una carcajada.

—No niego que la joven sea tentadora, pero tendrá que sufrir su lengua viperina. Le aseguro por experiencia que sus encantos no compensan su molesta compañía. Y sé que el rey querrá recompensarlo generosamente si entrega al asesino de Mayfair Square —siguió con voz fría Nicholas.

—Su propuesta es buena, pero no puedo arriesgarme. Además, tengo órdenes que cumplir. Lo siento, pero debo declinar. ¡Levántalo, Jimmy! El delincuente asió de un tirón al duque y lo empujó bruscamente hacia Mousse, manteniendo el arma pegada a su espalda.

Lizzy gritó cerrando los ojos. Su primo levantó su pistola y apuntó al duque directo a la cabeza; en sus ojos negros brillaba la locura y crueldad. Su mano

no temblaba cuando colocó su dedo en el gatillo. En ese momento Elizabeth clavó sus dientes con fuerza en el brazo del conde, que rodeaba su cuello. El lanzó un alarido y la pistola se disparó; el proyectil se desvió y pasó rozando al duque, e impactó finalmente en el secuaz del conde, que aullando se agarró el hombro izquierdo y dejó de apuntar al noble.

Moine se enfureció de inmediato y dejó caer el arma inservible. Tomando del cabello a Lizzy, le dio un fuerte golpe en la cara, y esta aterrizó sobre el suelo empedrado sintiendo rebotar su cabeza en él.

Simultáneamente el duque aprovechó su ventaja y giró de inmediato, lanzando una trompada al estómago de su atacante. Este cayó hacia atrás con un ruido seco, pero no soltó su pistola. Nick saltó sobre él intentando asir el arma y comenzaron a rodar golpeándose mutuamente.

Mousse no perdió tiempo: tomó a Lizzy y corrió con ella a su carruaje estacionado a pocos metros. Aturdida aún, ella no pudo evitar que la subiera al vehículo. Su primo la metió en el interior y cerró la puerta mientras subía al pescante para conducirlo. Cuando el carruaje comenzó a arrancar a toda marcha para alejarse de la capilla, un disparo resonó en el lugar, amortiguando el grito desgarrador de Elizabeth.

—¡¡¡Nick!!! —lo llamó desesperada poniéndose en pie, asomándose a la ventana. Mientras el coche se alejaba de la iglesia, lo último que pudo ver fue el cuerpo del duque yaciendo boca abajo inerte.

Capítulo 18

Y se puso entre los muertos y los vivos; y cesó la mortandad.

Números 16:48

Pero mi amada se había ido, había ya pasado;

Y tras su hablar salió mi alma.

La busqué, y no la hallé;

La llamé, y no me respondió". Cantares 5:6.

William Albright, marqués de Arden, vació de golpe el contenido de su vaso y lo volvió a llenar. Normalmente no consumía alcohol al mediodía, pero esta vez la circunstancia lo ameritaba. Se encontraba en medio de un escándalo de épicas proporciones, no solo por el hecho de que su hija menor se había fugado en mitad de su propia boda, montada a caballo del duque de Stanton, sino porque en este momento la guardia real, acompañada de agentes del servicio real, habían irrumpido en su mansión, con órdenes de detener al hombre que Elizabeth había plantado en el altar. Al parecer su sobrino político era parte de una banda de contrabandistas y espías franceses, y pensar que le había concedido la mano de su única hija y, además, le había confiado mucha información sobre su trabajo como consejero real. Y había más: Fermin de Moine era el principal sospechoso en los asesinatos de Mayfair Square.

El magistrado John Seinfeld, junto a sus ayudantes de Bond Street, se hizo presente y, pasando entre los agentes que discutían con su hijo Sebastien, se ubicó frente a su escritorio, secundado por un vocero del rey. Al ver aquel despliegue oficial, el marqués sintió un escalofrío premonitorio y al instante supo que se avecinaban muchos problemas. Tantos años dedicados a trabajar con el rey y de ignorar a su propios hijos para intentar olvidar, para tratar de no pensar, de no sentir y enterrar ese pasado doloroso; y así le pagaba la vida. Estaba arruinado, acababa de perder lo único que había logrado conservar: su

honor y su buen nombre. Y mientras lo sacaban de su casa, a la que nunca había sentido como un hogar, pensó que después de todo no había valido la pena.

Entonces, con la mirada puesta en el rostro angustiado de su hijo, la desesperación inundó su cuerpo y su corazón, el cual hacía mucho no se aceleraba ante nada, ni palpitaba con violencia. Y en su mente solo quedó lugar para una única cosa e, impulsado por el repentino descubrimiento de que en realidad no estaba todo perdido, de que quizás era demasiado tarde para salvar su alma podrida y devastada, tal vez estaba a tiempo de redimirse de alguno de sus pecados. Aunque ya no quedara nada en él, de ese joven que un día fue y que quedó atrapado en su atormentado pasado, aún conservaba algo mucho más valioso que cualquier otra cosa; algo que merecía ser salvado más que nada en este mundo.

—¡¡Sebastien!! ¡¡Hijo, busca a Elizabeth, sálvala de Moine!!

—Gauss, cuando irrumpiste en mi almuerzo, acompañado de estos agentes, me dijiste que luego me lo explicarías. Ya dime, ¿qué diablos sucede? —interrogó Steven mirando el perfil de Sebastien, que cabalgaba a su lado.

—Eres el único que sabe dónde están el duque y mi hermana —respondió sin mirarlo Albrigh con su acostumbrado tono pedante.

—Mira, Albrigh, ya estamos llegando, pero no haré un metro más si no me explicas lo que está pasando —contestó Steven frenando su caballo—. ¿Por qué estás buscándolos con tanta premura y con la guardia real? Si piensas acusar a mi amigo de secuestro e impedirles estar juntos, no pienso ayudar...

—No es eso, Baltimore —lo interrumpió el conde deteniéndose a su vez y enfrentándolo—. Bien sabe Dios que lo último que quería era que mi hermana se casara con esa escoria y no está en mis planes arrebatársela al duque. Mi padre, por el contrario, luego del escándalo en la boda, quedó muy molesto y le dio la autorización a mi primo para intentar buscar a Elizabeth y traerla de vuelta. Acababa de salir de nuestra casa, cuando llegaron los agentes preguntando por él —siguió explicando con rapidez Sebastien.

—No me digas que es lo que estoy pensando —dijo Steven congelado en su

sitio.

—Sí, Moine es el asesino de Mayfair Square. La policía y la Corona llevan meses investigándolo por eso y por su participación en una red de espías franceses. Aprovechando el día de su boda, requisaron su vivienda y descubrieron múltiples pruebas. Mi padre fue detenido porque, al parecer, encontraron algo que lo incrimina, pero él es inocente, lo sé —contestó con voz grave y preocupada Gauss.

—¡Maldición, todo este tiempo lo teníamos ante nuestras narices y no lo vimos! Aunque a Nick se le había encomendado investigarlo por sus conexiones con contrabandistas franceses y españoles, a él y a tu... ummhh —vaciló Hamilton y, al percatarse de que estuvo a punto de contar sobre su misión de investigar al marqués de Arden, cambió el tema de conversación—. ¿Y dices que Moine puede estar tras mi amigo? Con las horas que pasaron puede que haya dado con ellos, ¡diantres! —siguió Steven ignorando la mirada escéptica de Gauss.

—¡Milord, se acerca un carruaje a toda marcha! —gritó el agente de Bond Street, girándose un poco en su montura.

Steven vio un carruaje negro yendo a una velocidad temeraria en dirección contraria a ellos.

—¡Lo conduce el mal nacido de mi primo! —exclamó con la cara blanca Sebastien Albrigh.

«¡Maldición!, que no sea demasiado tarde», pensó desesperado Steven. Por lo que se veía a la distancia, el francés iba solo, lo que significaba que o bien tenía a Nick y a Lizzy encerrados en el interior, o escapaba luego de hacerles daño. Aunque no estaba todo perdido, todavía podían detenerlo. El carruaje se toparía con su comitiva, ya que solo había un camino para transitar hacia Londres. Además del conde de Gauss, Steve iba acompañado de cuatro agentes de Bow Street armados.

Pronto estuvieron a la misma altura del vehículo; ellos apuraron a sus monturas cabalgando hacia él. El conde francés los vio y abrió los ojos sorprendido. Cuando estuvieron cerca, Steven le gritó:

—¡Detente!, no tienes escapatoria. —Pero él no desaceleró ni tampoco mostró intenciones de frenar, sino que tiró de las riendas con violencia, virando el coche hacia el costado derecho. El carruaje se tambaleó peligrosamente sobre las ruedas derechas y volvió a estabilizarse mientras Moine emprendía una frenética carrera entre la frondosa vegetación.

Baltimore, Gauss y los oficiales galoparon veloces tras él, dando gritos de alto. El francés, sin detenerse, aceleraba más aún los caballos; desesperado, trataba de perder a sus perseguidores. El conde de Gauss clavó los pies en los flancos de su caballo, adelantando la comitiva hasta posicionarse audazmente junto a la puerta del carruaje. Moine se percató de su intención y giró bruscamente hacia la izquierda, lo que ocasionó que él mismo comenzara a descender sin control por una empinada pendiente.

Sebastien y su montura quedaron atrás, por lo que pronto los demás lo alcanzaron. El terreno no les permitía seguir a caballo, así que saltaron de estos, corriendo detrás de Mousse.

—Es mejor dejar que los oficiales lo sigan; nosotros vamos a buscar a Nick y a Elizabeth —le dijo Steve.

—¡Lleva a Lizzy dentro! Hace unos segundos pude verla, ¡tenemos que alcanzarlo! —vociferó Gauss sin darse vuelta.

Entonces vieron cómo el carruaje bajaba a trompicones y se dirigía hacia una profunda zanja en el camino. Mousse intentaba en vano frenar a los caballos y estos se desbocaban, lo que ocasionó que el coche cayera en picada por la zanja. Y cuando tocó el fondo, sus cuatro ruedas se partieron y comenzó a dar incontrolables tumbos.

—¡¡¡Nooooooo!!! —gritó aterrado el hermano de Elizabeth, mientras bajaba mitad corriendo, mitad deslizándose hacia el carruaje. Frenético, llegó hasta el carruaje, que luego de dar numerosas vueltas, se detuvo quedando sobre su costado—. ¡Elizabeth! —repitió mientras saltaba sobre él y tiraba de la puerta. Su hermana yacía inmóvil; el cabello le tapaba el rostro. Rápidamente, Sebastien se inclinó dentro y la sacó del interior, poniéndose de pie con ella en precario equilibrio.

—Gauss, te ayudaré —ofreció Baltimore desde abajo extendiendo los brazos hacia ellos. Él le pasó el cuerpo de Lizzy y bajó de un salto. Juntos la depositaron en el césped. Steven tomó su muñeca y comprobó su pulso, mientras su hermano le apartaba el pelo de la cara.

—Su pulso es lento pero regular —le dijo intentando tranquilizarlo.

—Elizabeth, ¡despierta por favor! —exclamó atemorizado Sebastien y comenzó a palparlo, buscando huesos rotos, y a sacudirla con urgencia.

—Calmate, Albrigh, solo ha perdido el conocimiento debido, seguramente, a un golpe en la cabeza. No tardará en despertar —intervino Steven frenando sus manos.

Dejándolo con su hermana, Steven se puso en pie y caminó hasta donde los agentes formaban un círculo mirando hacia abajo. Cuando llegó hasta ellos, vio el cuerpo de Moine yaciendo boca abajo. Estaba muerto; había salido despedido y aterrizó varios metros después. Tenía el cuello roto y las piernas quebradas en un ángulo extraño. Steven miró sus ojos negros abiertos, sin compasión. Realmente no se merecía una muerte tan benévola; ese mal nacido debería haber pagado por sus crímenes.

—Señores, necesito que me acompañen a buscar al duque —dijo a los hombres rogando por que su amigo estuviese bien aunque, conociéndolo, tendría que haberlo matado para haber logrado separarlo de su novia.

Lo primero que escuchó fueron unas voces apagadas ubicadas a poca distancia. Despacio abrió los ojos y vio que se encontraba en sus aposentos Sweet Manor.

«¿Qué hacía en su mansión solariega?», pensó confuso levantando un poco la cabeza, y apoyándola nuevamente en la almohada con un quejido de dolor.

—¡Nick, despertaste!, no te muevas —dijo la voz de Steven mientras se acercaba a su cama.

—¿Qué sucedió? —«Rayos ¿ese crujido es su voz?», pensó Nick sorprendido.

—Tranquilo, no sé qué pasó con certeza. Aunque te encontramos aquí siendo atendido por un médico, y en compañía del párroco local —le explicó Steven señalando al vicario parado junto a la ventana.

Cuando Nicholas lo miró, los recuerdos vinieron a él en tropel: la capilla, las flores, el piano, una pistola, el francés amenazándolo y... ella.

—¡Elizabeth! —dijo incorporándose de golpe con el rostro demudado por el miedo.

—Nick, no te preocupes, ella está bien. Impedimos que se la lleve. *Lady Elizabeth* está descansando aquí en el cuarto de visitas —le dijo su amigo con un ademán tranquilizador.

—¿Descansando dijiste? ¿Qué le hizo ese bastardo? ¡Lo mataré! Tengo que verla —exclamó Nick al punto de levantarse veloz.

—¡Nick, espera! El médico dijo que no puedes moverte. Tienes un corte en la cabeza y múltiples hematomas —gritó Steven corriendo por el pasillo detrás del duque, enviándole una mirada de disculpas al vicario, que había quedado paralizado ante el exabrupto del noble.

Ignorando los gritos y el dolor agudo que sentía en su cabeza, Nick caminó con urgencia; pronto llegó al cuarto y abrió la puerta sin golpear. Ella estaba acostada boca arriba con su hermoso rostro algo pálido. La doncella, sentada junto a su cama, abrió los ojos escandalizada al verlo irrumpir.

—Puede retirarse —ordenó el duque con impaciencia deteniéndose al pie de la cama.

Inmensamente aliviado, Nicholas observó que la joven estaba dormida y que su respiración era regular y tranquila. Un suspiro salió de sus labios.

—¡¡¡Niiiiick!!! —gritó su amigo entrando detrás de él—. Detente, ¿no te das cuenta de que estás...

—¡Desnudo! —interrumpió la voz de Elizabeth.

Nicholas, desconcertado, bajó la vista y corroboró que solo vestía su propia piel. Regresó la vista hacia ella y la encontró despierta con los ojos abiertos como platos. Su mirada descendió descaradamente hacia abajo,

pasando por una parte de su anatomía que pareció percatarse de su escrutinio y quiso dedicarle una reverencia. Lo que causó que la joven apartara la vista avergonzada y que Nick, incómodo, tomara un almohadón y se cubriese.

—Perdoname, amor mío, estaba tan preocupado por ti que no reparé en mi falta de ropa —se disculpó con la cara completamente ruborizada. «Por primera vez en tu vida te has sonrojado», pensó escuchando la risotada de Steven.

—¿Amor mío? ¿Quién es usted? —respondió Elizabeth con expresión confundida a un atónito Nick—. ¿Por qué me mira así? No sé quién es usted y no soy su amor ni mucho menos —dijo Lizzy clavando sus ojos violetas en él con indiferencia.

Un silencio tenso le siguió a esa declaración. Mientras, Nicholas la observaba pasmado.

Steven carraspeó nervioso sintiéndose de sobra en aquel duelo de miradas. Así que retrocedió un paso para dejarles un poco de intimidad.

Mandando la discreción al diablo, Nick se acercó a ella y fue testigo de cómo sus ojos se abrían debido a su cercanía. Su respiración se aceleró y un rubor furioso cubrió todo su rostro. Su mirada descendió por el torso desnudo de Nicholas y definitivamente no parecía escandalizada, más bien su expresión dejaba entrever su interés por él.

—Elizabeth, mi amor... ¿Qué dices? Soy Nicholas, ¿no me reconoces? —inquirió espantado dando un paso hacia ella.

—¡Señor, le exijo que salga inmediatamente de mi habitación!, es usted un... ¡un perverso! —lo acusó Lizzy mirándola furiosa y despectivamente, cruzando los brazos en su pecho.

—Pero... pero ¡no puede ser que no recuerdes quién soy! Mi amor, por favor, dime que no es cierto —le rogó Nick, compungido, intentando tomar su mano, pero recordando que no podía soltar el almohadón que cubría su desnudez. La joven iba a responder, pero un grito alarmado se lo impidió.

—¡NICHOLAS WILLIAM BLADESTON!, ¡¿QUÉ SIGNIFICA ESTO?! —gritó desde la puerta *lady* Honoria espantada.

—¡¡Ohh, por Dios!! —barbotó Clarissa tapando sus ojos con ambas manos y reprimiendo la risa a duras penas.

—Madre, no es lo que piensas. Ahora te explico, solo dame un momento con Elizabeth —dijo Nick incómodo.

—¿Acaso has perdido la cordura? Primero llego a la ciudad y me recibe un escándalo que tú has provocado al huir con una novia a caballo. Luego llego aquí y te encuentro desnudo con esta joven. Dime que por lo menos te casaste con ella antes de... de consumir —espetó enojada su madre haciendo un ademán hacia ellos.

—Y ¿qué te sucedió?, porque llevas la cabeza y las costillas vendadas, hermanito —lo interrogó Clarissa preocupada. El duque solo atinó a mirarlos, demasiado aturdido ante el ataque del trío femenino.

—*Lady* Clarissa, duquesa, por favor, yo las pongo al corriente. Pero Nick debe regresar a la cama: tiene un corte en la cabeza y tres costillas dañadas. Y *lady* Elizabeth acaba de despertar luego de haber tenido un terrible accidente. Urge que la revise un médico —intervino Steven desde un costado, lo que ocasionó que Clarissa diera un salto nervioso, sorprendida de verlo.

—Eso no es necesario, milord, yo me siento bien y quiero irme de aquí antes de que anochezca —dijo Lizzy desde la cama ignorando la mirada estupefacta y fulminante del duque.

—¡¿Qué?! No, ¡no te irás! Ni creas que me tragaré ese cuento de que no sabes quién soy; voy a vestirme y regreso. Steven, no permitas que se mueva de esa cama, o ¡te meto un tiro donde ya sabes! —interrumpió autoritario el duque, molesto por la actitud beligerante de la joven. Dicho esto se encaminó hacia la puerta con paso airado, lo que provocó que la joven, al ver su trasero desnudo, sofocara un grito.

La duquesa lo siguió regañando escandalizada, mientras Clarissa y Steven se partían de risa.

—Les pido que me dejen sola, quiero adecentarme para poder salir de esta casa —replicó Lizzy ruborizada hasta el cuello.

—Milady, no puede irse aún, su hermano me matará si lo permito. Él dejó

instrucciones para que aguarde su regreso —anuncio Steven, tratando de persuadirla.

—¿Mi hermano? ¿Cómo sabe Sebastien donde me encuentro? ¿Y a dónde se fue? No me creo que me haya dejado aquí —preguntó confundida.

—Después de su huida con Nick, la guardia real fue buscar a su primo para detenerlo bajo cargos de asesinato. Pero Moine había partido con autorización de su padre tras de usted. Ante esto, temiendo que el francés la dañara, su hermano pidió mi ayuda para localizarla. Así dimos con ustedes, pero llegamos tarde: Moine había lastimado a Nick y huía con usted cuando interceptamos su carruaje —le explicó paciente Steven.

—Eso ultimó lo recuerdo. Mi primo irrumpió en la capilla junto con un cómplice; ambos, armados, nos amenazaron y él iba... quería matar a... —Lizzy se interrumpió y su rostro palideció de repente—. ¿Mi hermano está bien? ¿Por qué no está aquí? —le preguntó ansiosa.

—Sí, no se preocupe, Gauss está bien, pero tuvo que acompañar a los oficiales para encargarse de su primo... y de otros asuntos —contestó el conde algo evasivo.

—¿Y... y Fermín? Él... —intentó preguntar la joven.

—Está muerto. Cuando escapaba, el carruaje volcó y él no sobrevivió. Su cómplice sufrió dos disparos, pero no fueron mortales. Fue arrestado y tendrá que responder muchas preguntas antes de ser ahorcado —respondió Steven con voz grave.

—¡Oohh, Dios! No entiendo qué se apodero de mi primo. Nunca imaginé que estuviera involucrado en los asesinatos ni en espionaje —dijo Lizzy tapándose el rostro con manos temblorosas.

—Milady, voy a buscar al doctor. Por favor, trate de no moverse, por lo menos hasta que la revisen —le respondió Steven esperando su asentimiento para salir del cuarto.

Clarissa lo siguió con la mirada, con una expresión extraña. Pero se quedó en la habitación y, sin esperar invitación, arrastró una silla y se sentó junto a la cama.

—Hola, ¿cómo se siente? —preguntó preocupada ante su palidez.

—Hola, *lady* Bladeston. Físicamente bien aunque, me duele la cabeza y la espalda —contestó Lizzy mirando a la joven rubia sorprendida por su interés.

—Oh, no me llame así. A pesar de que no somos amigas, me cae muy bien y no tardaremos en ser cuñadas. Por favor, llámame Clarissa; si no le molesta, claro —le dijo ella con una sonrisa amigable.

Lizzy se tensó al escuchar la referencia hacia su casamiento. Realmente no conocía lo suficiente a la joven como para confiarle lo que pensaba de esa boda y, en particular, la opinión que tenía en ese momento del desgraciado de su hermano. Pero su mirada era tan dulce y cálida que no podía negarse a su petición.

—No me molesta, será un placer llamarla Clarissa y, por supuesto, usted puede llamarme Lizzy —aceptó devolviéndole la sonrisa.

—Y dime, Lizzy, alcanzamos a escuchar que no recuerda a mi hermano, ¿es cierto eso? —preguntó Clarissa inquisitiva. Ella soltó un suspiro apesadumbrado y desviando la vista dijo:

—Sí, puedo decir que ese hombre al que llamas hermano es un completo desconocido para mí. Pensé que lo conocía, pero ahora sé que estaba equivocada.

El doctor ingresó al salón donde todos se encontraban tomando una merienda tardía. De inmediato Nick se puso en pie y caminó hacia el hombre mayor.

—Doctor, ¿cómo está ella? —preguntó ansioso.

—La joven presenta una contusión en la cabeza debido a dos golpes fuertes; uno de ellos fue el causante de la inflamación y la posterior pérdida de conocimiento —explicó el médico.

—Entonces, doctor, ¿su pérdida de memoria es permanente? ¿Hay alguna forma de ayudarla? Tal vez visitar otros especialistas o posibles tratamientos —dijo el duque con desesperación.

—¿Pérdida de memoria? La joven no tiene amnesia; solo lo que ya le expliqué y algunos moretones esperables. Le he recetado unas hierbas para el dolor de cabeza y una cataplasma. En unos días estará como nueva — respondió el doctor confundido.

Nicholas golpeó con su puño la pared a su costado y comenzó a lanzar enfurecidas maldiciones. El médico lo miró perplejo, desviando su vista aturdida hacia la duquesa, Steven y Clarissa, que observaban desde sus asientos.

—Doctor, permita que lo acompañe a la salida. Gracias por haber venido con tanta rapidez. Espero le transmita mis saludos a su... —La voz de la duquesa se perdió por el pasillo mientras escoltaba con disimulada prisa al hombre.

—Nick, debes calmarte. Poniéndote así no mejoras la situación. Lo mejor será esperar hasta mañana y tratar de hablar con *lady* Elizabeth —propuso Steven acercándose hasta el duque.

—¿Mañana? Estuve toda la tarde esperando que la señorita me reciba, a lo que se negó rotundamente argumentando que no sabía quién era yo, y que ella no estaba de ánimo para conocer a nadie —respondió Nicholas caminando de un lado al otro despidiendo cólera y furia.

—Nicholas, Steven tiene razón, dale un tiempo. Puede que esté todavía conmocionada y aturdida —dijo su hermana tratando de hacerlo entrar en razón.

—¡De ninguna manera! Me va a oír ahora mismo, y que nadie se atreva a interrumpir o a asomarse hasta que haya terminado con ella —declaró con mirada resuelta saliendo del salón con paso airado.

Ignorando el agudo dolor que sintió en sus costillas, Nick subió de dos en dos los escalones de la amplia escalera de mármol. Cuando llegó hasta la habitación, se topó con una doncella que salía de la misma llevando consigo ropa de cama. Esta se sobresaltó al verlo, pero el duque se puso un dedo sobre los labios haciéndole una seña de silencio.

Luego entró en la alcoba y cerró la puerta. Elizabeth se encontraba todavía

en la cama, pero parecía estar dormida. También le habían puesto una venda en la cabeza, y una de sus mejillas comenzaba a mostrar un gran moretón color negro. Aun así era tan hermosa que le hacía perder el aliento. Sintiendo que con solo verla su pulso se aceleraba y su corazón emprendía una alocada carrera, se acercó hasta un costado de la cama y se sentó en la orilla de la misma muy cerca, pero sin rozarla. Sus largas pestañas eran casi rubias, al igual que sus cejas, y caían sobre sus ojos cerrados. Sin poder contenerse, Nick se inclinó sobre ella apoyando un brazo a cada costado de su cuerpo, y bajó su boca hasta sus suaves labios besándola ligeramente. La joven suspiró y, con un aleteo de pestañas, sus ojos se abrieron y se encontraron con los suyos sobre ella.

—Nick... —dijo en un susurro, sin pensar, y de inmediato se tapó la boca, alarmada por su desliz.

Capítulo 19

*“Y dije: Me levantaré ahora, y rodearé por la ciudad; Por las calles
y por las plazas.*

Buscaré al que ama mi alma”. Cantares 3:2.

*Viene el fin, el fin viene; se ha despertado contra ti;
he aquí que viene.*

Ezequiel 7:6

—¡Mentirosa! ¡Sabes quién soy! Lo supiste todo el tiempo y me engañaste deliberadamente —reclamó Nick en voz baja y poniéndose en pie exclamó—: ¡¿Por qué?! ¿Por qué lo hiciste?

—Yo no soy una mentirosa, tampoco te engañé. No sé quién eres o, mejor dicho, ya no sé quién eres —contestó Lizzy una vez se recuperó de la conmoción que le había provocado su tierno beso.

—¿De qué rayos hablas? Sé que todo esto es difícil; has pasado por mucho desde que huimos de Londres —siguió el, mirándola confuso y molesto a la vez. Sus ojos púrpuras se llenaron de lágrimas y él, conmovido, tomó una de sus blancas manos entre las suyas—. Estamos juntos, mi amor; esto pasará rápido, ya lo verás.

—Esto no pasará, y no estamos juntos. El hombre del que me enamoré no existe; tus palabras de amor, tus besos, tus caricias, cada momento fue una farsa. Solo me usaste, jugaste con mis sentimientos y me engañaste. Mientras yo te entregaba mi corazón y mi vida, tú llevabas a cabo tu venganza —dijo Lizzy arrancando su mano y limpiándose una lágrima que caía.

—Elizabeth... no... No digas eso. No es así lo que estás imaginando que pasó... no... ¡déjame explicarte, mi amor, por favor! —suplicó Nicholas conmovido por sus cortantes palabras.

—¡Jaja!, ¿quieres agregar más? Gracias, pero ya tuve suficiente, me quedó muy claro en la capilla. Para ti soy solo una mocosa molesta que toleraste para lograr tu objetivo —interrumpió soltando una carcajada carente de alegría.

—No puedes creer que dije aquello en serio, ¡por favor, Elizabeth, escúchame! —respondió Nick con aprensión.

—¡No!, solo dime una cosa. ¿Te acercaste a mí para investigar a mi padre? ¿Sí o no? —lo cortó levantando una mano para silenciarlo.

El duque la miró de hito en hito paralizado y atormentado. Mientras, Lizzy se abrazaba a sí misma y las lágrimas resbalaban ya sin control por sus mejillas.

—Elizabeth... yo... tienes que saber que te amo y lo de tu padre... —El grito de frustración que la joven lanzó lo hizo callar.

—¡Aaaagggggg! Ya no digas más. No puedo creerte una palabra. Todo fue un engaño, una ilusión. Te acercaste a mí para investigar a mi padre, me mentiste diciendo que necesitabas a una falsa prometida. No conforme con eso, me asediaste y enamoraste sabiendo que destruirías a mi familia. Solo querías vengarte, y no te atrevas a negarlo; tu hermana me dijo que la última víctima era tu mejor amigo. ¡Bien, felicitaciones! Lograste tu cometido. Querías una venganza, la tienes y de paso obtuviste una gran enemistad conmigo.

»Pero te tengo noticias, maldito tramposo: arruinaste la vida de un hombre inocente. Mi padre no tiene nada que ver con los crímenes, no es el asesino de Mayfair Square, ¡él es inocente! Espero que ese hecho te torture el resto de tu vida, la cual no pienso compartir contigo; no quiero saber nada de ti, impostor, canalla, mal nacido. ¡Veteeee! —Terminó ella, sollozando de dolor.

—Elizabeth... no... no lo hagas. No me eches de tu vida, solo pido que me escuches, ¡todo tiene una explicación! —insistió angustiado el duque, sintiendo su llanto como un puñal clavado justo en su corazón.

—Es demasiado tarde, ya no confío en usted. Por favor, retírese de mi cuarto, no quiero volver a verlo —respondió secando sus lágrimas y sosteniéndole la mirada fría y sin expresión.

—Escúchame, aunque no quieras saber nada de mí, debemos casarnos. Tu reputación está completamente arruinada; no puedes simplemente volver y pretender que no huiste de tu boda con un hombre. ¡Te destrozarán!, entiéndelo —argumentó impotente Nicholas.

—Ese ya no es su problema, excelencia; de mi reputación y mi vida me ocuparé yo. Y nada me importa menos que lo que piensen de mí sus pares. No pienso casarme con usted solo para agradarle a esa patética gente llamada nobleza. Por mí pueden irse al infierno y llevárselo a usted, de paso. Ahora ¡retírese!, o gritaré tan fuerte que me oirán hasta en Londres. —Terminó Lizzy señalándole la puerta airadamente.

—Solo una cosa puede lograr que salga de aquí. Dime que no me amas, Elizabeth, dilo y prometo que no sabrás de mí nunca más —contestó esperanzado, aguardando su respuesta.

—Eso es fácil, escúchalo bien y convéncete de una vez: *yo no te amo* —declaró Lizzy remarcando cada palabra y clavando sus ojos en él con desprecio y odio.

El duque se quedó mirándola en silencio. Su mandíbula se contrajo y apretó los dientes con enojo. Pareció que iba a decirle algo, pero luego de un momento inclinó la cabeza despidiéndose y, sin más, salió de la habitación, cerrando con un fuerte portazo.

Elizabeth dio un brinco al oírlo, y se desmoronó en la cama dejando salir todo el sufrimiento, angustia y dolor que le provocaba perder al único hombre que amó y que, a pesar de su engaño, amaría por siempre hasta su último aliento.

—¿Y bien? —preguntó Nicholas con gesto esperanzado al ver entrar al salón a Clarissa.

—Lo siento, hermano, no quiso recibirme. La doncella que la está atendiendo me dijo que no quiere ver a nadie y que cenar en su habitación —respondió con pena ella viendo cómo el rostro de su hermano se entristecía.

—¡Perfecto!, no me perdonará —se lamentó el duque poniéndose en pie mientras pasaba sus manos por su pelo con desesperación y se detenía de

espaldas frente a la ventana.

Todos en el salón lo observaron en triste silencio. Clarissa se sentó junto a su madre y le hizo seña a Steve para que hiciese algo. El conde carraspeó, algo incómodo ante la situación; se levantó y se acercó al aparador para intentar pasar con una copa ese mal trago.

Luego sirvió uno para su amigo y con paso vacilante caminó hacia él.

—Nick... creo que te debo una disculpa. No sabes cuánto lamento que por mi culpa estés así —le dijo interrumpiendo su taciturna contemplación.

—Se puede saber ¿de qué diablos hablas, Hamilton? —respondió Nick volteando a verlo.

—Me refiero a que si no fuera porque te insistí para que te hicieses pasar por el pretendiente de *lady* Elizabeth, no hubieras acabado en esta situación. Pero te aseguro que me siento muy culpable y... no sé... lo lamento. —Terminó Steven con gesto serio, algo muy poco habitual en él.

—No te preocupes, algún día te contaré toda la historia, pero yo estaba destinado a enamorarme irremediabilmente de Elizabeth. Desde el primer momento en que la vi, lo supe y, cuando ambos la vimos entrar en ese baile, fui hacia ella no por ti, sino porque ni el mismísimo Napoleón y sus tropas podrían habérmelo impedido —confesó Nick volviendo a mirar al exterior, haciendo un involuntario gesto de incomodidad al sentir que su voz se quebraba por el llanto reprimido en su garganta.

—Vaya... hermano... esto... mmm. En realidad sabes que no soy el más experimentado en los asuntos del amor; no sé cómo es estar enamorado ni que te rompan el corazón. Pero tal vez debas darle tiempo, porque solo basta mirarla para saber que ella te ama, y cuando se le pase el enojo se dará cuenta de que no la engañaste —respondió Steven tenso, tomando de su vaso.

—Eso espero, pero sabes que la paciencia no es una de mis virtudes precisamente, como la cobardía tampoco es uno de mis defectos. ¿Ese trago es para mí? —le dijo Nick apiadándose de su amigo, quien parecía querer salir corriendo.

Lizzy:

Lamento haber tenido que partir antes que despiertes, pero no tuve alternativa. Seguramente ya estás al tanto de la verdadera identidad de nuestro primo y del arresto de nuestro padre. Lo último que quisiera es preocuparte, pero debes saber que padre ha sido detenido bajo los cargos de posible complicidad, conspiración, espionaje, traición y asesinato, y de ahí mi urgencia por llegar a Londres.

Ahora sé que tanto Moine como el marqués y yo hemos sido sospechosos y objeto de investigación hace meses. Seguramente estarás pensando cómo terminamos padre y yo en ese aprieto. Bien, en un principio fue la aparición de Mousse en nuestro hogar y luego, un anillo perteneciente a nuestra familia, hallado en el cuerpo de una víctima del asesino. Moine tenía un anillo en su poder, claramente le fue heredado de nuestro tío Gerard, el anterior conde de Mousse. Lo que las autoridades no sabían es que ese anillo no pertenece a nuestro padre, sino que cada varón Albright hereda uno idéntico con el blasón de la familia al nacer. Afortunadamente, yo tengo el mío, y confirmé con padre que él aún conserva el suyo. Como las acusaciones solo pesan sobre él, solo queda hallar su anillo, y así tendremos las pruebas para por lo menos desestimar la acusación de asesinato que pende sobre el marqués.

Aun así, quedan muchas incógnitas por resolver, como la repentina obsesión de Moine en casarse contigo y la razón por la que quería inculpar a nuestro padre de los asesinatos. Por el momento no tengo respuestas, pero créeme que no me detendré hasta resolver este misterio.

Así que, por todo esto, no podré ir a buscarte como prometí; te pido que no te aflijas ni intentes venir a Londres; yo me ocuparé de todo, pero necesito saberte a salvo. Sabes que solo deseo que seas feliz y, sin importar la decisión que tomes, te apoyaré. Si decides no casarte con el duque a pesar del escándalo que eso conlleva, tienes mi aprobación. Sin embargo, no puedes volver a Londres por un tiempo. No bien llegué a casa, recibí una nota de lady Asthon; en ella nuestra tía me pedía ayuda desesperada, ya que

Emily ha desaparecido. Se suponía que debía llegar ayer a la casa de Sussex, de su padre, pero nunca llegó a destino. Lo peor es que nadie tiene idea de dónde se encuentra, por lo que deberé empezar su búsqueda con urgencia. Ángel, tú tienes la palabra final. Por mi parte, me ocupé de escribirle a nuestra abuela, y Margot estará preparada para recibirte en su casa en caso de que desistas de unirte en casamiento con Stanton. Solo te pido que me hagas saber tu elección y que no dejes de enviarme noticias tuyas. Prometo mantenerte al tanto de todo y reencontrarnos pronto. No tengas miedo, pequeña, esto solo es un tropezón, no una caída.

Te ama,

Sebastien.

Pd: Te envié un carruaje, por si decides partir hacia Francia. Te llevará hasta el puerto de Londres, y allí te espera tu transporte a la isla.

Soltando un apesadumbrado suspiro, Elizabeth cerró la extensa carta. Su hermano había respondido a casi todas sus dudas y preguntas. Hacía poco había amanecido y ella, que no había pegado un ojo durante toda la noche, ya se encontraba de pie y vestida cuando le trajeron la misiva.

Abrazándose a sí misma, Lizzy caminó hacia la ventana y vio el carruaje que había mencionado su hermano detenido, un poco alejado de la mansión.

«¿Qué vas a hacer, Elizabeth?, no puedes seguir ocultándote en este cuarto», pensó pegando su frente al cristal, como si en el exterior estuviera la respuesta que necesitaba.

Casi al instante apareció ante su vista un hombre vestido con ropa de viaje; él bajó la escalinata de la entrada y ajustó su sombrero con una mano. Curiosa, Lizzy observó su ancha espalda, preguntándose quién sería aquel extraño.

De repente su corazón se detuvo en su pecho. «¡Dios, no me digas que es quien pienso!», pensó alarmada pegando su cara a la ventana hasta quedar aplastada, intentando ver mejor al caballero.

Pero su sospecha fue confirmada cuando él se giró repentinamente y abrió

los brazos para recibir a una rubia joven. Clarissa se abalanzó sobre él, y después intercambiaron unas palabras para luego despedirse con un beso en la mejilla. Un carruaje se detuvo en la entrada, al mismo tiempo que un lacayo aparecía con las pertenencias del duque y las depositaba en el coche.

Sintiendo una fuerte opresión en el pecho y en el estómago, Elizabeth observó a la duquesa y al conde despedirse de Nicholas. El aire huyó de sus pulmones de golpe, y el pánico corrió por cada una de sus venas.

Se marchaba, él se iba. ¡Oh, Dios!, esto dolía y mucho, ¿por qué le hacía esto? «¿Qué esperabas? Tú misma lo empujaste a hacerlo. Le dijiste que no lo amabas y que no querías saber nada más de él. ¡Perfecto!, tu deseo se cumplió: no volverás a verlo», le reprochó su Lizzy interior.

—¡¡Niiick!! —gritó desesperada golpeando el cristal. Pero nadie afuera pareció percatarse de ello. Cada vez más alarmada vio cómo Nicholas volteaba y se encaminaba hacia el coche.

Entonces, decidió que tenía que hacer algo para impedir que se fuera, por lo que salió corriendo de su cuarto; bajando como posesa las escaleras y trastabillando, se detuvo en la puerta. Llegó justo a tiempo para ver cómo él subía y, quitándose su sombrero, se giraba para despedirse con la mano, sin llegar a darse cuenta de su presencia.

Su intento de llamarlo murió en los labios de Lizzy cuando se percató de la gran sonrisa que el duque tenía en su cara. Él... él parecía feliz y despreocupado: no se percibía ningún rastro de tristeza, decepción, molestia o dolor.

Tambaleándose, retrocedió por donde había venido. Con cada paso sentía su alma desgarrarse y su interior quebrarse.

«Todo ese tiempo tuve razón: Nicholas no me quiere, solo he sido un juego para él, un juego del que ya se ha aburrido», pensó dejando caer una lágrima tras otra.

Mientras subía las escaleras, escucho cómo el carruaje, que llevaba al único hombre que amó, se ponía en marcha, llevándose con él su maltrecho y arruinado corazón.

—Todo está listo, señorita; cuando usted quiera, partimos —le avisó su cochero al subirse al pescante del carruaje de la familia Albright.

—Bueno, debo irme. Dejenme agradecerles por toda su ayuda y, en especial, a usted, *lord* Baltimore por arriesgarse para rescatarme —dijo Lizzy despidiéndose de sus anfitrionas y del conde.

—No tiene nada que agradecer. Espero tenga un buen viaje, y disculpe por todo el daño que causé al investigar a su familia —le respondió un poco tenso el conde, clavando sus ojos verdes en ella.

Elizabeth solo asintió sin saber qué contestar a eso. Los tres la miraban con pena y algo más que no logró descifrar. Suspirando volteó hacia el vehículo que la esperaba, pero los brazos largos y suaves de Clarissa se lo impidieron dándole un cálido abrazo. Lizzy se lo devolvió algo vacilante y sorprendida. Luego de un momento de abrazarse, la joven le susurró al oído:

—Fue un placer conocerte, Elizabeth. Estoy segura de que nos volveremos a ver muy pronto. Solo te pido que cuando llegue el momento, le des una oportunidad. —Terminó con una sonrisa y luego la soltó.

Algo aturdida y confundida, Lizzy subió al vehículo con la ayuda del lacayo. La puerta se cerró tras de ella y, dejando caer su máscara de tranquilidad, se hundió abatida en el asiento. Reprimió su deseo de echar una última mirada a la casa y, perdiéndose en sus lúgubres pensamientos, cerró sus párpados rindiéndose por fin ante el cansancio.

El carruaje frenó con una fuerte sacudida: se detuvo tan bruscamente que Elizabeth salió despedida de su asiento y aterrizó de bruces en el alfombrado suelo del coche.

Aturdida, se agarró del asiento contrario para incorporarse.

—Qué rayos... ¡Thoom! ¿Qué sucede? —le gritó a su cochero.

Cuando sus oídos cesaron de zumbar, escuchó un gran alboroto fuera, una voz de alto y la negativa de Thom.

—¡¡Señorita, no salga del carruaje!! —tronó su sirviente.

El vehículo se sacudió cuando Thomas bajó. Se oyeron sonidos de pelea, gritos, advertencias, golpes y gruñidos.

«¡¡Ooohh, por Dios!! Son bandoleros», pensó alarmada Lizzy después de espiar con disimulo por la ventana.

Un estruendo la hizo saltar en el asiento. Había sido un disparo: los delincuentes estaban armados.

—¡¡No se la llevarán!! —advirtió furioso su cochero.

Elizabeth entró en pánico al escucharlo. No se quedaría allí esperando a que maten a Thomas y la secuestren.

Frenética, se levantó y se inclinó hacia abajo tanteando en busca del compartimiento que recordaba; cuando lo halló, lo abrió rápidamente y sacó el arma de su padre. Sin detenerse a pensar, abrió la puerta del coche y saltó al exterior. El sol de mediodía le pegó en el rostro, nublándole la vista por un momento. Avanzó unos pasos, sosteniendo el arma entre sus manos temblorosas.

Dos hombres retenían contra el suelo del camino a su sirviente, que intentaba zafarse revolviéndose furiosamente.

—¡Suéltelo o disparo! —los amenazó Lizzy apuntándoles.

Los tres hombres voltearon su cabeza hacia ella. Thom la miró con los ojos desorbitados y los otros dos, perplejos; aunque no podría asegurarlo, puesto que llevaban sus caras tapadas. Aun así uno de ellos, que destacaba por su altura, le parecía bastante familiar.

Un estruendo de cascos de caballos los hizo mirar al frente. Y aquella visión atemorizante la paralizó, acelerando los latidos de su corazón más aún. Un enorme caballo negro se acercaba a toda velocidad hacia ella; sobre él cabalgaba un hombre vestido completamente de negro. Tenía un arma en la cintura y su rostro quedaba oculto por un pañuelo del mismo color.

—¡¡¡Señooriitaaa, corraaaa!!! —gritó Thomas desde el piso.

Saliendo de su parálisis, Lizzy giró y corrió lo más rápido que pudo en dirección contraria.

Escuchó más gritos y los cascos del semental acercándose a ella.

Aterrada aceleró sus movimientos, sintiendo el aire quemar en sus pulmones.

Tratando de no tropezar continuó con su huida, y corrió hacia un pequeño bosque a su derecha.

Su perseguidor la seguía de cerca pisándole los talones. Al internarse en el bosque, comenzó a correr en zigzag entre los árboles, tratando de dificultarle la opción de dispararle.

Las lágrimas de temor e impotencia empezaron a correr por sus mejillas al sentir que pronto debería rendirse.

Giró su cabeza un poco hacia atrás, y vio a su perseguidor pegado a ella.

El enmascarado de improviso saltó del caballo haciéndola aterrizar boca abajo, debajo de él. Las hojas amortiguaron su caída, pero el impacto le hizo soltar todo el aire de golpe.

De inmediato sintió el peso del cuerpo del hombre aprisionándola con fuerza, por lo que se alarmó y comenzó a revolverse frenéticamente. Él la presionó contra el suelo impidiéndole moverse, y luego apretó su mano hasta que soltó el arma de su padre.

— ¡¡¡Suelteme ahora mismo, basura!!! —gritó sacudiéndose Lizzy—. ¡¡Cerdo, animal, sapo venenoso, lo mataré!! ¡¡Maldito cobarde!! —vociferó furiosa.

Pero el sonido que salía de él frenó su embravecida rehilación de insultos. *¿Acaso se estaba riendo?*, porque su cuerpo se sacudía con sucesivos temblores.

— ¡¿Qué le sucede, idio...? —empezó a decir, pero su grave voz la interrumpió.

—Sshhh..., tranquila, no te haré daño; al contrario, quiero amarte, *doulce Alinne* —habló, susurrando seductoramente en su oído.

Aquella voz tan conocida la paralizó al instante, ocasionando que su cuerpo dejara de resistirse, se erizara y estremeciera a la vez. Su corazón dejó de latir

y su respiración se aceleró peligrosamente.

—Nick... eres tú —balbuceó en otro susurro Lizzy, sintiendo cómo la fuerza abandonaba y perdía la capacidad de movimiento.

Nicholas no le respondió. Se levantó tomándola en sus brazos, y regresaron al camino. Por el rabillo del ojo vio a su cochero sentado a un costado del camino, aceptando la mano que él, que ahora reconocía como uno de los lacayos del duque, le extendía al conde de Baltimore, parado a su lado, quien levantó su mano, agitando el pañuelo de bandolero hacia ellos, despidiéndolos con una gran sonrisa en su rostro.

El duque la llevó hasta otro carruaje apostado a un costado, y se sentó en el asiento con ella acomodada en su regazo. La puerta se cerró y el coche empezó a moverse. Él se sacó el pañuelo y bajó la vista hacia ella. Elizabeth solo pudo mirar esos preciosos ojos azules, encandilada por el amor que veía brillar en ellos.

Nicholas percibió la confusión y emoción que reflejaba su mirada violeta. Sin poder retener más su deseo, bajó la cabeza y besó sus suaves labios. La joven suspiró en su boca devolviéndole con igual pasión el beso. Él se separó un poco de ella para que ambos recuperaran el aire; Lizzy levantó una mano y la posó con ternura en su mejilla, lo que provocó que su piel se erizase.

—No te fuiste... no me dejaste — murmuró ella transmitiendo en esas palabras el amor que sentía por él.

—No, mi amor, estoy aquí, nunca te dejaría. Si lo hiciese, no podría seguir viviendo, literalmente, porque mi corazón te pertenece y solo late si estoy junto a ti —respondió en un murmullo apretando con su mano la de ella.

Los ojos de Elizabeth brillaron por las lágrimas de felicidad, pero comenzaron a cerrarse cuando el cansancio y el peso de todas las emociones vividas cayeron sobre ella. Sintiendo que Morfeo la envolvía lentamente, Lizzy se apresuró a decir:

—Nicholas, te amo...

—Y yo a ti, ángel. —Oyó que el duque decía con voz ronca, pasando su mano por su cabello suavemente.

Ya con sus ojos cerrados, una pregunta invadió su fatigada mente.

—¿A dónde vamos?

—Descansa tranquila, mi amor, yo velaré tu sueño —contestó él; en su tono se percibía una gran sonrisa—. Gretna Green, Escocia, nos espera.

Capítulo 20

*Porque ciertamente hay fin, y tu esperanza
no será cortada.*

Proverbios 23:18

*Las muchas aguas no podrán apagar el amor,
ni lo ahogarán los ríos. Si diese el hombre todo por este amor.*

Cantares 8:7I

Cuando Elizabeth despertó, de inmediato se percató de que ya no estaba en el carruaje, sino en una blanda cama de un extraño cuarto que era sencillo pero acogedor.

Algo confundida, se sentó y levantó las sábanas que la cubrían para descubrir, avergonzada, que llevaba puesto uno de sus sencillos camisones de algodón.

«¡Ohhhh!, qué vergüenza, me muero si Nicholas fue el que me vistió o, peor, desvistió», pensó tocando con ambas manos sus mejillas ruborizadas...

¿Cuánto habré dormido? De seguro mucho, porque ya no se sentía como si un tropel de caballos le hubiera pasado por encima, y el dolor por el golpe en la cabeza había mermado. Además, por la ventana podía apreciarse cómo un hermoso atardecer saludaba a la noche que se avecinaba.

Estudiando el cuarto, se dio cuenta de que se trataba de una posada. En la habitación había una cama, una pequeña mesa con dos sillas y un mueble con cajones. Y por último, en el extremo había un biombo, donde seguramente estaría el orinal, que necesitaba con urgencia.

Corrió descalza por el burdo pero pulcro suelo de madera, y vació su vejiga con un sonido de alivio que salía de su boca.

—Así que por fin despierta, mi bella durmiente — dijo la voz ronca de

Nick haciéndola sobresaltar y pegar un grito.

Lizzy gimió avergonzada; no lo había escuchado entrar y él había oído lo que hacía atrás del biombo. Mortificada, terminó de asearse, pero no se atrevió a salir de su escondite.

Oyó que Nicholas caminaba hacia la mesa y luego, un ruido metálico.

—Ángel, ya puedes salir. Prometo no comerte... por ahora me conformaré con la cena —siguió diciendo él, con un tono divertido y seductor a la vez.

Lizzy sintió un estremecimiento cuando escuchó esas palabras. Miró hacia abajo, y su nerviosismo se acrecentó al ver que su camisón apenas si dejaba algo a la imaginación. Ya que si bien era blanco y virginal, como cabría esperar, estaba confeccionado con una tela muy fina y pegada al cuerpo, debido a que le gustaba dormir fresca y cómoda y no enredada en metros de tela.

—Lizzy... —volvió a decir él ahora con un tono de advertencia—. Si no sales, me veré obligado a ir por ti; no me digas que mi intrépido y temerario ángel se ha convertido en un tímido y temeroso ratoncillo —dijo pinchándola con obvia intención de provocarla.

Lizzy soltó el camisón que había intentado estirar lejos de su cuerpo, y se enderezó envalentonada. Él sabía dónde tocar para que su Lizzy insensata saltase y cogiera al vuelo cualquier reto a su alcance.

—No lo creo, su excelencia —contestó mientras salía y se paraba en el centro del cuarto.

—Por supuesto, no esperaba men... —empezó a decir, de espaldas a ella, acomodando un plato con comida en la mesa, pero se interrumpió cuando giró y la vio. Tragando saliva, bajó la vista lentamente hasta sus pies, que quedaban al descubierto al igual que sus tobillos, volviéndola a subir hasta su cara.

—¿Decía, milord? —inquirió Lizzy tocándole el turno de provocarlo divertida.

—Ya no recuerdo lo que decía —respondió el duque clavando sus ojos azules en ella, con una mirada tan apasionada que las piernas de Lizzy

temblaron—. Pero debes cubrirte, Elizabeth —carraspeó con la voz convertida en un áspero sonido, dándole la espalda con brusquedad...

Elizabeth se sintió complacida y nerviosa por su reacción. Pero la Lizzy curiosa le ganó a la prudente.

—¿Por qué?, no es como si fuera la primera vez que ves a una mujer así.

Él no contestó y comenzó a prender las velas que estaban en la mesa sin volver a mirarla. Lizzy vio que sus manos le temblaban, y eso la hizo sentirse más hermosa y femenina que nunca.

—Además, le dijiste a mi primo que no era más atractiva que cualquiera de tus amantes —puntualizó. Recordando ese momento y aquel sentimiento de dolor y traición, regresó, lo que ocasionó que su pecho se cerrara nuevamente.

La espalda de Nicholas se tensó y apretó ambos puños con fuerza apoyándolos en las mesa.

Lizzy dejó de mirarlo y se dio vuelta hacia la cama para buscar algo con que taparse. Pero de repente se vio arrastrada por una fuerza superior; su espalda golpeó la pared y el cuerpo de Nick la aplastó con brusquedad haciéndole perder el aire de golpe.

Sus ojos azules la miraron con intensidad, y su aliento agitado rozó su nariz. Ella solo pudo mirarlo conmocionada por su repentina cercanía.

—No puedo pensar que por un instante, aunque fuera por un segundo, tu estés creyendo lo que dije en ese momento —dijo con voz baja y controlada, pero dura y tensa.

—¿Lo creíste? ¿Realmente piensas que te engañé, que jugué contigo, que no siento nada por ti? ¡Respóndeme, Elizabeth! —exigió al ver que ella lo veía muda.

—Yo... yo no lo sé. Dijiste muchas cosas; sonaste muy convincente y admitiste que investigaste a mi padre —respondió vacilante Lizzy—. Sin embargo, no puedo negar que me salvaste dos veces: una al impedir que me casara; la segunda vez, resultando herido, y finalmente volviste por mí aunque te echara de mi lado —terminó bajando la vista, incapaz de seguir viendo su expresión dolida.

—Elizabeth, escúchame —pidió Nick levantando su barbilla para hacer que sus ojos se mirasen; los de él, azules y brillantes, y los de ella, violetas y abiertos de par en par—. Una vez, junto a esa capilla, te abrí mi corazón y confesé lo que sentía por ti; pensé que te había quedado claro, pero ya veo que no. Así que lo intentaré nuevamente; es verdad y no negaré que me fue solicitado por la Corona investigar a tu padre, pero eso no tiene nada que ver ni es el motivo por el que me acerqué a ti.

—Entonces... ¿por qué me abordaste en ese balcón? Si no fue por mi padre, ¿por qué... —Nick puso un dedo sobre sus labios frenando su confundido interrogatorio.

—Sshhh... no me interrumpas, ángel. —La silenció con voz suave, acariciando el contorno de su cara—. La primera vez que te vi en aquel salón de reunión, rodeada de caballeros y disfrazada de hombre, escondida bajo esa gran capa y enorme sombrero, quedé absolutamente prendado de ti. Me sentí cautivado por tu irreverente valentía, tu refrescante franqueza, tu apasionada defensa de los menos afortunados y tu desinteresado y generoso corazón —siguió diciendo él sin apartar la vista de sus ojos—. Y tal como un hombre sediento perdido en el desierto, ante un vaso rebosante de agua, me vi atraído hacia ti sin poder evitarlo. Pero tú huiste de mí, y pasaron semanas en las que no pude más que pensar en ese ángel de ojos violetas. Te veía en cada joven, te imaginaba en cada cara y hasta dormido me perseguías apareciendo en todos mis sueños. Me desesperaba el no poder sacarte de mi cabeza, me enloquecía el no saber tu nombre, y me desquiciaba pensar que no volvería a verte —continuó hablando él haciendo una pausa para, con una sonrisa y mirada tierna, cerrar con un dedo la boca abierta de una conmocionada Lizzy—. Y cuando me encontraba desencantado y hastiosamente aburrido, tratando de esconderme de las mismas madres y jovencitas ávidas de un título, en aquel balcón apareciste tú iluminando con tu dorada luz mi oscuro y sombrío mundo falto de esperanza. —Mientras hablaba, sus dedos rozaron sus labios, lo que causó un estremecimiento a la joven—. Fue allí donde mi destino o, más bien, nuestro destino se selló. Al verte meciéndote en tu esplendor, tan bella, tan

hermosa, tan perfecta, me sentí total y completamente subyugado por ti. No fui capaz de mantenerme alejado de ti y por eso te besé, y cuando nuestros labios se tocaron lo supe; supe con irremediable certeza que por fin te había encontrado. Estaba en casa, había hallado lo que ni siquiera sabía que necesitaba o buscaba.

»A partir de ese momento, no hubo vuelta atrás: no tenías oportunidad de alejarte de mí ni chance alguna de escapar; ningún hombre podría tener posibilidad alguna contigo. Porque con ese beso te marqué como mía para siempre: sellé nuestro futuro y eternidad. Todo lo que sucedió después fueron solo pasos obvios para terminar donde nos encontramos hoy. No niego que en ese momento no lo tenía tan claro como ahora, que guardaba dentro sentimientos encontrados sobre el deber, la misión y lo que provocabas en mí. Pero nunca, escúchame bien, nunca te mentí, te usé o jugué contigo. Tampoco aproveché nuestra cercanía para averiguar algo sobre tu padre; solo cuando no estaba contigo vigilaba sus movimientos. Y cuando lo nuestro avanzó, no quise seguir y contraté agentes para que lo hagan por mí. Mi intención era confesarte todo, pero quería esperar a que la investigación llegara a su fin para hacerlo.

»Elizabeth, yo te amé desde el mismo momento en que tus dedos impactaron en mi mejilla en ese balcón y no dejé de hacerlo, desde entonces, ni un minuto. Tienes que creerme; lo que le dije a Moine fue para impedir que te dañara. Quería que creyera que no me importabas para que no te utilizara en mi contra. Cuando te apuntó con su arma, sentí que mi alma abandonaba mi cuerpo literalmente. Porque no resisto la idea de que algo malo te suceda; si te perdiera, se acabaría el sentido de mi vida. No podría seguir en pie ni tan siquiera continuar respirando o existiendo. Te amo tanto que duele; tanto que me asusto de mí mismo. Te amo de tal forma que estaría dispuesto a todo por ti: daría mi vida sin dudarlo por ti. Haría cualquier cosa que me pidieses; la más temeraria locura solo por ver una de tus sonrisas. Sí, lo haría mil veces y más todavía; estaría dispuesto a vivir sin ti si eso te hiciera feliz. Si no puedes creerme o si es demasiado tarde, si es verdad que ya no me amas, solo dímelo y te dejaré si así lo que quieres.

Ante estas palabras Lizzy quedó completamente conmocionada, pasmada, atónita, patidifusa, aturdida pero, sobre todo, conmovida. Por lo que no pudo evitar que los ojos se llenaran de lágrimas y que estas comenzaran a resbalar por su cara sin control.

Nicholas la observó en absoluto silencio aguardando una respuesta de su parte, pero al ver que callaba y se estremecía por el llanto, comprendió que eso era todo. Ella no le creía y ver el sufrimiento que eso le ocasionaba lo destruía desgarrándolo por dentro. Sus ojos comenzaron a arder; si no quería terminar de hacer el ridículo, debía salir ya mismo de allí.

Con el corazón en un puño dio un paso atrás y luego dos más hasta que, chocando con la puerta, la abrió y salió cerrando tras de sí. Apoyó un segundo la frente en la pared, tratando de calmar el atronador traqueteo de su corazón.

Le había costado toda su fuerza de voluntad abandonar esa habitación, donde quedaba la dueña de su alma, pero no tenía otra opción: debía respetar su decisión. Separándose de la pared, se obligó a caminar antes de que su reciente determinación flaqueara.

Sintiéndose vacío y perdido bajo las escaleras de la posada, se encaminó hacia la mesada de la taberna para tomar un trago. Pero el grito que resonó en la habitación lo interrumpió paralizándolo en el sitio y ocasionó que los pocos ocupantes de las mesas levantaran la cabeza sorprendidos, y que el tabernero dejara caer la botella que sostenía, mirando detrás de él boquiabierto.

—¡¡¡Niick!!! Aguarda... Te lo ruego —gritó con un tono desesperado Elizabeth desde algún punto.

Despacio giró y la vio parada en el último escalón, sosteniéndose con ambas manos de la baranda y con aquel camión tan revelador como única barrera entre su delicioso cuerpo, y decenas de ojos indiscretos; se quedó estático sin despegar la vista de esa fantástica visión.

La joven no se amedrentó ante el hecho de ser el centro de atención, sino que clavó sus ojos en él dejándolo sin aliento al ver el amor y la ternura que transmitían.

—Nick... por favor... no puedes irte —rogó con voz algo temblorosa.

—Elizabeth, ya no tengo nada que hacer aquí, dame una razón por la que debería quedarme —respondió suplicando en silencio que algo bueno saliera de ese desafío.

—Tú... tú dijiste que harías cualquier cosa que te pidiera —alegó Lizzy—. Bien, te pido que te quedes conmigo. —Terminó con tono ansioso y mirada vulnerable.

—Lo siento, pero esa no es una razón. Yo no puedo quedarme sabiendo que sufres ni tampoco obligarte a creerme o a que aceptes ser mi esposa —argumentó Nick comenzando a girar para marcharse.

—No tengo una razón, tengo ciento de razones, pero la principal es que te amo, Nicholas. Te amo más allá de todo. Te amo desde el primer momento que nuestros ojos se encontraron. Cuando te vi en esa reunión, rodeado de nobles egoístas y frívolos, negando con la cabeza ante sus ideas retrógradas y crueles, me sentí embelesada por ti. Y cuando nuestras miradas se cruzaron sentí temor, porque sabía que algo cambiaba en mí irremediabilmente. Pero definitivamente me conquistaste cuando saliste en mi defensa y demostraste que, debajo de esa imagen apuesta y poderosa, se escondía un hombre generoso y noble —respondió Lizzy con tono firme, logrando que el corazón de Nick se paralizara y luego iniciara una loca carrera—. Todo en ti me conmovió y desestabilizó tanto que decidí huir, pero toda la distancia que puse entre nosotros no logró sacarte de mi mente ni de mi corazón. Te pensé cada minuto de cada día, arrepintiéndome de haber escapado y diciéndome que era mejor olvidarte. Aunque leer continuamente sobre ti en el periódico y escuchar tu nombre en cada cotilleo no ayudaba mucho.

»Entonces, cuando me sentía frustrada, sola y perdida, choqué contra el dueño de mis pensamientos en ese balcón. Y al sentir tus labios sobre los míos, lo comprendí finalmente. Entendí que aunque hubiera luchado contra ese sentimiento, ya no había nada que hacer. Mi corazón le pertenecía a ese caballero de ojos azules irrevocablemente. Mi cuerpo, mi alma, mi mente y todo mi ser fueron tuyos siempre. Y solo existe una persona capaz de hacer que mi corazón siga latiendo y ese eres tú. Te amo, Nick; amo todo de ti,

absolutamente todo. Amo tu concepto del honor y de la responsabilidad, amo tu irreverente encanto, tu mal humor, tu posesividad, tu frecuente terquedad, tu implacable fuerza de voluntad y tu insufrible sentido del humor.

»Cuando te vi tendido en la entrada de esa capilla, creí que moriría sin poder decírtelo. Y quiero que ahora lo sepas: no hay nada que digas o hagas que pueda lograr, aunque sea por un segundo, que no te ame. Yo te amaré siempre; mi corazón dejó de pertenecerme para pertenecerte a ti. No hay nada en este mundo que no daría por ti; daría mil vidas por hacerte feliz. Y mil más por estar a tu lado; no sé si es egoísmo o cobardía, tal vez ambas cosas, pero no podría dejarte ir nunca. Te necesito a mi lado para seguir en pie y me niego a perderte. Solo te pido que me des la oportunidad de demostrarte que, como yo, nadie en esta tierra podrá jamás amarte. Porque ninguna persona podría amar hasta el punto de sentir que perderá la razón y la cordura si no estás a su lado. —Terminó, conteniendo el aliento, al ver su expresión imperita y seria.

—¿Y qué estás esperando? —interrogó él después de unos segundos, abriendo sus brazos en una clara señal.

Gritando emocionada, Lizzy corrió hacia él y se lanzó a sus brazos rodeándolo con sus piernas y besándolo con frenesí. Nicholas se apresuró a sostenerla, devolviendo el beso con igual ardor e ímpetu.

Los atónitos huéspedes, que se habían convertido en silenciosos testigos, prorrumpieron en aplausos y silbidos, por lo que lograron que los nobles se separasen ruborizados.

Elizabeth se percató de su atuendo provocador y miró a Nick suplicándole auxilio mientras intentaba cubrirse con su chaqueta. Riendo, el duque la levantó como un costal de papas y subió con ella hacia el primer piso, ignorando los gritos y las sugerencias subidas de tono de su regocijado público.

Llegar a Gretna Green les llevó dos días más de viaje, por la extensa carretera hacia Edimburgo, durante los cuales disfrutaron de su mutua compañía, rieron, conversaron y discutieron. Sobre todo cuando el duque se

negó a compartir la cama con ella y durmió en un catre a los pies de la misma. Lizzy no quería apresurar las cosas ni presionarlo, pero no entendía por qué él se tensaba y la miraba con una expresión que rayaba en el dolor físico, cada vez que ella sugería que durmieran juntos y abrazados. El duque se limitaba a decirle que muy pronto comprendería el porqué de su negativa, que quería esperar a ser su esposo. Y luego le daba un beso abrasador que los dejaba felizmente insatisfechos.

Un hermoso y primaveral día de abril, llegaron al condado de Dumfriesshire; el lugar al que se dirigían era el primer pueblo ubicado entre Inglaterra y Escocia.

El carruaje pasó veloz por las calles de Gretna Green, mientras Lizzy observaba embelesada el magnífico paisaje. Colinas verdes y ondulantes se extendían por doquier, cruzadas por el famoso río Esk.

Cuando llegaron a destino, Nicholas la miró expectante, y Lizzy rio al ver su expresión pícaro: parecía un niño a punto de abrir sus regalos navideños. El duque se apeó del vehículo y luego giró para ayudarla a descender.

Elizabeth se quedó viendo la fachada de una vieja y pequeña casa: tenía un gran tejado y plantas colgando de las paredes. En la puerta colgaba un letrero de madera escrito que decía «Blacksmith».

Nicholas fue a intercambiar unas palabras con su cochero mientras Lizzy, desorientada, miraba en todas direcciones, buscando la iglesia o una capilla al menos. La risa del duque, parado nuevamente a su lado, la distrajo. Todavía no se acostumbraba a verlo reír tan relajado y feliz, por lo que le llevó unos segundos percatarse de su expresión divertida, dirigida a ella.

—Puedes explicarme qué es tan gracioso, su excelencia —dijo adquiriendo una regia postura digna de una reina.

—Tu cara de desconcierto. ¿Qué estás buscando, mi amor? —respondió él dándole un pequeño toque en la nariz sin perder la sonrisa.

—Eso es obvio, ¿no crees? Pues la iglesia donde nos casaremos —bufó exasperada Lizzy.

—Estamos frente a ella, *lady* Elizabeth —contestó él tratando de no reír al

ver sus ojos desorbitados mirar el derruido lugar.

—Ya, está bien de juegos, Nick. El trasero me duele de tanto viajar en ese carruaje, y tengo hambre y sueño —reprocho viéndolo enfurruñada.

—Haré de cuenta que no dijiste la palabra *trasero* —replicó fingiendo un estremecimiento ducal—. Creí que mi pequeño ángel era una viajera más intrépida y aventurera —siguió diciendo Nick, riendo con fuerza, cuando ella le lanzó un airado puñetazo.

—Bueno, bueno, de acuerdo, te explicaré. No nos casaremos en una iglesia, sino aquí dentro; el dueño y su esposa nos están esperando —explicó señalando el lugar.

—¿Perdón?, pero ese cartel dice «Herrería». Dices que el dueño nos espera ¿y dónde está el párroco? —pregunto más confundida Lizzy.

—Ven, en unos minutos entenderás todo —aseguró poniendo la mano en su espalda para guiarla hacia la herrería.

El herrero, llamado Duncan Mc Alistar, un enorme hombre vestido con ropa de trabajo, los recibió invitándolos a pasar a su taller de herrería. Sorteando sus herramientas y trabajos, ella y el duque caminaron hacia donde él les indicó. Cuando se ubicaron el hombre pegó un grito haciendo sobresaltar a Lizzy.

—¡¡Brook, tenemos visitas, mujer!! —aulló con voz potente y gruesa, teñida de un fuerte acento.

Al instante apareció una mujer pequeña y de figura redondeada. Tenía un hermoso cabello rojo peinado en una larga trenza, y unos ojos verdes amables que se iluminaron al verlos.

—Buenas tardes, jóvenes, sean bienvenidos a nuestra casa. Supongo que vienen a casarse —dijo acercándose a ellos con una gentil sonrisa.

—Así es, señora Mc Alistar —respondió Nick haciendo una inclinación con su cabeza.

—Bien, es un hermoso día para realizar una boda —contestó ella aplaudiendo emocionada.

—Antes de comenzar debo saber algo —interrumpió Duncan haciéndolos mirar hacia él—. Señorita, ¿se encuentra aquí por su propia voluntad? ¿Este enlace cuenta con su total consentimiento? —preguntó clavando sus ojos grises en ella con seriedad.

—Sí, señor, estoy aquí para casarme en absoluto acuerdo —dijo firmemente, sintiendo la mano de Nick dándole un cálido apretón.

—Perfecto, entonces ven, Brook, para poder dar inicio... —comenzó a decir el herrero, pero su mujer lo interrumpió.

—¡Ooh, Duncan!, espera. Deja que esta hermosa joven se ponga más bonita y presentable para su boda —intervino con voz romántica Brook tomando la mano de Lizzy y tirando de ella fuera del taller.

—Gracias, señora Mc Alistar, yo había preparado una alforja con mi atuendo y otras cosas, pero al llegar no creí que podría usarlo —agradeció siguiéndola por el pasillo de su humilde pero impecable vivienda.

—Ohh, no es nada. Yo también me casé muy ilusionada un día y, aunque lo hagas aquí, no por eso debes estar menos hermosa. Los hombres olvidan el romanticismo a veces. Pero llámame Brook, por favor —dijo con su marcado acento, haciendo un ademán despreocupado.

—Espera aquí, haré que te traigan tu bolsa. Puedes usar los que quieras para prepararte; cuando estés lista, vuelve por donde vinimos. Te estaremos esperando en el taller. —Terminó ella señalando una cómoda repleta de frascos y cremas.

Cuando se quedó sola, Lizzy puso manos a la obra. Tomó un peine y cepilló su cabello hasta que brilló y cayó como una cascada por su espalda; se puso un poco de perfume y cubrió su boca con un suave ungüento que hizo brillar sus labios.

Un niño de unos diez años tocó la puerta y le pasó su bolsa con una tímida sonrisa. Y después de agradecerle, Lizzy sacó el hermoso vestido de muselina azul que había escogido para ese día.

De corte imperial, no tenía botones, por lo que podía ponérselo sin ayuda. Y así lo hizo, colocándoselo encima del corsé y la camisola que ya tenía.

Cuando se lo puso, la tela cayó hasta sus pies; el vestido era sencillo pero encantador.

Las mangas abullonadas eran de una brillante gasa plateada, al igual que el corpiño y el borde del vestido: todo haciendo juego con unas zapatillas plateadas. Se colgó el collar de perlas plateadas de su madre y, echando una última mirada a su imagen, guardó todo en la bolsa y salió.

En la herrería se oían voces amortiguadas. Cuando Lizzy se paró en el umbral de la puerta, las tres personas se volvieron a mirarla. Pero solo una se quedó estupefacta y embobada, mirándola boquiabierta.

—Elizabeth, estás preciosa —la halagó con tono embelesado el duque caminando hacia ella.

—Gracias, pero tú no te quedas atrás —correspondió pícaramente Lizzy, observando que él había cambiado su traje de montar marrón por pantalones y camisa negra, acompañado por una elegante casaca gris ribeteada en los bordes del cuello, pecho y puños con seda plateada.

—No te mereces menos, mi amor —dijo él con una sonrisa—. Toma, cuando estuve en Sweet Manor, recordé que allí se guardaba los tesoros de mi abuela. Y ahora que serás mi duquesa, son tuyos —prosiguió el duque ofreciéndole una hermosa caja de terciopelo carmesí.

—Oohh, Dios, es magnífico, Nicholas —contestó Lizzy abriendo la caja y quedándose sin aliento, al ver una hermosa diadema de perlas y diamantes engarzados, acompañado por un impresionante anillo en forma de perla, con un único zafiro azul en el centro.

—No más que tú, ángel —dijo Nick tomando la diadema y colocándola en su cabeza; y luego de cerrar la caja, depositó un beso en sus dos manos.

Y así, con el matrimonio de herreros como testigos de su unión, pusieron sus manos entrelazadas sobre un yunque de metal e intercambiaron sus votos, prometiéndose amor, fidelidad y felicidad eternos. El duque le puso el anillo en su dedo anular. Luego la tomó por la cintura para terminar de sellar la ceremonia con un atrevido beso, que los dejó sin aliento y deseosos de más.

Decidieron pasar su noche de bodas y luna de miel en la ciudad de

Edimburgo; por lo que, tras despedirse de la pareja que los había casado, siguieron viaje hacia el centro de Escocia.

Cuando llegaron a la propiedad que el duque arrendó para pasar su estancia en Escocia, Lizzy se encontraba presa del nerviosismo y la expectación.

Luego de cenar en un gran comedor, Nicholas le pidió que subiera y lo esperara preparada. Así que allí se encontraba, acostada con el cabello suelto nuevamente, vestida con un camisón de seda y encaje rosa, tapada hasta la barbilla sin poder evitar el miedo a lo desconocido.

Después de todo, nadie le había explicado lo que allí pasaría ni lo que se esperaría que ella hiciera. «Si Nick no se presenta rápido, me encontrará muerta por tener que pasar tanto nerviosismo y tensión», pensó sintiendo un temblor.

El sonido de la puerta al abrirse interrumpió sus pensamientos. En la oscuridad distinguió la silueta de su esposo caminando hacia ella; cuando pasó frente a la ventana, la luna iluminó por un instante, dejándole ver su cuerpo, cubierto por una fina bata de seda negra, y la parte superior de su pecho, desnuda asomando por ella.

«¡Oh, Dios, está desnudo bajo esa bata!», pensó más nerviosa aún Lizzy, sintiendo que su boca se secaba y su corazón comenzaba a latir frenéticamente.

Él se acercó hasta la cama y se acostó en el espacio que ella había dejado libre, colocando ambas manos bajo su cabeza. Y se quedó allí sin más, inmóvil mirando el techo.

Lizzy lo observó desconcertada por su actitud. Realmente creía que se abalanzaría de inmediato sobre ella, pero nada más lejos de la realidad.

—¿Nicholas? —dijo con tono dubitativo rompiendo el silencio.

—Ven aquí, pequeña —la llamó Nick, luego de un momento, sin mover un músculo.

—¿Qué? —contestó sonrojándose más.

—Ven, acércate —repitió en voz baja el duque.

—¿Aquí está bien? —preguntó ella arrastrándose por el colchón hasta

quedar a un roce del cuerpo masculino.

—No, más cerca —respondió él negando con la cabeza.

—¿Aquí? —volvió a preguntar tímidamente, cuando se acercó hasta que sus cuerpos se rozaron desde el hombro hasta sus pies. Su esposo se tensó y absorbió aire bruscamente.

—No, aquí —dijo el duque con tono profundo y ronco, tomándola de los hombros y levantándola en el aire hasta hacerla aterrizar, cuan larga era, boca abajo sobre él.

Elizabeth soltó un gritito de sorpresa, y luego se quedó sin aliento al chocar con ese cuerpo duro y musculoso, tan diferente al suyo.

—¿Estás nerviosa, ángel? —inquirió él comenzando a acariciar suavemente sus brazos y su espalda, y reteniendo la respiración cuando sus manos tocaron la curva de sus caderas.

—Humm... sabes que sí —respondió Lizzy sintiendo un escalofrío subir por su cuerpo con cada caricia.

—Bien, porque yo también lo estoy, princesa —confesó a su vez él, comenzando a depositar tiernos besos en su mandíbula.

—¿Tú también? No entiendo por qué, no es la primera vez para ti —contestó perpleja y distraída ella.

—Sí, es mi primera vez contigo, con la mujer que amo, con mi esposa y ahora amante. Y además, la primera vez que haré el amor de verdad; saber que seré el primer y único hombre en tu vida me hace sentir honrado y humilde. Y también nervioso, ya que quiero que sea perfectamente inolvidable para ti. —Finalizó Nick con voz grave, tomando su cara para que sus miradas se encontraran y ella pudiese ver la vulnerabilidad y emoción repitiéndose en sus pupilas azules.

—¡Ooh, Nick! Es hermoso lo que me dices. Te aseguro que entregarte mi pureza es lo mejor que me pasó en la vida. También quiero que sea perfecto para ti, por eso me pone nerviosa decepcionarte o no hacerlo bien —confesó emocionada.

—Nunca podrías decepcionarme, amor. Eres la perfección para mí: me colmas y desbordas de dicha. Ten por seguro que lo harás perfectamente, porque no necesitas experiencia ni conocimiento, solo corazón y amor, y de eso te sobra —aseguró a su vez él, llevando sus dos manos a sus mejillas y acercándola para besarla.

—Quién lo diría, amor, que lo que empezó como un juego de ajedrez plagado de estrategias, misterio, venganza y enemistad nos traería hasta aquí —dijo Lizzy suspirando en su boca, separada por un centímetro.

—Es verdad, pero me siento afortunado de decir que pude abrir los ojos y el corazón a tiempo, y terminar convirtiendo ese juego en una dulce enemistad —respondió Nick con tono pícaro e íntimo.

—¿Acaso crees que ganaste el juego finalmente? Es algo presuntuoso de su parte, excelencia —lo pinchó con tono juguetón Lizzy.

—Por supuesto que lo gané: soy el vencedor y te lo demostraré ahora mismo. —Terminó él, haciendo que la réplica de ella muriera en su boca, cuando sus labios la besaron con implacable fuerza.

Se besaron de mil formas diferentes, hasta que ninguno de los dos pudo distinguir dónde comenzaba el cuerpo de uno y donde terminaba el del otro. No faltaron las risas cómplices, los gemidos extasiados y las palabras susurradas de amor, pasión y entrega. Juntos conocieron el auténtico placer, descubrieron la esencia del deseo y se perdieron en la locura su mutua necesidad.

Mucho más tarde, cuando yacían abrazados y saciados, dejando que poco a poco el sueño los envolviera; ella, enredada entre sus piernas con la cabeza apoyada en su pecho, escuchando el suave repiqueteo de su corazón latir; y él, abrazándola y pasando su mano por su cabello con suavidad una y otra vez, fue cuando lo escuchó susurrar en su oído con voz grave y seductora: «Jaque mate, *doulce Alinne*».

Epílogo

Yo soy de mi amado, y mi amado es mío.

Cantares 6:3

Un mes después...

Edimburgo, Escocia

Tapándose la boca con ambas manos, Elizabeth contuvo el aliento, mientras intentaba permanecer tan inmóvil como una estatua.

Sabía que él se estaba acercando: oía cómo sus pies aplastaban hojas y ramas a cada paso.

Desde la posición privilegiada que le daba la rama del árbol, al que muy poco femeninamente se había trepado, pudo vislumbrar sus pies aproximándose.

Él caminó cerca de ella y luego se detuvo desorientado, barriendo todo el lugar con una furibunda mirada.

Sintiendo el corazón palpar alocadamente, Lizzy decidió que ya era hora de dejar su actitud defensiva y tomar una táctica ofensiva.

Examinando a su enemigo, lo vio espiar tras un alto arbusto y después rodear con precipitación un ancho árbol.

Cuando él, bufando exasperado, avanzó y comenzó a alejarse, fue su señal para ponerse en acción.

Soltando un grito, saltó con destreza al suelo y, riendo sin parar, corrió veloz en dirección contraria, lanzándole alegres pullas.

Su risa se volvió imparable al ver cómo Nick saltaba emitiendo un grito de espanto nada masculino cuando ella apareció sorpresivamente.

—¡¡¡Perdeeedoor, jajaja!!! —se burló entre carcajadas.

—¡Maldita sea! ¡Ven aquí, pequeña bribona! —contestó el duque

reponiéndose y corriendo detrás de ella.

Lizzy, ayudada por el peculiar atuendo masculino que vestía en ese momento, logró alejarse bastante y pronto llegó hasta su pequeño refugio, donde rápidamente subió los escalones con Nick pisándole los talones. Cuando sus pies pisaron el suelo de madera, unas fuertes manos la levantaron en el aire y, a continuación, sus ojos quedaron mirando hacia el techo cubierto de hojas y flores del lugar.

Sin poder parar de reír, Lizzy gritó y se sacudió viendo la cara del duque ceñirse sobre la suya y sintiendo su potente figura aplastarla contra los mullidos almohadones del sillón.

Nicholas también reía y sus ojos brillaban tanto, con una luz tan brillante, que de inmediato la risa de Lizzy se esfumó y ella se quedó viéndolo como hipnotizada y embelesada a la vez. Él percibió su cambio de actitud y sus carcajadas cesaron, pero la gran sonrisa permaneció en su apuesto rostro.

—Nick... soy... estoy tan feliz que... —empezó, pero no supo cómo seguir expresando todo lo que experimentaba tan intensamente en su interior.

El duque colocó ambas manos rodeando su rostro, y acercó su cara mirándola con amor y algo más.

—Dilo, ángel, ¿qué está pensando esta preciosa cabecita? —dijo mientras sus pulgares acariciaban suavemente sus mejillas ruborizadas por la carrera.

—Es... solo me cuesta creer que se pueda ser tan feliz. Tengo miedo de que no sea para siempre y perder esto; perderte a ti me aterra —respondió Lizzy rozando su nariz con la suya y sintiéndose ridículamente vulnerable y sensible.

—Yo también soy tan feliz a tu lado. No debes preocuparte, ángel; tú y yo, lo que tenemos y somos permanecerá así por siempre —prometió Nick depositando un beso en su frente, su nariz y su boca.

—¿Cómo estás tan seguro? —interrogó comenzando a sonreír nuevamente con cada beso juguetón que él le daba.

—Eso es fácil, amor. Ven, dame tu mano. ¿Sientes eso? —respondió Nick agarrando una de sus manos, depositándola abierta sobre su pecho.

—Sí, es tu hermoso corazón, pero ¿qué tiene que ver eso? —interrogó ella con el ceño fruncido, haciendo ensanchar la sonrisa del duque ante su habitual impertinente impaciencia.

—Te lo diré descarada... Esto que sientes, cada latido de mi corazón, te pertenece; mientras haya vida en mí, me ocuparé de amarte y de hacerte feliz. Y cuando mi corazón deje de latir y se detenga irreversiblemente, mi alma aun así continuará amándote. Porque nuestro amor es eterno e indestructible, ángel, y ni el tiempo ni la muerte podrán separarnos jamás. Te amo, Elizabeth; nunca podré cansarme de hacerlo y definitivamente por siempre es lo que necesitaré para demostrártelo —dijo mirándola obnubilado, besando cada lágrima de emoción que ella derramaba.

Llorando y riendo, Lizzy se aferró a su cuello y lo acercó besándolo profundamente. Y mientras ellos se amaban con palabras, caricias, besos y sonrisas, el atardecer llegó tiñendo de rosa el mirador donde se hallaban.

Ya cuando caía la noche, se escuchó decir al duque en tono de fingido regaño:

—Y no pienses que olvidé del castigo que mereces por robarte mis pantalones y ponértelos, ángel promiscuo.

Dulce atracción

Junio 1815, Edimburgo, Escocia

El salón de *lady* Malloren brillaba, iluminado por ciento de velas, llenando el lugar con un hermoso resplandor dorado.

Apoyado en una columna, Nicholas observaba con aire aburrido a las parejas girar en la pista.

La verdad, solo era una velada igual de tediosa que las que acostumbraba asistir. Mejor se despedía de su madre y se marchaba para su club a buscar verdadera diversión.

Decidido, se enderezó para buscar a la duquesa, cuando un destello marfil y dorado le llamó la atención hacia los bailarines.

Al ver esa magnífica aparición vestida como un ángel, su mandíbula cayó y se emocionó tanto que por poco la evidencia física lo delataba allí mismo frente a la buena sociedad. La mujer que bailaba con un desgraciado afortunado era tan bella que le cortaba la respiración.

Sin dudarle, comenzó a caminar hacia ella, haciendo a un lado a las parejas que se cruzaban en su camino sin miramientos. Con cada paso que daba hacia ella, sentía su corazón acelerarse y sus ansias crecían.

Haciendo caso omiso de las exclamaciones escandalizadas de los danzantes, se detuvo justo frente a la pareja.

Si de lejos la joven era hermosa, de cerca era la visión más subyugante jamás vista por él.

El imberbe con el que bailaba lo miró con los ojos desorbitados, pero a él no le importó, sino que sin previo aviso agarró con suavidad el brazo de la joven y, con un impulso fuerte pero controlado, la hizo dar media vuelta hasta que su rostro quedó frente a él.

Y entonces pudo decir que de seguro había muerto y ya estaba en el cielo, porque el rostro que lo miraba, con esos ojos violetas más impresionantemente

hermosos abiertos como platos, era definitivamente la cara de un ángel.

Su compañero de vals lo miró ofuscado y aturdido por su atrevimiento y dio un paso hacia ellos.

—Largate, Sander. Te mantienes a diez pasos de ella o nos encontramos a veinte pasos en otro baile al amanecer, tú eliges —le advirtió lanzándole una mirada letal.

—Estás demente, Stanton —respondió furioso él y dando media vuelta abandonó la pista, pasando junto a la multitud atónita.

—Milord, suélteme inmediatamente —exigió la joven tirando con fuerza de su mano enguantada.

—Ooh, no, ángel... no puedo hacer eso —negó el duque con una semisonrisa, apretándola más contra él y comenzando a girar vertiginosamente con ella, siguiendo la melodía del vals, que no había dejado de sonar.

—Usted está loco. Le exijo que me libere ahora mismo —volvió a decir ella con tono furioso, tratando de empujarlo.

—No puedo, milady. Al parecer, ya no podrás liberarte de mí ni yo de ti —respondió Nick acercando su cara a la de ella, que era considerablemente más baja que él.

—¿Perdón? ¿Por qué dice eso? Está provocando un escándalo, suélteme —repitió molesta y desconcertada. Su respiración se había agitado por su proximidad.

—Lo digo porque nos pertenecemos, ángel. Tú eres mía, como yo soy tuyo —declaró clavando sus ojos azules en los suyos.

—¿Ha perdido la razón? ¿En qué basa semejante afirmación, excelencia? —interrogó ella con los ojos abiertos de incredulidad, reteniendo el aliento con brusquedad cuando él se desplazó hacia un costado y giró bailando con rapidez, lo que provocó que sus cuerpos se rozaran más aún.

—En esto... —dijo el duque con voz ronca, y sin más unió su boca a la de ella besándola con intensa pasión, en plena pista y ante la vista de casi toda la nobleza inglesa. Ella le devolvió el beso y, cuando se separaron, sus ojos

brillaban y le pareció más bonita aún.

Nicholas comenzó a sonreír, pero de pronto la joven se alejó un paso y sin mediar palabra levantó un puño y se lo estampó en medio de la cara. Él sintió el impacto, y el dolor le hizo cerrar los ojos con fuerza. Su visión se puso negra, y perdió la noción del espacio por un momento.

—Nick... Nick —escuchó que ella lo llamaba, pero su voz le llegaba desde lejos.

—Nick... Nick. ¿Me escuchas? ¡Niiick, despierta! —exclamó Elizabeth zarandeándolo un poco.

Él abrió los ojos de golpe y vio a Lizzy inclinada sobre él, mirándolo con expresión divertida.

—¿Qué sucede, ángel? —preguntó con la voz áspera por el sueño, refregándose los ojos con cuidado, pero era obvio que no tenía ningún golpe.

—Eso te pregunto a ti. ¿Qué soñabas? Estabas tarareando un vals y sonriendo. Y no despertabas por más que te llamaba —respondió su esposa incorporándose y pasándole una bandeja con un apetecible desayuno.

—Eeh... nada importante. Buenos días, cariño, ¿qué es ese sobre que traes? —interrogó tratando de distraerla, puesto que le avergonzaba recordar su sueño.

—Humm... tarde o temprano tendrás que contarme, lo sabes —alegó ella intrigada por su actitud esquiva. —Esto es una misiva que llegó para ti desde Londres, con carácter de urgencia. —Siguió luego de darle un rápido beso y extenderle la carta.

Curioso, Nicholas la abrió con presteza y, cuando leyó las palabras allí escritas, sintió que la sangre se le congelaba en las venas. Apartando las sábanas, tiró del cordón con furia para llamar a su ayuda de cámara.

Elizabeth lo miró preocupada y curiosa, siguiendo con los ojos el ir y venir airado del duque por la habitación.

—¿Malas noticias? ¿De quién es el mensaje, Nick? —preguntó nerviosa, pensando que tal vez eran noticias sobre la liberación de su padre, de la que

Sebastien se estaba encargando.

—De mi madre. Prepara tus cosas, ángel, debemos dejar Escocia inmediatamente. Y sí, son muy malas noticias —respondió con voz tensa y dura su esposo.

—Está bien, tranquilo, cariño. ¿Pero a dónde vamos con tanta premura? —contestó Lizzy tratando de calmarlo.

—En una hora partimos hacia Londres. Tenemos que participar de una boda —le informó Nick con expresión sombría.

El ayuda de cámara del duque golpeó la puerta y Nick le autorizó a pasar.

—No entiendo, Nicholas, ¿por qué estás tan enojado y cuál es entonces la mala noticia? —interrogó completamente confundida Lizzy.

—La mala noticia es que tendré que asesinar al novio —sentenció Nick apretando la mandíbula y el rostro, endurecido por la rabia.

Julio 1815, Costwold, Iglaterra.

Un mes después...

—Puede retirarse, Celeste. —El duque traspasó la puerta de su dormitorio para acceder al de su esposa, quien se había instalado en su cuarto, pero usaba el de la duquesa para cambiarse y asearse.

La doncella se seguía ruborizando cada vez que la veía; él le sonrió afable mientras ella, haciendo una reverencia, salió del lugar.

Su esposa no estaba a la vista, aunque la escuchó soltar un juramento detrás del biombo. A continuación, apareció y, con solo una mirada, logró dejarlo sin aliento y babeando.

—Vaya, estás preciosa, cariño —dijo con ardor, acercándose a ella inconsciente.

—¿De verdad lo crees? —respondió dubitativa ella y, cuando sus ojos lo miraron, pudo vislumbrar vulnerabilidad en esos luceros violetas.

—No solo lo creo, te doy mi palabra de caballero de que serás la dama

más bella de la noche —aseguró con solemnidad, tomando su pequeña mano ya enguantada y posándola sobre su pecho.

—Tu corazón está latiendo muy acelerado, excelencia. —Lo provocó ella juguetona; sus ojos volvían a relucir de felicidad.

—Eso es debido a que representas una visión demasiado exquisita hasta para el mortal más resistente, milady —prosiguió Nick, rodeando su cintura con un brazo y pegándola a él de improviso.

—Y tú, esposo, estás en exceso de apuesto esta noche. Me temo que estaré muy pendiente de ti y de las jóvenes invitadas —bromeó ella soltando un jadeo de sorpresa y fingiendo un gesto enfurruñado.

Verdaderamente su marido estaba hermoso esa noche: su pelo ébano, peinado hacia arriba, brillaba bajo la luz de las velas; llevaba un elegante saco negro y pantalón del mismo color; debajo, una camisa blanca sin chaleco, pero con un moño negro pequeño.

—Oh... no debes albergar el menor temor, esposa, pues yo tengo ojos solo para una pequeña joven, mitad francesa, de la cual me encuentro perdidamente enamorado, encandilado y subyugado —dijo el duque sonriéndole y clavando con intensidad sus ojos azules en ella—. No existe ninguna posibilidad de que otra mujer pueda siquiera pretender igualarte. Nadie puede ser temperamental, impulsiva, orgullosa, terca, generosa, sincera, dulce y encantadora como tú, ángel. No, señor. —Terminó, riendo por el ceño que se había formado en la cara de Lizzy ante su descripción.

—Y nadie puede ser tan malhumorado, necio, irritante, engreído, testarudo —comenzó a replicar ella, pero el duque la cortó cubriendo esa locuaz boca con sus labios deseosos y anhelantes. Elizabeth gimió gustosa y le devolvió el beso, apretándose contra su marido, transmitiendo con esas caricias todo el amor y la necesidad que él despertaba en ella—. Y tan... tan maravilloso, noble, desinteresado, inteligente y encantador —continuó embalsada Lizzy cuando se separaron para tomar aliento, olvidando su anterior discurso y provocando que Nicholas riera muy divertido ante su desconcierto.

—¿Ha cambiado de opinión tan rápido, duquesa?... Oh, se ha quedado

muda. No se preocupe, es de público conocimiento lo loca que está usted por mí. —La siguió pinchando él, poniendo el gesto más altivo y aristocrático que tenía.

—¡Oh, cállate, Bladestton!, eres un cerdo arrogante —lo cortó molesta Lizzy, pegándole un manotazo en el brazo, intentando no reír.

—Ooh, sii, lindura, pero me amas; amas a este puerco pretencioso —respondió Nicholas acariciando el mechón de pelo que se había soltado del alto recogido que le habían hecho.

—Sí, mi duque, te amo con cada fibra de mi ser. Aunque seas un mandón sabelotodo —contestó ella depositando un suave beso en la tentadora boca de Nick.

—Bien, si no quieres dejar plantados a los invitados a la cena en tu honor, debemos detenernos ahora, que todavía puedo controlar al salvaje que vive dentro de mí y que parece nunca saciarse de su bella mujer —dijo apartándose un poco de ella y metiendo su mano dentro de su chaqueta.

—Difícilmente pueda ausentarme de mi primera fiesta como duquesa —alegó ella con expresión insegura y algo contrariada.

—Tengo una sorpresa para ti, cariño, date la vuelta —respondió el duque observándola un momento.

Sabía que Elizabeth estaba muy nerviosa debido a que debutaría como anfitriona y, además, porque no era devota de las fiestas ni de ser el centro de atención. Ella se giró, dejando frente a él su esbelta nuca. Nick sacó el regalo que había mandado a hacer por su aniversario. Luego de cerrarlo en torno a su cuello, le depositó un cálido beso en él.

—Feliz cumpleaños, *doulce Aline* —susurró con ternura, lo que erizó su piel.

Lizzy se volvió llevando sus manos hacia el collar de perlas. Y luego se inclinó para mirar su reflejo en el tocador.

—Oh, es precioso, Nick... Gracias, cariño —agradeció con una gran sonrisa, mirándolo a través del espejo. Sus ojos parecían faroles encendidos, realzados por el vaporoso vestido de encaje y seda color púrpura...

—De nada, princesa, lo que es precioso es la mujer que lo luce —contestó Nick, ofreciéndole su brazo para bajar a la fiesta.

Antes de bajar, Elizabeth decidió ir a ver a su cuñada y se despidió de su esposo en el pasillo. Quería asegurarse de que Clarissa estuviese bien, pues los últimos acontecimientos sucedidos entre ella y el mejor amigo de su esposo habían dejado a la joven sumida en una gran tristeza.

La velada ya había comenzado y hasta el momento Lizzy se estaba divirtiendo bastante, ya que los asistentes eran, en su mayoría, familia y amigos.

Su hermano no llegaría hasta el día siguiente, en el que celebrarían un baile para festejar su reciente matrimonio. Estaba ansiosa por ver a Sebastien y saber cómo estaba su padre, quien seguía bajo investigación de la Corona.

Mientras recibía una copa de un lacayo, Lizzy vio al conde de Baltimore ingresar al salón. Algo que no le sorprendía, pues era cuestión de tiempo que viniese en busca de su cuñada.

Miró hacia donde había visto a Clarissa. Ella seguía allí conversando con *sir* Preston, pero no se había percatado de la llegada del conde. Volvió a dirigir la vista hacia el amigo de su marido y lo vio componer una expresión tensa y alerta.

Entonces apareció en su campo visual su duque, quien se dirigía con paso airado hacia Steven.

Oh, no... esto ya había llegado demasiado lejos; su esposo la iba a oír ahora mismo.

Dejó su copa y, poniendo una sonrisa en su cara, fue tras Nicholas. Lo alcanzó a mitad de camino y, sin perder tiempo, enlazó su brazo en el de su esposo para detener su avance.

—Nicholas William Bladeston, detente ahí mismo —dijo sin perder la sonrisa, pero enviándole dardos con la mirada.

Nicholas frenó en seco y la miró algo desconcertado, arqueando una ceja interrogante.

—Oh, no intentes hacerte el desentendido conmigo. Sé lo que estás haciendo y déjame decirte que no me gusta nada —continuó severa observando cómo el gesto de su esposo se volvía avergonzado y hasta creyó ver que se sonrojaban sus mejillas.

—Está bien, está bien. Solo me estaba divirtiendo un poco; es justo, ya que Steve gozó mucho burlándose de mí y de mis vicisitudes amorosas —claudicó él con un gesto de rendición.

—Creo que ya te divertiste lo suficiente, esposo—le regañó Lizzy mirándolo reprobadora.

—Lo entendí, cariño, mañana le diré la verdad —aseguró haciendo una mueca, como un niño al que le sacaron su juguete preferido.

—Eso es lo correcto, déjalo en paz. Sabe Dios que si no fuese por tu amigo, no estaríamos aquí juntos y felices —aseguró ella dejándose guiar hacia la pista.

—Lo sé, ángel, le debo mucho y créeme que le estoy devolviendo el favor. Aunque nunca podré agradecer el haberme obligado a salir de mi estupidez e ir a por ti —respondió él mientras tomaban las posiciones para bailar el primer vals de la velada.

—Ni yo; no quiero imaginar siquiera una vida lejos de ti, te amo Nick —adujo Lizzy alzando la cabeza hacia él y emocionándose al ver esos zafiros brillando de amor por ella.

—No lo hagas, porque sería perder tu tiempo. Pues tengo la absoluta certeza de que fuiste creada para mí y yo para ti. Siempre estuvimos predestinados, amor mío —aseguró con suavidad su esposo cuando la melodía comenzaba y ellos iniciaban los movimientos.

Elizabeth le sonrió feliz y plena de dicha, girando con Nick por el salón sin cesar.

—Te amo, *doulce Alinne*, hoy y para siempre —susurró con pasión el duque.

Y al oír sus tiernas palabras, ella cerró sus ojos y agradeció a Dios por haberle permitido obtener el valioso regalo que es amar y ser amado.

«Feliz cumpleaños, querida y afortunada Lizzy», dijo su voz interna levantando una copa hacia ella; su expresión estaba tan llena de paz y júbilo como la suya.

Agradecimientos

Escribir es mi pasión, el lugar donde me encuentro a mí misma y donde puedo darle voz a las letras de mi alma.

Le debo toda mi inspiración y gratitud a Dios, quien es el autor de mi vida, y a su hijo, Jesucristo, mi único Salvador y quien creo es fervientemente la única esperanza para la humanidad.

También debo la alegría de este sueño hecho realidad a mi amado esposo, quien con infinita paciencia me acompaña y brinda todo su apoyo minuto a minuto, y a mi precioso hijo, mi compañero de aventuras. Gracias por amarme y ser mis perfectos caballeros, los amo. Como así también a mi familia que, además de numerosa, es generosa e incondicional. Gracias a cada uno que, de diferentes maneras, son parte de este gran logro.

A través de la escritura, tuve el inmenso honor de conocer a muchas personas muy especiales, lectoras que se convirtieron en entrañables amigas y aliadas de la vida, y agradezco a Dios por permitirme encontrarlas en mi camino. Y a ustedes que, UNIDAS, me ayudaron a creer en mí y demostraron un apoyo invaluable. A ustedes, hermanas esparcidas por muchos lugares, pero muy cerca de mi corazón, va dedicada esta: mi primera novela.

Próximamente

DULCE ATRACCIÓN

Serie Dulce Londres – Libro 2.º

AMOR NO CORRESPONDIDO

Lady Clarissa Bladeston, como hermana del duque de Stanton, está acostumbrada a ser elogiada y requerida entre la nobleza inglesa. Su linaje y belleza le auguran un éxito absoluto en su primera temporada social. Sin embargo, los resultados no pueden ser más desastrosos, ya que el único hombre que ha amado, y al que le pertenece su corazón, está muy lejos de sus posibilidades.

Steven Hamilton, conde Baltimore, es conocido por su atractivo sin igual y su legendaria sonrisa, y lleva la alegre vida de un soltero empedernido. A pesar de esto, bajo su apariencia frívola, esconde un siniestro secreto. La misteriosa muerte de sus padres no resuelta y un descubrimiento aterrador lo obligaron a hacer un terrible juramento.

Rodeados de misterio, sospechas, peligro y muerte se librará entre ambos un duelo de voluntades, donde la pasión y el amor será lo que finalmente triunfará.

Si te ha gustado

Dulce enemistad

te recomendamos comenzar a leer

Cuando llegue el otoño

de Loli Deen

Selección RNR

Cuando llegue el otoño

Loli Deen



Narrativa sentimental

Cuando Llegue el Otoño

La alarma sonó como cada maldito día, puntualmente a las 6.30 a.m. Intenté apagarla de un manotazo, pero un cuerpo desnudo, caliente y sensual se interpuso en mi objetivo.

Traté de recordar cómo la sexy rubia a mi derecha había llegado a mi cama... Nada. Un enorme vacío, lo último que recordaba era estar bebiendo una copa con Eric en el bar de su hermano Bruce... Unos flashes me llegaron de repente, la rubia y su amiga, una generosa morena, me habían abordado de camino al baño. Vino a mi mente nuestros cuerpos rozándose, bailando al ritmo de Muse, más tragos, risas, coqueteos y luego... nada.

Elevé mi cuerpo encima del suyo y alcancé mi cometido, callar el maldito ruido de la alarma. Cuando volví a girar mi cuerpo para salir de la cama, vi a su amiga, la morena, durmiendo desnuda a mi lado izquierdo. «Diablos, desearía recordar lo que pasó anoche». Claramente, fue una noche entretenida. Sonreí a la nada, satisfecho, aunque sin acordarme una mierda.

Luego de cepillar mis dientes y lavar mi cara, rebusqué por mi ropa deportiva. Un pantalón negro con tiras blancas los costados, unos tenis a juego, una sudadera de mi equipo de básquet universitario, una campera de algodón con capucha, mi brazaletes de medición, el iPod, y salí listo para una buena dosis de endorfinas y, de paso, quemar esas toxinas alcohólicas de anoche.

Bajé los dieciséis pisos desde mi apartamento hasta el lobby del edificio por la escalera, a modo de calentamiento. El frío de la calle me golpeó duro. El clima de Seattle era una porquería, llovía continuamente, y ese día no era la excepción; y para concluir, era una espantosa y friolenta mañana de principio de febrero, por lo que la temperatura debía estar por los 45° F.

Corrí alrededor de la bahía, como siempre; era lo bueno de vivir en el

centro de la ciudad, todo estaba cerca. King of Leon me acompañó durante los ocho kilómetros que duró el recorrido de ida y vuelta. Estaba agotado, empapado, pero extremadamente relajado. Era el único momento del día donde me permitía evadirme de mi cerebro. No pensar, solo concentrarme en disfrutar y relajarme.

—Buenos días, señor Ramsey —me saludó mi portero, y a veces cómplice, Sergei—. ¿Qué tal el recorrido?

—Buenos días, Sergei, el paisaje sigue siendo el mismo de cada día para mi desgracia.

Sin darle más charla, me metí al edificio. Esta vez subí por el ascensor, recosté mi espalda sobre una de las paredes de espejos y traté de normalizar mi respiración. Me perdí observando las gotas que caían de mi cuerpo y manchaban la madera del piso formando un pequeño charco justo debajo de mis pies.

De regreso a la comodidad de mi hogar, si es que a este impersonal espacio se lo podía llamar así. Mi agente de bienes raíces me lo consiguió hacía unos tres años. Como incluía los muebles y la decoración, no tuve que perder tiempo en mucho más que adueñarme del lugar. Me gustó la decoración que ostentaba, era simple, masculina y vanguardista. Paredes claras, amplios ventanales que daban una magnífica vista de la ciudad; pisos de madera oscura y techos abovedados y altos. El mobiliario, en su mayoría, era de cromo, cuero y vidrio. Era amplio y nada interrumpía la vista, ya que la cocina y el salón eran un espacio unificado y abierto. Sobre uno de los laterales se veía la parte privada de la casa, donde se encontraban mi oficina y dos habitaciones, una de ellas en suite, la mía, por supuesto.

De camino al baño, eché un vistazo a la cama, ambas mujeres seguían dormidas. Abrí la ducha y, mientras el agua se templaba, me desvestí. Retoqué un poco mi barba, no era muy tupida, pero necesitaba un poco de cuidado hoy. Luego del estimulante baño, me metí al vestidor; bóxer, traje negro de dos piezas con líneas grises verticales, camisa blanca y corbata oscura con dos grandes rayas diagonales en plata; zapatos impolutos, mi Rolex Oyster

Perpetual, que más que valor monetario, tenía un altísimo valor sentimental, de las pocas cosas a las que me aferré en esta vida. Regalo de mi madre cuando terminé la carrera de arquitectura en Dartmouth. «Construye tu propio mundo. Mamá» grabado en él. Tras unos segundos en donde dejé que las emociones se apoderaran de mí, volví a ser el mismo Connor de siempre.

Cuando regresé a la habitación, levanté el *black out* de las ventanas para que el sol inundara el espacio y mis acompañantes despertaran. La rubia, de la cual no recordaba el nombre, se movió inquieta.

—Buenos días. Lo siento, bellezas, pero es hora de levantarse. Debo irme a trabajar —saludé en tono encantador, pero sin dar derecho a ninguna réplica. Y como si nada, salí de ahí con destino a la cocina. Me serví una taza de café caliente, negro y sin azúcar. Comencé a recoger papeles y planos de mi despacho y meterlos en mi maletín mientras disfrutaba de la infusión.

—Buenos días, precioso —saludó la morena a medio vestirse mientras luchaba por ponerse el tacón que llevaba en la mano. La rubia se le unió; su gesto me causó gracia, estaba en una misión por aplacar su larga cabellera.

—Buenos días, muñecas. Anoche la pasé maravillosamente bien —mentí porque no recordaba nada—. Espero que podamos repetir.

—Cuenta conmigo, Connor —respondió la *Barbie Malibú* con una sonrisa.

—Conmigo también, cariño, aquí tienes mi teléfono, llámame cuando quieras. —La morena dejó una tarjeta sobre la encimera, se acercó y me besó los labios, luego fue el turno de la rubia, desplazó una tarjeta en el bolsillo de mi americana, mordió mi labio inferior y ambas salieron de mi casa.

Me tomé un minuto para mirar los nombres en ambas tarjetas, buscando de esa manera recobrar la memoria.

Ava Maiden

Contrataciones a Ángel Models

Natalie Joniesh

Fotógrafa

Ya lo sospechaba... demasiado hermosas y elegantes para cualquier otra

cosa que no tuviera que ver con la moda. Apuré mi café y salí a la oficina.

Me subí a mi orgullo personal, mi Ferrari bordó *GTC4Lusso*; fue amor a primera vista, y poco me importó desembolsar una enorme cantidad de dólares para tenerlo conmigo. El estéreo se encendió ni bien puse la marcha y Portishead con *Numb* deleitó mi camino hasta el trabajo.

Las recepcionistas me saludaron cordialmente y algo sonrojadas, como lo hacían habitualmente. Pasé mi tarjeta magnética por el visor y el molinete se abrió dándome acceso a los ascensores. El edificio era comercial, un enorme complejo de oficinas; mi empresa quedaba en el piso sesenta y dos. En el cubículo me coloqué bien atrás, no hablé con nadie ni perdí tiempo en ser amable con personas que no me interesaban en lo más mínimo ni significaban mucho más que un puñado de hormigas que veía a diario. Por suerte ya estaban acostumbrados a mi continua falta de interés en nadie que no fuera yo, por lo que hacía tiempo que habían dejado de intentar ser amables.

Llegué a mi destino y las puertas de vidrio esmerilado con el grabado de Ramsey & Mitchell Inc. me dieron la bienvenida. Con Eric, mi mejor amigo y socio, fundamos nuestra propia firma hacía unos cinco años. Nos ha ido muy bien desde entonces, nuestra empresa se encontraba entre las de mayor crecimiento y prestigio del país. Y desde que comenzamos nos hemos encargado de diferentes proyectos, unos más grandes que otros, pero todos únicos en diseño y vanguardia.

Nos conocimos en la universidad, ya en ese entonces éramos compañeros de cuarto, él estudiaba Ingeniería civil y yo, Arquitectura moderna. Al graduarnos seguimos diferentes caminos, pero luego de que juntáramos el dinero y la experiencia necesaria para liberarnos de jefes, decidimos emprender nuestro propio sueño.

—Buenos días, señor Ramsey. —Mi secretaria me esperaba detrás de la puerta de entrada como de costumbre, con mi taza de café, pequeños *post it* amarillos con llamadas y algunos papeles que me entregaba de inmediato mientras comenzaba a recitarme la agenda del día.

—Buenos días, Anabel —respondí con una pequeña mueca en forma de

sonrisa mientras la escuchaba atentamente; era en extremo eficiente y de las pocas personas que toleraba cerca por más de cinco minutos—. Hoy luces encantadora. ¿Finalmente se decidió a dar el gran paso? —pregunté intrigado. Ella y su novio llevaban juntos más de tres años y aún no se lo había propuesto. No entendía por qué, no era una súper modelo, eso era claro. Apenas si me llegaba al hombro, incluso con sus altísimos tacones, pelo negro corto y prolijo, ojos verdes que escondía detrás de unas gafas enormes para su pequeño rostro bañado de pecas; una sonrisa que podía alegrar el día de cualquiera y un cuerpo voluptuoso pero llamativo.

—Quizás esta noche... dice que me tiene una sorpresa.

—Era hora que ese maldito se animara.

Ella sonrió tímidamente, lo que me dio una enorme ternura, y volvió a su lugar frente a mi oficina.

De inmediato comencé a trabajar, y las horas pasaron rápidamente.

—¿Vamos a almorzar? —La voz de Eric me distrajo de los planos y fue entonces cuando noté el cuerpo entumecido. Debía llevar horas en esta posición, casi recostado sobre la mesa de trabajo y enfrascado en los dibujos.

—¿Ya es hora? Perdí la noción del tiempo.

—¿No me digas? Jamás lo hubiera adivinado. ¿Qué tal las modelitos de anoche? —preguntó con sorna y una mueca mezcla de envidia y diversión en su rostro.

—No recuerdo nada... Desperté al lado de dos hermosas mujeres y ni sé qué mierda hice anoche —respondí sinceramente.

—Eres un maldito afortunado...

—Preferiría recordar, aparentemente la pasamos bien.

—Vamos, que tengo hambre, me cuentas mientras comemos.

—No hay mucho más que contar —dije mientras me ponía la americana y lo seguía al ascensor.

El almuerzo se nos pasó rápido mientras bromeábamos sobre la noche anterior. No es que mi amigo no fuera de la misma calaña que yo, la diferencia

era que el muy idiota se había enamorado hacía unos meses atrás. Al principio ni yo mismo lo creí, pero Leah le robó la cordura en un instante. Y desde entonces, solo tenía ojos para ella. En el fondo, y aunque jamás lo admitiera en voz alta, me alegraba por él. Ella era una buena mujer y se notaba que estaban locamente enamorados. Y aunque Eric no cambió en nada, podía ver lo feliz que era con ella.

Volví mi atención al trabajo, pero al poco rato mi teléfono sonó.

—Señor Ramsey, el señor Yury lo busca —anunció mi secretaria por el intercomunicador. Me tensé de inmediato, hacía tiempo que no tenía noticias suyas.

—Hazlo pasar de inmediato.

Dejé lo que estaba haciendo y me acomodé en mi sillón frente al escritorio de madera robusta. Jugueteé con mis dedos sobre ella, ansioso. La puerta se abrió y el enorme croata entró con paso ligero y su habitual cara de pocos amigos.

—Ramsey —musitó a modo de saludo y se dirigió hasta mí.

—Yury, ya estaba perdiendo la fe... Siéntate, por favor. ¿Quieres algo de beber? —pregunté mientras me encaminaba hasta el bar escondido dentro de la biblioteca y me servía un *whiskey*.

—No, gracias. Te tengo noticias.

—Te escucho. —Volví a sentarme, los nervios estaban consumiéndome.

—Ya está hecho, lo tenemos en un lugar seguro, esperamos tus órdenes, Ramsey.

—Necesito que me lleves a él, Yury, yo mismo me ocuparé, por ningún motivo me privaría de semejante placer. —Apreté mis manos en puños hasta que mis nudillos se volvieron blancos. Sentí como la ira me invadía. El odio, el rencor y el dolor se apoderaron de inmediato de mí. Respiré hondo, necesitaba centrarme y volver a mi habitual control.

—¿Estás seguro de querer involucrarte tanto?

—Absolutamente seguro, lo esperé toda mi jodida vida.

—Bien, tú dirás cuándo.

—Ahora mismo, llévame allí. —Tomé mi americana, mi maletín y salimos de la oficina—. Anabel, cancela todo lo que tenga pendiente, no volveré por hoy, si hay algo urgente, que Eric se encargue.

—Claro, señor Ramsey.

Seguí a Yury en mi auto. Mis manos se apretaban con fuerza al volante, ni siquiera la música lograba calmarme. Treinta y cuatro años esperando este momento... bueno, no tantos, quizás desde que supe la verdad... tendría unos ocho años tal vez... no lo recordaba bien. Había ciertos baches en mi historia.